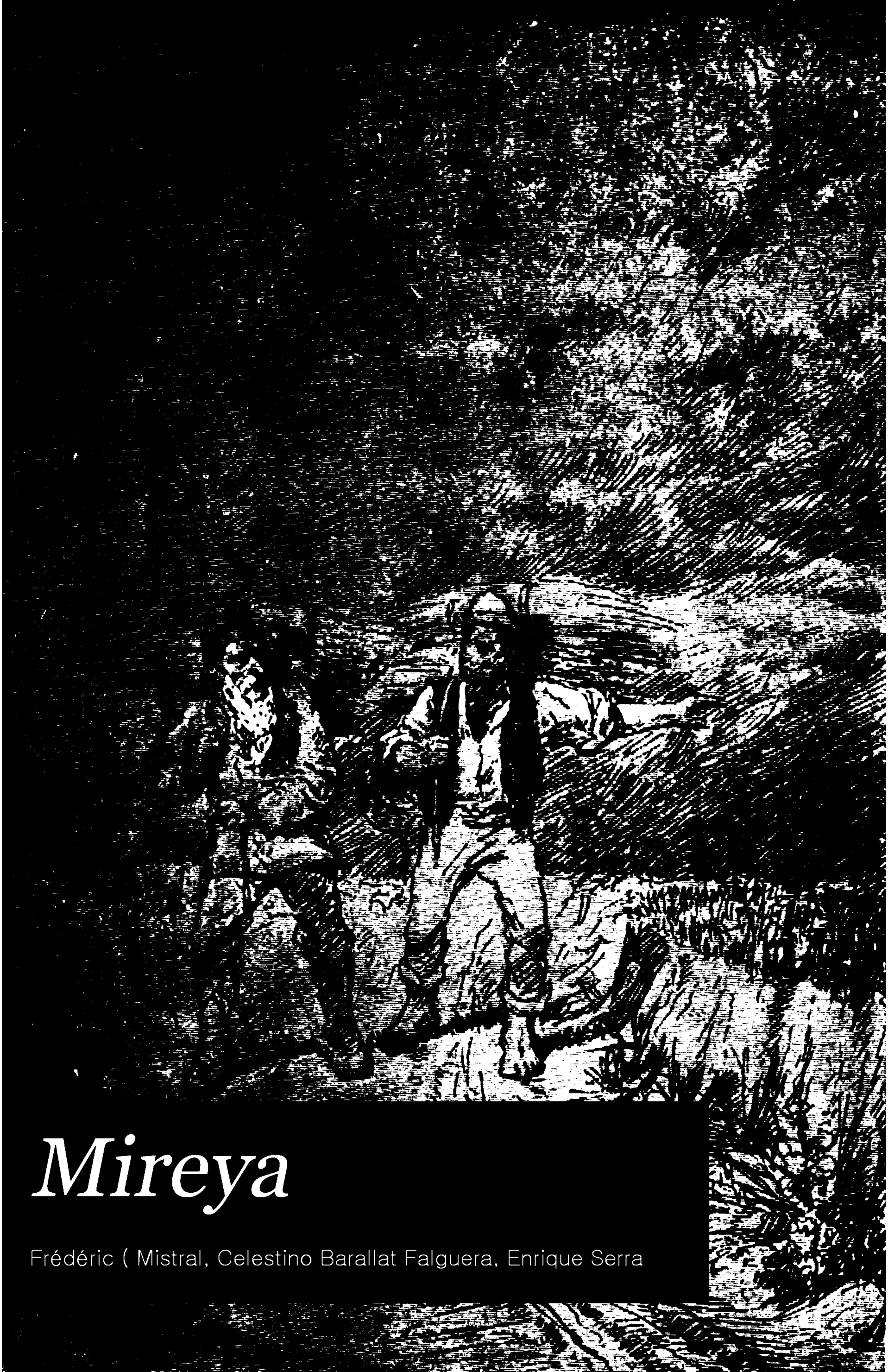
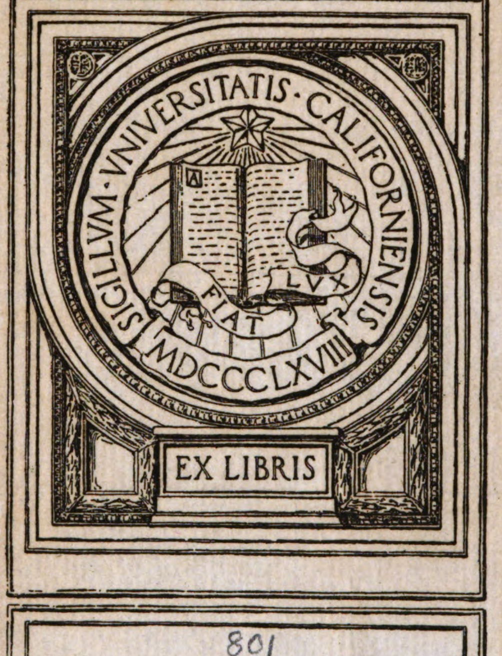


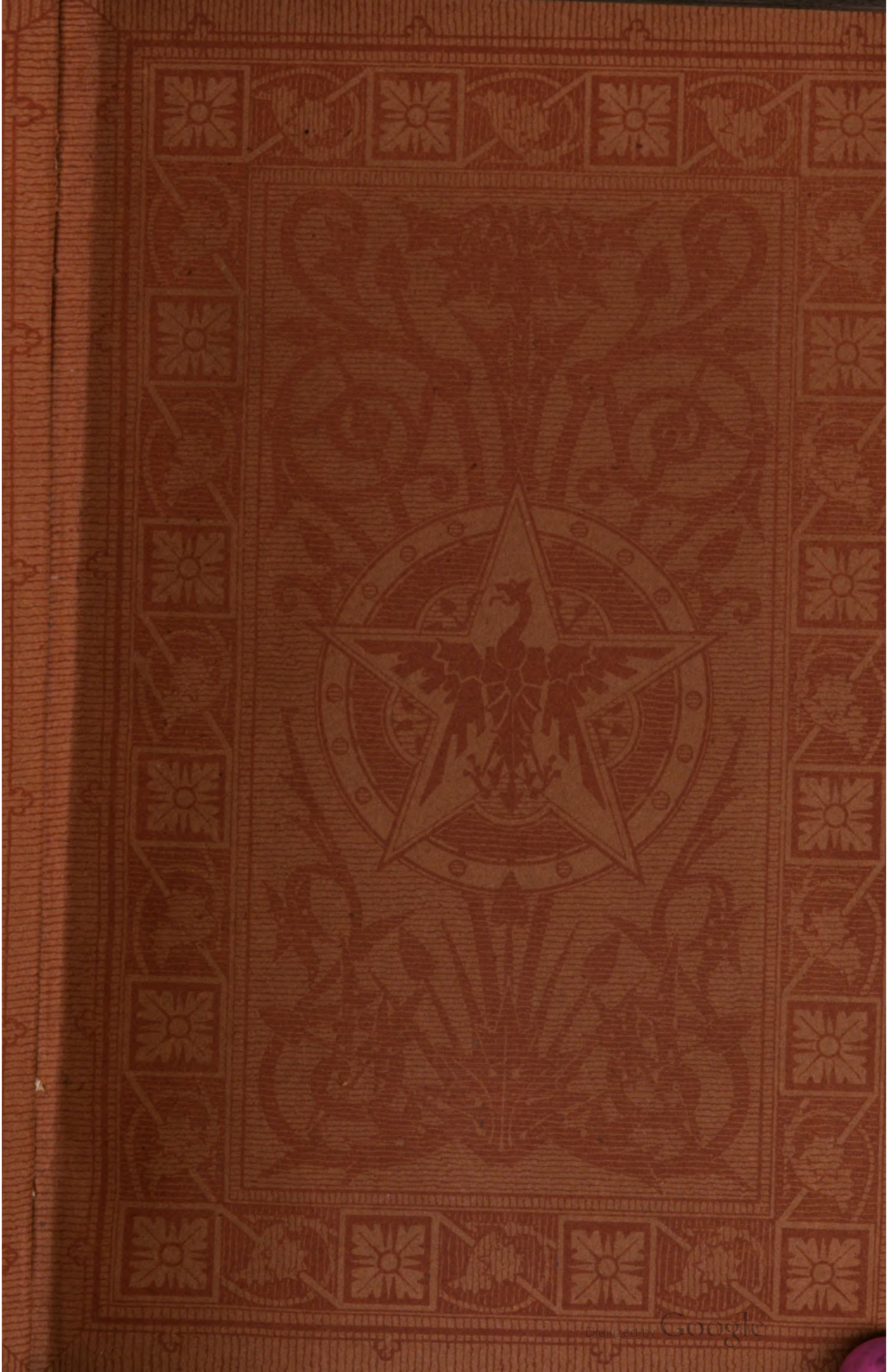
# Mireya

Frédéric ( Mistral, Celestino Barallat Falguera, Enrique Serra


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
A
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS




Digitized by Google



Miss J. de Zarraga
322 Geary St
San Francisco
Cal.

# MIREYA

POEMA CORONADO POR LA ACADEMIA FRANCESA.

---

J. de L.

# MIREYA

## POEMA PROVENZAL

DE

## FEDERICO MISTRAL

PUESTO EN PROSA ESPAÑOLA

POR

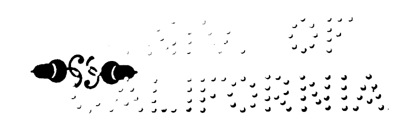
D. CELESTINO BARALLAT Y FALGUERA

Abogado del Iltre. Colegio de Barcelona
y Académico numerario de la Real Academia de Buenas Letras.

ILUSTRADO POR

ENRIQUE SERRA.

*Fotograbados de Goupil y al zinc de Verdaguer.*



*BARCELONA.*

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS».

*Administracion: Ausias March, 95.*

1882.

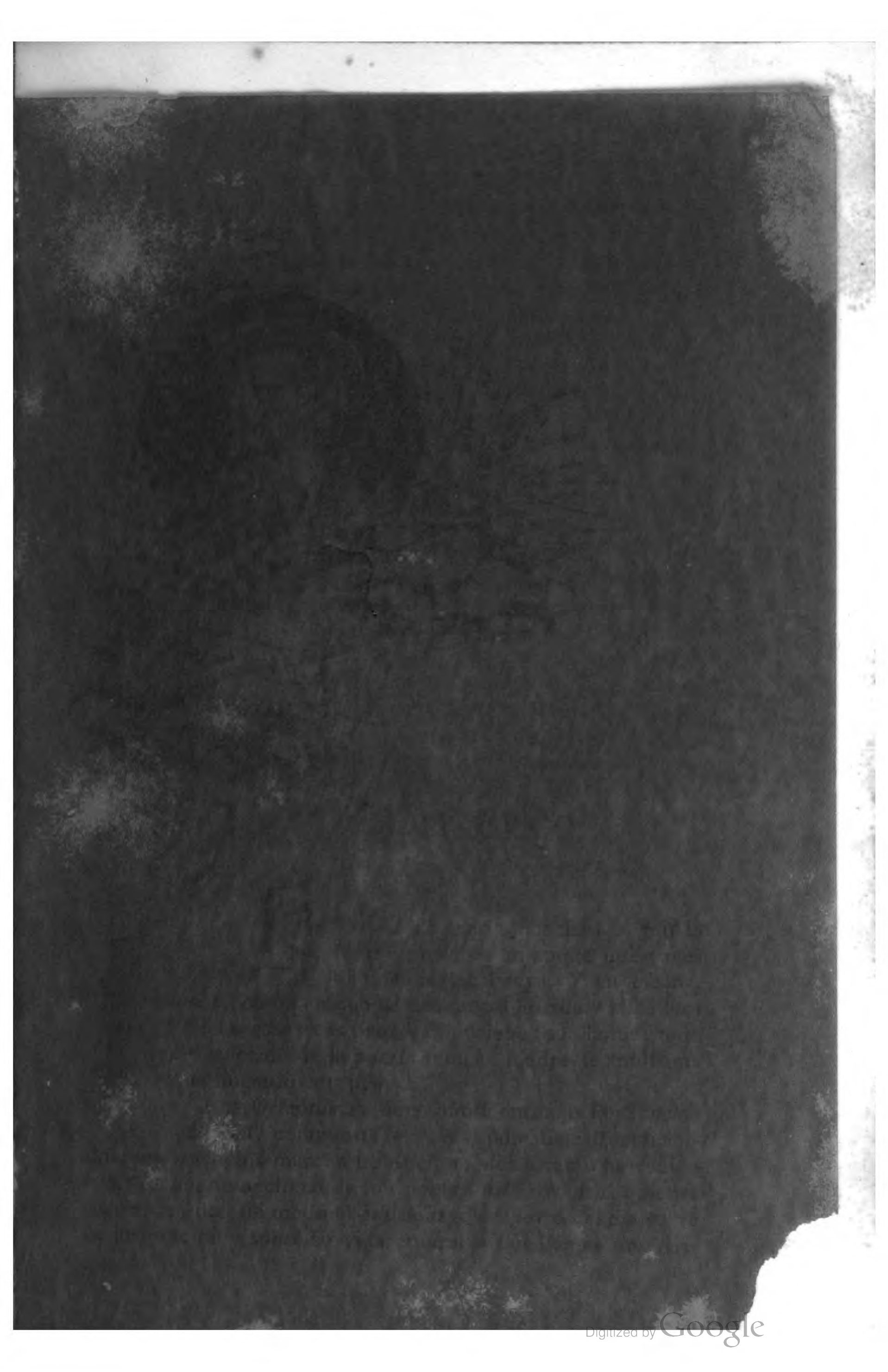



TIPO-LIT. DE C. VERDAGUER. — BARCELONA.



Fotog. Goupil & C. — Biblioteca Arte y Letras

MIREYA EN LOS ARENALES





# PRÓLOGO.

«Hijo de una razada solar» segun la frase gráfica de un amigo nuestro es el poema de Mireya. Y en efecto, este poema en que se concentra la vida y la belleza de las comarcas provenzales tiene toda la luz, todo el colorido de la poesía jónica, madre fecundísima del ingenio europeo.

Los Orfeonistas de Aviñon entonan la *Cancion del Sol*, compuesta en 1861 por Mistral, aplicándole una conocida marcha de Kucken, y este canto ha venido á ser el himno nacional de los poetas de Provenza, quienes reconocen de este modo el patronazgo del astro del dia sobre su inspiracion y sobre su vida entera. «Tus llamas nos vivi-

fican, dice el himno, y cuando llega el verano, Aviñon, Nimes y Marsella te reciben como un dios.» «¡Luzca siempre tu roja lámpara! ¡vence á las sombras y á los males!» «¡Pronto, pronto, pronto! ¡Haz que podamos verte, sol esplendoroso!»

No es dificil confrontar estas invocaciones con las similares de la poesía griega en que se considera al altísimo Apolo como divinidad del bienestar y de la potencia curativa; y bien se justifica con este motivo el dictado de Homéride ó discípulo de Homero que supo aplicarse á sí mismo el autor de Mireya y que la crítica imparcial le ha reconocido con justicia.

Por su culto poético del Sol la Provenza, como ha indicado Lentheric, viene á ser una concentracion del Oriente. Lo recuerda ademas por sus inmensos horizontes, por sus vastas soledades y por su espejismo, no menos que por la belleza proverbial de las mujeres arlesianas, entre las cuales creen distinguir algunos claramente el tipo romano y el tipo helénico.

Las investigaciones históricas por otra parte han establecido que esta relacion entre la Provenza y las comarcas de donde viene la luz del Sol puede considerarse como permanente. Bajo una invasion aryana desaparecen las poblaciones ligurias del litoral; los pueblos navegantes, fenicios y griegos, colonizan las costas provenzales y aportan á ellas sus costumbres, instituciones y cultos; más tarde á través de la bellísima leyenda cristiana de las santas Marías entrevemos una nueva influencia oriental con la cual vinieron tesoros de fe religiosa y de delicadezas morales. Bien puede gloriarse, pues, la Provenza de su abolengo, y bien pueden elevar sus poetas cantares de gratitud celebrando la fuerza animadora á la cual deben sus hermosos trigos chamorros y su vino *real, imperial, pontifical,* de Castel Nuevo del Papa.

Ya de antiguo habia sido venerado especialmente *el grande Sol de la Provenza*. En 1598 se encontró en la ribera izquierda del Ródano, cerca de Arles, un precioso mármol que no era sino una estatua mutilada de Mithra, el dios del Sol. La cabeza estaba rota, pero es cosa cierta que tenia forma de leon y representaba la fuerza solar. El torso estaba rodeado por una vigorosa serpiente que representaba el zodíaco y tenia grabadas las constelaciones. Este mármol, que pasó á formar

parte del Museo de Arles, indica el arraigo que habia tomado en Provenza el culto de Mithra importado por los soldados de Pompeyo en el siglo primero antes de nuestra era. Hoy el culto religioso vuela más alto: no se detiene en los sacrificios taurobólicos á Mithra; pero el culto poético continúa siendo el mismo en las cercanías de Arles, como era el mismo en la época de los trovadores y del rey Renato.

Al decir que Mireya es *hija de una razada solar* se reconoce pues en este poema la encarnacion viva, genuina, de la bellísima Provenza histórica.

* * *

Por otro concepto es hijo del Sol el poema de Mireya, puesto que los rayos solares hiriendo á la pobre niña en la frente junto á la salada marisma determinan su muerte en la capilla de las Santas Marías y con ella el desenlace de la obra. Nuestro eminente literato don Juan Eugenio Hartzenbusch no acertaba á darse cuenta del valor poético de este desenlace, y decia en tono de extrañeza que el morir de un *tabardillo* no le parecia tema á propósito para ocupar á las Musas. En verdad, sin ofender la memoria de tan distinguido hombre de letras, bien podemos esperar que la época actual más abierta á la comprension de la belleza popular, mejor dispuesta para admirar los ideales griegos, no oponga semejante objecion al precioso canto X y al tiernísimo canto XII de Mireya.

Separándose de modernos convencionalismos de escuela, seria preciso olvidar la introduccion de la Ilíada para desentenderse del valor poético que el corazon humano ha sabido encontrar en todos tiempos en el misterioso dardo Apolíneo del cual pende con tanta frecuencia la vida de los mortales.

« El hijo de Zeus y de Latona, dice el poema Homérico, irritado contra Agamenon hiere el campamento con un contagio cruel y los guerreros perecen. » « Porque el anciano sacerdote Chryses ha pedido al dios Febo que con sus dardos castigue al hijo de Dánao. » « Y Apolo ha oido su plegaria; y abalanzándose desde la cima del Olimpo, enojado el corazon y con el arco y la aljaba á las espaldas, aparece pavoroso como la noche. » « Párase lejos de las naves y lanza su primer dardo. El arco de plata produce un sonido terrible. Mueren

los animales de carga y los ágiles perros. Dirige el dios su dardo contra los guerreros y hay necesidad de elevar numerosas piras para consumir los muertos. Durante nueve dias los dardos de Apolo vuelan sobre el campo. Solo al décimo dia Hera, la diosa de los blancos brazos, compadecida de los Argivos indica al ligero Aquiles que reuna al pueblo en el agora para aplacar la cólera del dios potente. »

Los que saben admirar como es justo la elevacion del estilo Homérico, no solamente dejarán de hacer un reproche á los pasajes análogos de Mireya, sino que rendirán en tales pasajes un tributo de respeto al autor que á la distancia de tantos siglos, sin menoscabo de la originalidad, ha sabido reproducir aquella sencillez grandiosa tan impenetrable para los pseudo-clásicos como para los pseudo-románticos.

El desenlace en el poema de Mireya no proviene de mezquinas combinaciones humanas. Los grandes sentimientos, los caracteres definidos determinan la accion, pero esta se decide por las leyes físicas y morales inaccesibles al poder humano, y sólo la cadencia religiosa permite al poeta escapar á la consideracion de la fatalidad buscando un motivo superior para conservar la serenidad del arte.

Respétese, pues, el dardo mortífero que vibra el cielo sobre el estanque del Vacares y sobre las dunas de Aguas Muertas, y reconózcase en él un elemento esencial de nuestra Provenza poética, tan semejante á la Hélade cuyos ideales por antonomasia han merecido el nombre de clásicos.

* * *

De este modo, no achicando el poema de Mireya, no pretendiendo reducirle á las proporciones de un cuadro de salon, podrá reconocerse la importancia que ha tenido y el sitio elevadísimo que le corresponde en la literatura moderna.

Como todo el arte literario de los provenzales distínguese el arte de Mistral por su amor á lo concreto y lo característico que avalora estéticamente su estilo. « En tanto que allá en el Norte la poesía francesa muere agostada por la niebla y por la sequedad, escribia en 1862 el poeta Juan Brunet, la poesía provenzal que, gracias al Señor, bebe el agua clara en la mesa del pueblo, más jóven y más ufana de dia en dia,

canta á las orillas del Ródano como una muchacha de quince abriles.»

No hay palabra ociosa en la literatura provenzal, ni que deje de entrañar imágen viva ó fuerza notable de expresion; no hay frase que no revele de cerca la intensidad de la concepcion ó del sentimiento; no hay descripciones que apartándose de toda vaguedad dejen de ser adecuadas á las formas y al colorido local. Así el poema de Mireya es un repertorio de la flora, de la fauna, de las costumbres, de los modismos, de todo lo que constituye la vida de un pueblo trabajador y artista; y no deben buscarse en él ciertas elucubraciones abstrusas y á menudo falsísimas con las cuales se han deslucido otras producciones literarias. El arte provenzal se apoya ciertamente en la ciencia, no rehuye la extension de conocimientos, antes demuestra erudicion verdadera, pero al dar vida á la composicion se presenta independiente y gallardo y atento de un modo especial á sus fines peculiares.

Por esto ha podido conquistarse un lugar distinguido, y ha venido á ser la señera en la obra de restauracion literaria popular que se lleva á cabo en nuestro siglo. Por esto ha vencido en cierta manera á las obras literarias como el Hermann y Dorotea de Goethe, ó como los Mártires de Chateaubriand, en las cuales, á despecho del talento de los autores, la vida real no acertaba á concordarse con el estilo clásico, resultando el conjunto amanerado y frio.

* * *

El número de traducciones que se han hecho del poema de Mireya demuestra el aprecio con que fué recibido en el mundo de las letras.

Ademas de la version francesa del autor, existe otra en el mismo idioma de Hennion y otra de Rigaud.

La señora Dorieux-Brotbeck lo ha traducido en aleman reproduciendo la estancia mistraliana.

Tres versiones se han hecho en lengua inglesa; una de Grant, otra bajo el pseudónimo de Crichton, y otra de Preston (la mejor segun Gustavo Dorieux) dispuesta en sextinas rimadas.

Francisco Pelayo Briz lo ha traducido en lengua catalana, y Mauricio Rivière en dialecto del Delfinado.

Con nuestra version española publicada en 1868, y descontando la interpretacion del autor, forman un total de nueve traducciones en que se revela el afan de considerar á esta obra como clásica.

El compositor Gounod, inspirándose en el libreto de *Mireille,* contribuyó á popularizar el asunto y á llamar la atencion sobre los paisajes y las costumbres arlesianas.

La Academia francesa que ya en 1864 coronó el poema, dió un voto autorizadísimo á favor de la literatura meridional que tan bella y robusta se le presentaba.

Bien puede decirse, pues, de Mireya, lo que decia Agustin Duran de las obras de Lope de Vega: « El poeta presentó su obra al pueblo y le dijo: hé aquí tu poema. Y el pueblo atónito y embelesado aceptó el presente del gran poeta, y ciñó sus sienes con inmarcesible corona de gloria, de gratitud y respeto, y la fama llevó su nombre á los otros climas.» No hay peligro de que estas palabras encierren hoy una adulacion hácia Federico Mistral, puesto que recibió verdaderamente un homenaje popular en el teatro de Nimes, y puesto que los ensayos literarios para traducir su obra corroboran el merecido aplauso de sus compatricios.

* * *

Las reminiscencias clásicas que intencionalmente se hallan en el poema de Mireya, revelan la maestría del autor, para quien es cosa de juego dominar las inspiraciones de diversa índole y reducirlas al estilo peculiar de su comarca.

A la manera de Píndaro sabe Mistral hacer una digresion súbita con motivo de un nombre; y sus digresiones, como en el arte antiguo, se intercalan directamente y no por palabras de referencia.

Como en el canto IV de la Odysea se nos presenta el dios marino Proteo transformándose en leon de largas melenas, dragon, leopardo, jabalí, agua y árbol corpulento, así tambien se nos presentan en el poema de Mireya las transformaciones de Magali y de su amante perseguidor (tema conocido en diferentes literaturas populares) sin que la metamórfosis dañe aquí poco ni mucho al sentido religioso, cosa que fué siempre un peligro en las producciones del arte greco-romano.

Como en Virgilio nace el amor de Dido al final del canto primero de la Eneida, así tambien con el arrobamiento de la doncella termina el canto primero de nuestro poema. Como Virgilio nos conduce al antro de la Sibila, así tambien Mistral nos conduce á la gruta de las Hadas y nos hace trabar conocimiento con la Bruja de Baus que llama á los portales nebulosos del porvenir, mientras invoca el sentido íntimo de las tradiciones populares y fuerza al mal á que engendre el bien por la virtud de los sortilegios. Como en la Odysea presenta Menelao á Telémaco uno copa de oro y plata, así tambien el pastor Hilario presenta á Mireya una copa tallada en boj para lograr su afecto.

No faltan en nuestro poema recuerdos de Macbeth en el modo de presentar la escena de la bruja, ni recuerdos del Sueño de la noche de verano donde figura el Espíritu caprichoso tan conocido en las comarcas provenzales.

Y si fuéramos á buscar concordancias de mera forma literaria, las encontraríamos ciertamente en todos los grandes modelos. « Dáme á Cloe por mujer, dice Daphnis, en las Pastorales de Longo. Yo sé tañer la zampoña con maestría, podar viñas y plantar árboles. Sé tambien arar la tierra y aventar la mies con el bieldo.» Por igual manera propone Vicente en el canto VII, su peticion de matrimonio. Tiemblan los dioses homéricos al fruncir de las cejas de Zeus, y por igual manera al fruncir de las cejas de San Trofimo cae de su marmóreo pedestal la Venus de Arles. En las Actas de los Apóstoles el pueblo toma á san Pablo y á Bernabé como encarnaciones de Zeus y Hermes, y por igual manera el pueblo de Tarascon toma á santa Marta por Diana, ó por Minerva la casta y la fuerte. « El temor y el espanto se han apoderado de mí, dice Elifaz en el libro de Job, y todos mis huesos se estremecieron. Y pasando por delante de mí un espíritu, erizáronse los pelos de mi carne.» Y por semejante modo expresan sus impresiones el Maran y el mayoral Antelmo. «Yo espero que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes», dice el salmo hebreo. Y la bruja de Baus aparece como un eco de estas palabras entreviendo una tierra nueva y un sol que alegra y las arriscadoras bailando la farandola ante los frutos que penden del árbol.

Podríamos prolongar ciertamente estas indicaciones com-

parativas. Podríamos entrar en el estudio de los elementos poéticos debidos á la imaginacion popular, relacionando, por ejemplo, la Lavandera del Vantur con las Lavanderas Vendeanas. Podríamos recordar la noche de Walpurgis cuando se retuercen las encinas al paso furioso del baron Castillon. Podríamos referir la noche de San Medardo al canto XI de la Odysea ó al canto VI de la Eneida, y tambien á la Electra de Sófocles. Podríamos citar bellísimas frases casi reproducidas en el poema de Mireya, como por ejemplo: « Que si tú quisieras sacrificios ciertamente te los ofreciera: mas tú no te complaces con holocaustos: el espíritu compungido es el sacrificio más grato á Dios.» (Salmo 50.) O bien: « El divino Maestro hizo muchas otras cosas, y si se escribiesen el mundo no podria contener los libros que habrian de escribirse.» (San Juan, 21.) O bien: « Si el grano de trigo no muere cuando se le echa al suelo se queda solo, pero si muere lleva mucho fruto.» (San Juan, 12.)

Y á la postre de tales comparaciones y de tales estudios habríamos evidenciado cuán frescas y saludables son las fuentes en que bebió el autor de Mireya, sin que acertásemos á nuestro entender á calificar de plagio la más mínima de las aludidas reminiscencias.

Porque Federico Mistral, en efecto, supo tomar de los grandes modelos la vida, la entonacion, el sentido de la verdad, é inspirándose luego directamente en la naturaleza consiguió que apareciese como original, como cosa nuevamente nacida, áun aquello que para el erudito tiene antecedentes en la historia literaria.

De ahí que en el prólogo de las Mariposas azules de Wyse haya podido Mistral aseverar justamente que su arte no pertenece á Grecia ni á Roma sino al terruño de su comarca, puesto que áun siendo discípulo de Homero ha vivido y sentido ante todo y sobre todo como hijo de Mellana.

* * *

Del nombre de *Mireio*, ¿qué puede decirse etimológicamente que satisfaga por completo la curiosidad de los lectores? A la verdad, preciso es confesar que el orígen de esta palabra no ha podido fijarse, pero las interpretaciones que ha tenido en

Provenza concuerdan, como era natural, con el buen sentido filológico.

Juan Rebul hizo patente la analogía de *Mireio* con el espejo (en provenzal *mirau)* y pronunció este brindis: *Béve á Mireio; lou plus beu mirau ounte la Prouvenço jamai se fugue miraiado*, es decir: Brindo por Mireya, el más claro espejo que haya tenido la Provenza para mirarse.

Romanil en su poesía á Justina le dice: « Si hay mujeres adorables vienen de Arles, y por esto te regalé á manera de ramillete un nombre que significa *admirable.* Te marchabas, Justina, y yo te dije: ¡Adios! ¡adios, *Mireio!* ¡Eres una *Mireio,* Justina! ¡Pobre de mí que no puedo ser un Vicente porque llevo *cuatro cruces* á la espalda! »

El sentido de *cosa admirable* parece ser el que más naturalmente se adapta al nombre de *Mireio*, y es el que ha prevalecido recordando la invocacion *Mater admirabilis* y tomando en el órden religioso el significado de *María.*

Una de las lindas hijas del poeta Romié, de Bellcaire, lleva el nombre de *Mireio*, y bien lo enaltece por cierto y lo hace simpático.

Mistral nos dice que fué su madre quien le enseñó el nombre de *Mireio.* Durante su adolescencia y mientras seguia sus estudios en Aviñon, Mistral alimentaba su fantasía y los sentimientos de su alma con el recuerdo de la granja donde habia pasado sus primeros años; con el recuerdo de la cancion de Santa Magdalena y otras semejantes encomendadas al cariño de la Musa popular; con el recuerdo de las operaciones del labrantío y de las costumbres agrícolas, frugales y vigorosas al mismo tiempo que expansivas; con el recuerdo de la fiesta de Navidad, bajo el nombre de *Calendo,* celebrada en familia por los cortijeros de Provenza; con el recuerdo de su venerable padre que explicaba junto al hogar las guerras en que habia tomado parte en circunstancias azarosas; y entre estos recuerdos se cernia aquel nombre de *Mireio*, nuevo, extraño en cierta manera, que ha venido á ser como el sello y el emblema de tales impresiones juveniles y que determinó al par de las mismas la creacion del poema.

El nombre de *Mireio* constituye pues una herencia materna, una joya de engaste que Mistral ha engarzado en la diadema de su Musa poética.

*
* *

Desde el punto de vista de la literatura catalana Mireya ha sido un lazo de union y un estímulo poderosísimo en pro del arte característico y de los sentimientos locales, que bien pueden ser intensos sin que lleguen á pecar por exclusivistas. ¡Cosa notable! Cuando la escuela catalana y la provenzal se han dado la mano parece que se ha borrado la frontera entre ambas comarcas, y al propio tiempo el amor á cada una de ellas ha reaparecido más vivo que nunca.

La restauracion literaria de Provenza coincidió con la de Cataluña, y el nombre de *Mireio* pronunciado por Víctor Balaguer en nuestros Juegos florales vino á recordarnos la época del conde Berenguer y de la princesa *Doucinello.*

Muy pronto la traduccion de Dámaso Calvet nos familiarizó con la bella cancion de Mistral *Lou bastimen ven de Maiorco;* y no se pasó mucho tiempo sin que se hablase en Barcelona, como en Provenza, de la coleccion de sentidas poesías publicada por Teodoro Aubanel con el título de « La granada entreabierta », de la « Farandola» de Anselmo Matié, cuyas tres partes se denominan « Albadas, Solazadas y Serenatas »; de las « Obritas » de Romanil el maestro de los literatos provenzales; del « Din-din de la azada », publicado por el labriego poeta Tavan, y de las composiciones de Luis Romié, ora burlescas, ora llenas de sentimiento y siempre bien entonadas y agradables.

La imágen ideal de Antonieta la poetisa de Bellcaire, pudimos entreverla desde Barcelona antes de que la muerte prematura la arrebatase; y en el año 1864 el Consistorio presidido por Cortada distinguia una delicada composicion debida á la señora de Romanil, premiada ya como poetisa el año anterior en los Juegos florales de Santa Ana de Apt.

Desde entonces el sentimiento de fraternidad facilitó las relaciones todas, y llegó un dia en que la cumbre de San Jerónimo de Montserrat vió reunidos á Mistral, á Romié, á Bonaparte-Wyse y al romanista Pablo Meyer, los cuales en nombre de Provenza dieron allí el ósculo de cariño á los que en aquel momento representaban á Cataluña. Más tarde el venerable Romanil y Anselmo Matié, el poeta *de los capullos*

*y de los besos*, visitaron tambien el Montserrat y pudieron comprobar las singulares analogías que existen entre la tierra provenzal y la catalana.

La hospitalidad en Provenza para los catalanes ha sido siempre agasajadora y afectuosa, y en distintas ocasiones las fiestas que allí se han celebrado han tenido el carácter de obsequios á nuestros literatos. La copa del festin es ya comun á entrambas escuelas poéticas, y Santa Estrella invocada por los provenzales no ha dejado de extender hasta nosotros su influencia benéfica.

Canciones provenzales conocidas en Cataluña (*lou Maset de Meste Roumié,* por ejemplo) han sido como la contraseña de afinidad entre los cultivadores de formas literarias semejantes; pero sobre todo el nombre de Mireya ha sido el símbolo más preciado de los amores comunes.

Ni el poema de *Calendau* publicado posteriormente por Mistral, con ser más viril y más enérgico, ha podido amenguar el prestigio de Mireya. En ésta se siente mejor la naturaleza; la inspiracion espontánea y fresca se manifiesta en ella de una manera inimitable, y por esto ha bastado una estrofa, un solo verso del poema de Mireya para que un provenzal y un hijo de Cataluña se considerasen hermanos.

El dia en que Mistral y Romié entonaron la cancion de Magali en Montserrat, el poema de Mireya tomó carta de naturaleza entre nosotros, y España adquirió en cierta manera el derecho de considerarle como una manifestacion de aquel espíritu provincial tan variado y tan rico que ha dado á Galicia el renombre literario de Rosalía Castro, y ha engalanado las comarcas andaluzas con los cuadros de costumbres de Fernan Caballero.

***

Bajo este aspecto el poema de Mireya simboliza el amor á la patria. Como Alejandro Petoefi, como Miguel Vorosmarti en Hungría, los poetas provenzales han reanimado el cariño al hogar, y la veneracion á lo bello y respetable de las costumbres tradicionales, al propio tiempo que el sentimiento de la libertad, cuyo fogoso emblema ha sabido encontrar Mistral en las yeguas blancas de Camarga.

« A tu patria, hijo de Hungría, permanece fiel eternamente, escribia Vorosmarti. Ella ha sido tu cuna : cualquiera que sea tu destino ven á buscar en ella un sepulcro.»

« Para tí en el mundo inmenso no existe mejor lugar de reposo. Sea maldita ó bendecida tu suerte, aquí debes pasar la vida ; aquí y no en otra parte debes morir.»

Iguales sentimientos resplandecen en el *felibrige* ó asociacion de los poetas provenzales, y entre los blasones y divisas que ostenta en sus tarjetas cada uno de los *felibres,* bien lo expresa la leyenda de Luis Romié: *Chasque auceu trouvo soun nis beu,* que quiere decir : Todo pájaro encuentra su nido hermoso.

¿ Quién podria buscar un lado perjudicial en este dulce afecto de la patria ? En su famosa *Oda á los poetas catalanes,* Mistral hizo notar sabiamente que las cuestiones políticas son en cierto modo completamente ajenas al verdadero cultivo de las literaturas populares, ya que si bien éstas con el transcurso de los tiempos vienen á ser factores del problema político, la resolucion del mismo se presenta siempre más complicada y dependiente en mayor grado de otra clase de intereses. La geografía por su parte más que la lingüística, y áun más que la etnografía, ha influido en los problemas políticos. Por esto dice Mistral : « En el órden divino todo se hace para el mayor bien. Y es preciso que los rios vayan á la mar y las piedras al monton. Los provenzales con ardor unánime pertenecemos á la grande Francia. Y vosotros, los catalanes, con toda voluntad perteneceis á la magnánima España.»

El amor de la patria en lo más íntimo de la literatura provenzal, se presenta, pues, depurado, superior á todo interes momentáneo, exento de mácula como fuerza moral y como fuerza estética.

* * *

Por tales méritos, la literatura provenzal y especialmente el poema de Mireya han atraido en muchos puntos de Europa la consideracion de las personas estudiosas, y han sido parte á que se tomara con nuevo empeño el análisis y la historia de las lenguas romanas. Testigos son en Suecia, nuestros amigos Eduardo Liddfors y Federico Wulf que enseñan

á la juventud los idiomas meridionales, escribiendo el primero el catalan como un hijo de Cataluña. Testigo es ante la Irlanda, Guillermo Bonaparte-Wyse que más atento á la poesía que á sus títulos nobiliarios, se ha convertido en *felibre* de corazon escribiendo versos provenzales y dando calor á las fiestas del castillo de *Font-segugno* donde nació el *felibriges,* y á las de la fuente de Valclusa donde se venera el recuerdo de Petrarca y de Laura.

¿Será pues oportuna la publicacion de *Mireio* en lengua castellana, de suerte que puedan apreciarse lo mejor posible sus quilates? Lo tenemos por indudable.

Nuestras ediciones de ensayo, por un conjunto de circunstancias especiales no han salido apenas del círculo de los aficionados á las bellas letras. Hay más: la literatura catalana-provenzal en todas sus manifestaciones, extendida en Valencia, extendida en Mallorca, es poco conocida en el centro de España.

La edicion que hoy ofrecemos al público convenientemente ilustrada, puede llenar en parte este vacío, fomentando con el conocimiento de Mireya el deseo de conocer en conjunto la escuela poética de Aviñon y de San Remigio, tan relacionada con la escuela catalana, restaurada ya desde la *Oda de Aribau,* y poseedora de cualidades de primer órden, segun opinion de los críticos más respetables.

Del trabajo ímprobo que ha costado nuestra version española y del resultado que hemos obtenido, poco hemos de decir. Recibida galantemente por provenzales y catalanes, nuestra Mireya tiene contraidas varias deudas de gratitud. Séanos lícito aquí desquitarnos de esta deuda para con todos, y especialmente para con Gustavo Dorieux que la calificó de *muy acertada,* y para con el « Diario de Barcelona », que bajo la firma de Miquel y Badía, llegó hasta lisonjearla acordándose quizas involuntariamente de amistades particulares.

Una traduccion no puede ser hoy lo que era en tiempos de madame Dacier. El vicio de las paráfrasis está completamente desacreditado, y hoy pecamos quizas por el extremo opuesto, es decir por el literalismo y por la sequedad. Entre ambos escollos tiene que navegar el traductor. Hay que dar el sentido, la cadencia prosódica, el ritmo, las imágenes exactas del original, y hay que combinar todo esto con la índole y las

exigencias del idioma propio. El problema es muy arduo, y si algun estilo tiene dificultades especialísimas es el estilo de Mireya. Ciertos lunares quedan corregidos en esta edicion. La perfeccion completa es en cierto modo inasequible. Si hay quien desee saborear toda la belleza de un modelo, siga el consejo que ha dado Siscar el traductor de las Geórgicas: «Vuelva los ojos al original que por su riqueza de sentimiento, por las galas de su estilo y por la gallardía y propiedad de la frase, descollará siempre sobre todas las traducciones.»

Una cosa deben tener presente los lectores españoles, y es la satisfaccion con que Federico Mistral recibió la noticia de que emprendíamos la version en nuestro idioma. Habíase ya traducido el poema de Mireya en ingles y aleman; y en 29 de abril de 1861 nos escribia Mistral lo siguiente: «Puedo aseguraros que la traduccion en vuestra noble lengua castellana me causa mucho placer. Vuestras costumbres y gustos, vuestros amores y enconos, vuestro país y su historia tienen gran semejanza con los nuestros. Vosotros sois frente á frente del Norte los más altivos representantes de nuestra generosa raza del Mediodía.»

Sea nuestra publicacion actual una nueva prenda de amistad entre Cataluña y Provenza, y extiéndase este vínculo á todo el territorio español, ya que el idioma que hemos usado, no obstante las palabras y giros provinciales, proviene del fondo comun beneficiado por Calderon y Cervantes.

Barcelona, Octubre de 1881.

*C. Barallat y Falguera.*



# DEDICATORIA.

---

## A LAMARTINE.

*Te consagro Mireya: es mi alma y mi corazon,—es la flor de mis años; — es racimo de Crau que con todas sus hojas — te ofrece un aldeano.*

MISTRAL.

Mellana (Bocas del Ródano) 8 Setiembre de 1859.

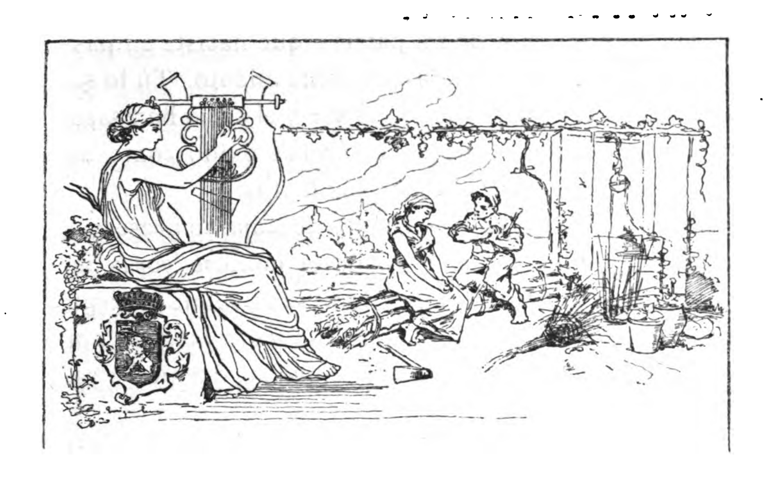
# CANTO PRIMERO.

---

## LA GRANJA DE LAS ALMEZAS.

---

Exposicion. — Invocacion á Cristo nacido entre pastores. — Un anciano cestero llamado Maese Ambrosio y su hijo Vicente piden acogida en la Granja de las Almezas. — Mireya, hija de Maese Ramon dueño de la Granja, les recibe con agrado.— Los trabajadores despues de la cena piden á Maese Ambrosio que cante. — El anciano que en otro tiempo habia sido marinero canta un combate naval del Baile Sufren.—Mireya entabla conversacion con Vicente. — Narracion de Vicente: la caza de las cantáridas, la pesca de las sanguijuelas, el milagro de las Marías, las corridas de Nimes.— Arrobamiento de Mireya y nacimiento de su amor.



CANTO una niña de Provenza. En los amores de su juventud, á traves de la Crau, hácia la mar, por entre los trigos, yo, humilde discípulo del grande Homero, quiero seguirla... Como fuese una zagala de los campos, su nombre lejos de Crau muy poco se ha extendido...

Aunque en su frente no resplandecia sino la juventud, aunque no tenia diadema de oro ni manto de Damasco, quiero que sea glorificada como reina, y que nuestra lengua despreciada la enaltezca y la acaricie, pues canto para vosotros, pastores y cortijeros.

Tú, Señor, Dios de mi pátria, que naciste en pastoría, inflama mis palabras y dáme aliento. Tú lo sabes: entre el verdor cuando el sol y el rocío han sazonado las higueras, llega el hombre ávido como un lobo y arranca al árbol todos sus frutos.

Pero en el árbol cuyos vástagos desgaja, tú preservas siempre alguna rama á donde el hombre voraz no puede alzar la mano, bello y temprano renuevo virginal y oloroso, renuevo de hermoso fruto maduro por Santa Magdalena donde acude el pájaro del aire á saciar su apetito.

Yo diviso aquella ramita y su frescura incita mis deseos; yo veo al soplo de las brisas agitarse en el azul del cielo sus hojas y sus frutos inmortales... ¡Buen Dios, Dios protector, en alas de nuestra lengua provenzal, haz que yo alcance la rama de los pajaritos!...

A la orilla del Ródano, entre los álamos y los saucedales de la ribera, en una pobre cabaña lamida por el agua, vivia un cestero que con su hijo recorria las granjas de la comarca, recomponiendo las cestas rotas y los canastos agujereados. Un dia que los dos andaban por la campiña como de costumbre llevando á cuestas sus largas haces de mimbres, dijo Vicente á su padre:
—Padre, mirad el sol, ¿no veis allá abajo sobre Magalona los pilares de nubes que le apuntalan? Si aquellos torreones se amontonan, padre, tal vez nos mojaremos antes de llegar á la granja.—¡Oh! no: el viento de mar agita las hojas, mientras no sople el Rau no creo que tengamos lluvia, contestó el anciano.
—¿Cuántas yuntas tiene la granja de las Almezas, pa-

dre ? dijo Vicente.—Seis, contestó el cestero, y es una hacienda de las más ricas de Crau... Mira, ¿ves el olivar ? ¡cómo resaltan entre los olivos las líneas de cepas y de almendros!... Pero lo más hermoso, repuso interrumpiéndose, lo más hermoso y que no tiene par en la cuesta, es que hay tantas calles de árboles como dias tiene el año, y en cada liño hay otro igual número de troncos.—Mas ¡cuántas arriscadoras serán necesarias para coger las aceitunas de tanto árbol! exclamó Vicente. —Todo se lleva á cabo, dijo el padre; llega el dia de Todos los Santos y empiezan las muchachas de Baus á llenar sacos y lienzos de aceitunas bermejas y almendradas. Cantando sus canciones, áun cuando hubiese más aceituna la recogerian gustosas...

En tanto que maese Ambrosio continuaba hablando, el sol desaparecia por detras de los cerros y teñia las nubecillas de los colores más hermosos, los boyerizos tras de sus yuntas llegaban poquito á poco á la cena llevando en alto las ahijadas, y allá abajo en los saladares empezaba ya á cerrar la noche.

—Ea, ya se divisa en la era la cima del pajar, dijo Vicente, estamos á cubierto de la lluvia. —Este lugar es á propósito para las ovejas, repuso el cestero; en verano tienen el bosque de pinos y en invierno la llanura pedregosa. Ciertamente aquí no falta cosa alguna y todo en este sitio es maravilla: las arboledas frondosas que sombrean el tejado; la hermosa fuente que mana en el vivero; las colmenas de abejas que en otoño se despueblan, y que al sonreir el mes de mayo suspenden cien enjambres á los altos almeces...—¡Oh!

y lo que á mí me gusta más en esta tierra, padre, dijo Vicente, es la hija de la granja, la que el verano pasado, si se os acuerda, nos mandó hacer dos canastas de arriscador y nos hizo poner asas á su esportillo...

Conversando de esta suerte llegaron á la puerta de la granja. La muchacha acababa de dar hojas á los gusanos de seda, y sentada en el umbral tomando el fresco empezaba en aquel momento á retorcer un copo.

— Buenas noches á toda la compañía, dijo el cestero dejando en el suelo los mimbres. — Maese Ambrosio, Dios os las dé felices, contestó la muchacha, aquí estoy poniendo el rocadero á la rueca, vedlo... ¿y vosotros? ¿cómo llegais tan tarde? ¿venis de Valabrega? — Justo, dijo el cestero, y encontrándose la granja de las Almezas en nuestra ruta, hemos dicho: vamos allá, dormiremos en el pajar.

En esto maese Ambrosio y su hijo fueron á sentarse en un rodillo de labranza, y sin más razones se pusieron un momento á trabajar una banasta empezada; y del manojo desatado cruzaban y torcian los flexibles mimbres.

Vicente no tenia aún diez y seis años; pero era ciertamente un hermoso muchacho, bien plantado y de rostro agradable. Sus mejillas, asaz morenas, á decir verdad; más tierra negruzca siempre da buen trigo, y en viña de racimos negros sale el vino de más chispa. Sabia perfectamente cómo deben prepararse los mimbres y los trabajaba con habilidad. No es que se ejercitase por lo comun en labores finas, sino en hacer serones para las bestias de carga y todo lo demas nece-



*Vicente y su padre en el camino de la Granja.*

sario en las granjas. Y rojos cuévanos para llevar tierra, cómodos cofines, cestos de cañas adelgazadas de aquellos que se venden presto, escobas de mijo y muchas otras cosas, las hacia con gran rapidez, pulidas y bien acabadas cual obra de mano maestra.

Habian ya regresado del barbecho y del erial los trabajadores de la granja, dando por terminada su faena, y Mireya, la gentil zagala de las Almezas, para que cenasen al fresco habia puesto sobre la mesa de piedra la ensalada de legumbres. Ya de la ancha fuente, que vacilaba segun era de llena, cada uno de los mozos con la cuchara de boj sacaba las habas y á grandes cucharadas iba llenando su plato. Mas el cestero y su hijo continuaban entretejiendo los mimbres.

—Vamos á ver, ¿ venis á cenar ó no, maese Ambrosio ? dijo maese Ramon, el dueño de la granja, con su manera un tanto avinagrada; vaya, dejad esa cesta, ¿ no veis que salen las estrellas ?... ¡ Mireya! trae una escudilla, y vosotros pronto á la mesa, que debeis de hallaros cansados.—Vamos allá, dijo el cestero. Y levantándose con su hijo, se acercaron á un canto de la mesa de piedra y se cortaron pan. Mireya lista y complaciente, con el aceite de los olivos les aderezó un plato de habillas, y luego fué corriendo á entregárselo con su propia mano.

Mireya estaba en los quince años. Cuestas azules de Fuente vieja, colinas de Baus, llanuras de Crau, vosotras no habeis visto jamas otra niña tan linda. Era un capullo que el sol alegre habia desabotonado. Su rostro candoroso y fresco tenia un hoyuelo en cada

mejilla, y su mirada era un rocío que disipaba toda pesadumbre, más pura y suave que la luz de las estrellas. Brillaban sus negras trenzas que caian ensortijadas, y su pecho redondeado era un albaricoque doble y no bien sazonado todavía. Y era juguetona y bulliciosa y un si es no es montaraz. ¡Ah! ¡si dentro de un vaso de agua hubieseis visto tanta gracia, toda de un sorbo os la habriais bebido!

Cuando los mozos, segun costumbre, hubieron hablado uno por uno de su trabajo del dia (¡como en la granja, Dios mio! ¡como en el tiempo de mi padre!) —Vaya, maese Ambrosio, dijeron, esta noche ¿no vais á cantarnos algo? Ved que esto parece la cena del sueño. —Chito, amigos mios, contestó el cestero; al que se burla Dios le castiga, y con un soplo le hace rodar como una peonza. Cantad vosotros, muchachos, que sois jóvenes y robustos. —Maese Ambrosio, no hablamos de burlas, contestaron los mozos; ved, el vino de Crau rebosa en el vaso: ¡ea, pues! ¡brindemos, abuelo! —¡Ay! dijo entonces el cestero; en mis buenos tiempos era yo un cantador; pero ahora, ¿qué quereis? la cigarra es vieja y los timbalillos se han roto. —Sí, maese Ambrosio, eso recrea; cantad un poco, dijo Mireya. — Hermosa niña, contestó el anciano, mi voz es una espiga desgranada que no tiene más que aristas, mas para complacerte siempre está pronta. Y dicho esto apuró de un sorbo su vaso lleno de vino, y empezó esta cancion:

## EL BAILE SUFREN.

I.

El Baile Sufren que en el mar comanda — ha hecho en Tolon señal de partir : — partimos quinientos hijos de Provenza.

De asir al Ingles el ansia era grande, — no regresaremos á nuestros hogares— hasta haber visto al Ingles en derrota.

II.

Pero al primer mes de navegacion — no vimos á nadie sino á las gaviotas— volando á centenas por entre las vergas.

Y al segundo mes de navegacion — tuvimos qué hacer con una tormenta, — dia y noche afanosos vaciando el navío.

III.

Pero al tercer mes cogiónos la ira, — bullíanos la sangre no encontrando á nadie — á quien el cañon pudiese barrer.

Mas Sufren entonces : ¡ Muchachos arriba ! — dice, y al instante el gaviero encorvado — acecha á lo lejos la costa de Arabia.

IV.

¡ Oh rayos del cielo ! exclamó el gaviero, — tres grandes bajeles hácia aquí nos llegan : — ¡ alerta ! ¡ cañones á la portañola !

Mandónos muy luego el grande marino : — ¡ Que prueben ahora los higos de Antibes! — ¡ despues les daremos manjar de otro cesto!

V.

No bien lo hubo dicho, reluce una llama,—cuarenta balazos cual rayo han partido — á horadarte, Ingles, tus reales navíos.

Quedóle á un bajel nada más que el alma; — se escucha tan sólo el ronco cañon, — las tablas que crujen y el mar que rebrama.

VI.

Ya del enemigo un paso á lo más — nos tiene apartados ¡ qué dicha ! ¡ qué gusto ! — El Baile Sufren intrépito y pálido,

Y que sobre el puente inmóvil estaba : — Muchachos, ordena, cesad vuestro fuego, — y untadles de firme con aceite de Ex.

VII.

No bien lo hubo dicho, la tripulacion — reparte alabardas, bodollos y hachas, — y el cloque en la mano el buen Provenzal

Clama ¡ al abordaje ! con un grito unánime. — En el barco ingles entramos de un salto, — y empiézase entonces la gran mortandad.

VIII.

¡ Oh cuánto golpear! ¡ oh cuánto carnaje ! — ¡ qué rudo fracaso hace el mástil roto — y bajo los piés el puente que estalla !

Más de un ingles se sumerge y muere ; — más de un provenzal á un ingles se agarra , —le oprime en sus brazos y se hunde con él...

Aquí se interrumpió el buen anciano. —Parece que esto no es creible ¿ verdad ? dijo á los que le escuchaban. Sin embargo, sucedió tal como reza la cancion. Ciertamente podemos contarlo sin temor de ser desmentidos, pues yo estaba allí de timonero, y àun cuando mi vida durase mil años, mil años quedaria grabado en mi memoria. — Qué , ¿ vos os hallasteis en aquel destrozo ? dijo uno de los mozos. Me parece que siendo tres contra uno , debieron machacaros como el martillo á la guadaña. —¿ Quién ? ¿ los ingleses ? respondió el anciano marino encendido en cólera... Mas poniéndose sobre sí trocó en sonrisa el enojo , y continuó con orgullo su canto empezado.

IX.

Con el pié en la sangre les dimos combate — de las dos del dia hasta anochecer. — Cierto, cuando el humo dejó de cegarnos,

Faltaban cien hombres á nuestra galera , — mas fuéronse á pique aquellos bajeles, — tres bellos bajeles del rey de Inglaterra.

X.

Despues al volver á la tierra ansiada, — llevando cien balas en nuestros bordajes , — la vela en girones, la verga en pedazos,

Afable nos dijo el Baile amistoso : — Muy bien lo ha-

beis hecho, bravos camaradas, — el rey de Paris sabrá de vosotros.

XI.

¡ Oh noble almirante ! tu palabra es franca, — dijímosle entonces, el rey te oirá,— mas, pobres marinos, ¿ en qué ha de valernos ?

Lo dejamos todo, la casa y la rada, — corriendo á la guerra para defenderle, — y tú ves ahora cómo el pan nos falta.

XII.

Mas yendo allá arriba recuerda, oh Sufren, — cuando al pasar tú se inclinen los grandes, — que nadie te quiere cual tus marineros.

Porque, oh buen Sufren, si hubiesen poder, — antes de tornar á su pueblo amado, — llevándote en palmas te alzaran por rey.

XIII.

Es un Martegal quien á la velada — hizo esta cancion tendiendo el trasmallo. — El Baile Sufren volvióse á Paris.

Y diz que los grandes de aquella comarca — tuvieron envidia de su gran renombre, — y á verle no han vuelta sus viejos marinos.

A tiempo el anciano de los mimbres acabó su cancion marina, pues su voz iba á anegarse en llanto; mas acabóla demasiado pronto para los mozos de la hacien-

da que sin decir palabra, atento el rostro, entreabiertos los labios, mucho tiempo despues del canto le escuchaban todavía. — Ved aquí, dijo maese Ambrosio, las canciones que se cantaban cuando hilaba Marta; eran hermosas, muchachos, y entretenian el rato. La tonada es antigua, pero ¿ qué le hace ? Ahora se cantan otras más nuevas, en frances; tienen vocablos más finos; pero ¿ quién las entiende ?

Tras estas palabras del anciano los boyeros se levantaron de la mesa y condujeron las seis yuntas al manantial del agua corriente, y mientras abrevaban los animales bajo la parra colgadiza, repetian entre dientes la cancion del viejo de Valabrega.

Mireya, empero, se habia quedado solita y risueña... solita con Vicente, el hijo de maese Ambrosio, y los dos hablaban juntos, y sus cabezas se inclinaban la una hácia la otra, semejantes á dos floridas manzanillas cuando las mece una fresca ventolina.— Oye, Vicente, dijo Mireya; cuando llevas á cuestas las haces y andas de aquí para allá recomponiendo canastos, en tus caminatas debes ver seguramente muchos castillos antiguos, y muchos pueblos, y sitios agrestes, y fiestas y romerías... ¡ Nosotros siempre cerca del palomar ni más ni menos que los palomos! — Decis bien, niña, contestó Vicente; la dentera que dan las grosellas apaga la sed como el beber en bocal; y si para buscar el trabajo hay que sufrir las inclemencias del tiempo, tambien tiene su placer la jornada, y la sombra del camino hace olvidar el calor. Ahora por ejemplo, en cuanto llega el estío, luego que los olivos se habrán

llenado de racimos de flores, en los olivares emblanquecidos y en la copa de los fresnos, olfateando, vamos á cazar las cantáridas que verdean y relucen con el ardor del sol... Las llevamos luego á las boticas y allí nos las compran. Otras veces en los carrascales cogemos el quermes rojo, ó vamos á los lagos á pescar sanguijuelas. ¡ Qué pesca tan hermosa ! No se necesitan redes ni cebo. Basta con entrarse en el agua fresca y removerla, y la sanguijuela viene á pegarse á las piernas...

¿ Pero no habeis visitado nunca á las Santas, Mireya ?... ¡ Oh ! allí todo el mundo canta himnos á las tres Marías; allí de todas partes llevan á los enfermos... Nosotros pasamos por allí el dia de la fiesta. Ciertamente la iglesia es pequeña ; pero ¡ cuántos clamores y cuántos ex-votos ! ¡ Oh Santas, grandes Santas, tened piedad de nosotros !... Era el año de aquel gran milagro ; ¡ qué cosa más sorprendente, Dios mio ! Un niño enfermito estaba tendido en el suelo y lloraba. Era hermoso como san Juan Bautista, y con voz triste y plañidera decia : ¡ Oh Santas, volvedme la vista y os traeré mi corderillo ! A su alrededor, cuantos le miraban derramaban lágrimas. Al mismo tiempo las urnas bajaban lentamente del techo sobre el pueblo amontonado, y cada vez que aflojaba un poco la cuerda, como un fuerte viento en los tallares la multitud exlamaba : ¡ Grandes Santas, venid á nuestro amparo ! El niño estaba en brazos de su madrina, y así que pudo alcanzar con sus débiles manecitas las reliquias de las tres bienaventuradas, asióse á las urnas milagrosas con la fuerte gar-

fiada del náufrago á quien el mar arroja una tabla, y no bien tocó su mano con amor los huesos de las Santas, ¡yo lo ví, Mireya! dijo de pronto el cieguecito con admirable fe: ¡yo veo las urnas milagrosas! ¡yo veo á mi abuela que llora!... ¡vamos presto, presto, vamos á buscar mi corderillo! Y en verdad os lo digo, niña, Dios os conserve siempre feliz y hermosa; más si alguna vez un perro, un lagarto, una serpiente, un lobo ó cualquiera otro animal dañino os hace sentir su agudo diente, si la desgracia os abate, corred, corred á las Santas, y al momento encontrareis alivio.

Así pasaba la velada. La carreta desuncida proyectaba la sombra de sus grandes ruedas por allá cerca. De tiempo en tiempo se oia el sonido de una campanita en los marjales, y el pensativo mochuelo juntaba su queja lastimera al canto de los ruiseñores. — Ya que esta noche da la luna en los árboles y en las balsas, prosiguió Vicente, ¿quereis que os cuente cómo una vez en una corrida estuve en poco de ganar el premio? — De buena gana, dijo la muchacha. Y más que dichosa la amable niña, conteniendo su aliento se acercó á Vicente. — Era en la explanada de Nimes, continuó éste, donde se daba la corrida. En Nimes, ¡oh Mireya! el pueblo aglomerado, más espeso que los cabellos de la cabeza, estaba reunido para ver la fiesta. Descubierta la cabeza, descalzos los piés y sin capas, habia ya varios hombres en medio de la liza. Mas de pronto vieron llegar á Lagalante, el rey de las corridas; á Lagalante, aquel forzudo, á quien de seguro habreis oido nombrar mil veces, aquel célebre Marse-

lles que habia desalentado á los hombres más robustos de Provenza, y áun á los de toda Italia. Sus piernas y muslos eran como los del senescal Juan de Cosa. Tenia un vasar lleno de anchos platos de estaño, donde estaban escritas sus corridas, y ademas tenia colgadas en los clavos de las vigas tantas y tan ricas bandas que habriais jurado, Mireya, que el arco iris se habia desplegado en el techo. Los que iban á correr bajaron al instante la cabeza y recogieron las capas. Nadie se atrevia á competir con Lagalante. Un jóven de traza endeble, pero que no tenia flacas las piernas, á quien llamaban el Crí, habia ido aquel dia á conducir vacas á Nimes, y este solo tuvo ánimo para luchar con él. Yo, que me encontraba allí cerca por casualidad: ¡ En nombre del diablo! exclamé: ¡ yo tambien sé correr! Mas ¡ qué dije, aturdido de mí! Ved aquí que todos me rodean: ¡ Vaya, es preciso que corras! vocean de todos lados. Juzgad, Mireya, de mi apuro; ¡ yo que sólo habia corrido en los oteros tras los perdigones, sin más testigo que los robles! En fin, tuve que ir allá. Al verme Lagalante vino á encontrarme y me dijo: Ya puedes atar bien fuerte las correhuelas de tu calzado, muchacho. Y diciendo esto, aprisionaba sus recios muslos en un calzon de seda que tenia cosidos en derredor diez cascabeles de oro. A fin de reposar el aliento pusímonos en la boca una ramita de sauce; los tres como amigos nos estrechamos rápidamente la mano, y agitada la sangre y temblando de impaciencia, con el pié en la raya esperamos la señal. Dióse la señal: como un rayo nos lanzamos los tres á la llanura:

¡A tí!... ¡á mí!... Y en la carrera un torbellino de polvo envuelve nuestros saltos, y el viento nos lleva y el cabello nos humea... ¡qué ardor! ¡qué corrida tan loca! Tal era el ánimo que nos alentaba que por un buen rato se creyó que llegaríamos juntos al término. Yo por fin tomé la delantera, pero esto fué mi desgracia, porque sin reflexion me abalancé como un orgulloso foleto, y en el preciso momento de dejarles atras, faltóme el aliento, y pálido sin sentido caí de cara al suelo. Mas ellos corrian con paso acompasado, siempre acompasado, como los caballitos que danzan en Ex. El famoso Marselles creia tener la partida por suya. Se ha dicho que no tenia bazo. Lagalante sin embargo encontró un rival en el Crí de Muriés. Entre las oleadas del pueblo tocaban ya casi al fin de la carrera. ¡Si hubieseis visto, Mireya, brincar el Crí! Ni en el monte ni el cercado hay ciervo ni liebre que corra con tanta ligereza. Lagalante se alejó aullando como un lobo. El Crí coronado de gloria abraza el poste de los premios. Los habitantes de Nimes se precipitan ganosos de saber el nombre de su patria. El plato de estaño brilla con el sol; los tejos suenan; óyese tocar el obué y el Crí recibe el plato de estaño.—¿Y Lagalante? preguntó Mireya. — Acurrucado en medio de la polvareda que el pisoteo del pueblo levantaba á su alrededor, tenia ceñidas las rodillas con ambas manos, contestó Vicente; y afligida el alma por la derrota que tanto le humillaba, mezclaba sus lágrimas con el sudor de su frente. El Crí va á encontrarle y le saluda. Bajo el emparrado de una cantina, le dice,

vamos á sentarnos, camarada; ven presto y bebamos las estrenas. Hoy es dia de regocijo; dejemos para mañana los lamentos, que allá abajo, tras las grandes Arenas, aún queda bastante sol para alumbrar tu fortuna y la mia. Mas Lagalante, á quien temblaban las carnes, alzó su rostro pálido, y quitándose con violencia los calzoncillos con cascabeles de oro, le contestó: Pues que la edad se lleva mis fuerzas, toma: esto es para tí; á tí la juventud te equipara en ligereza con un cisne; tú puedes honrosamente llevar el distintivo del más fuerte. Tales fueron sus palabras. Y el fuerte campeon de las corridas, triste como un alto fresno al que desmochan, desapareció por entre la apiñada multitud, y desde aquel dia, ni por la fiesta de San Juan ni por la de San Pedro se le ha visto jamas correr en ninguna parte ni saltar el odre hinchado.

Delante de la granja de las Almezas así Vicente iba explicando las cosas que sabia, y sus mejillas se coloraban, y sus negros ojos lanzaban llamas. Mientras hablaba gesticulaba con entusiasmo, y sus palabras salian con facilidad y abundancia, como turbion repentino sobre un ricial de mayo.

Los grillos que cantaban entre los terrones más de una vez se pararon para escucharle; los ruiseñores y el pájaro de noche suspendieron su cantar en los bosques, y hasta el fondo del alma impresionada, *ella,* sentada sobre la hojarasca, hubiera esperado la primera luz del alba sin cerrar los ojos.

—Parèceme, dijo ella á su madre, que aunque es



*Mireya y Vicente en la Granja.*

hijo de un cestero, su hablar es muy agradable. Madre, en invierno es muy bueno el dormir, pero ahora la noche es demasiado clara. Escuchémosle, escuchémosle todavía... ¡ Yo pasaria escuchándole mis veladas y mi vida entera!



# CANTO SEGUNDO.

---

## LA DESHOJADURA.

---

Mireya está arrancando hojas de morera para los gusanos de seda. — Por casualidad Vicente el cestero pasa por el sendero vecino. — La niña le llama. — El muchacho acude y para ayudarla sube al árbol con ella. — Conversacion de los dos jóvenes: Vicente habla de su hermana Vicentita y la compara con Mireya. — El nido de abejarucos. — La rama desgajada. — Mireya y Vicente caen del árbol. — La enamorada niña declara su amor. — El muchacho se muestra apasionado. — La Cabra de oro, la higuera de Valclusa. — Mireya es llamada por su madre. — Inquietud y separacion de los dos amantes.



CANTAD, cantad, gusanilleras, que la deshojadura gusta de los cantos! Hermosos son los gusanos de seda y duermen su tercera dormida. Las moreras están pobladas de muchachas á quienes el buen tiempo ha puesto alegres y juguetonas como un enjambre de rubias abejas que va robando la miel á los romeros del pedregal.

Deshojando las ramas ¡ cantad, cantad, gusanilleras! Mireya está cogiendo la hoja en una hermosa mañanita de mayo. Aquella mañana por arracadas á sus orejas la coquetuela se habia puesto dos cerezas... Vicente

aquella mañana pasó por allí de nuevo. A su gorro de escarlata como los usan los ribereños de los mares latinos, llevaba garbosamente una pluma de gallo, y andando por las veredas ahuyentaba las vagabundas culebras, y con su baston golpeaba los sonoros montones de guijarros haciendo saltar las peladillas.

—¡Vicente! ¡Vicente! exclamó Mireya desde las verdes calles de árboles, ¡pasas muy de prisa! Vicente al momento volvió la cabeza hácia la plantacion, y divisó á la muchacha posada sobre una morera como una alegre cogujada, y voló hácia ella gozoso. —¿Va bien la deshojadura, Mireya? le dijo al llegar. — Todo se deshoja poco á poco, contestó la niña. —¿Quereis que os ayude?— Sí. Y en tanto que ella reia desde arriba á carcajadas como una loquilla, Vicente, dando con el pié sobre el trébol, se encaramó en el árbol más diestro que un liron.—Ved, Mireya, que maese Ramon no tiene otra hija: deshojad las ramas bajas y yo alcanzaré las cimas, dijo á la muchacha. Y ella deshojando el árbol con su ligera manecita dijo á Vicente: — Esto de tener compañía para el trabajo quita el mal humor: ¡cuando una está sola le viene tal pesadez!— Ved aquí lo que siempre me enoja, respondió el muchacho. Cuando estamos allá en la choza donde oimos tan sólo el estruendo del Ródano tormentoso que engulle el cascajo, ¡algunas veces me da un fastidio! En estío no tanto, porque entonces hacemos las caminatas con mi padre de alquería en alquería. ¡Mas cuando el acebo se llena de bayas y los dias se hacen frios y las veladas largas; cuando cerca del rescoldo mientras en

el picaporte silba ó maúlla algun duende, sin luz y con pocas palabras me es preciso aguardar el sueño á solas con mi padre!...—¿Pues y tu madre? interrumpió la niña, ¿dónde está?—¡Está muerta! dijo el muchacho, y permaneció un instante silencioso. Luego continuó:—Cuando mi hermana Vicentita era más niña, estaba con nosotros en la cabaña y aquello daba gusto...—Pues qué, ¿tienes una hermana? preguntó Mireya.—Sí, dijo el cestero, y hacendosa y hábil para todo... ¡ojalá no lo fuese tanto! porque tuvo que ir con los segadores á Fuente del Rey, que está allá abajo en la tierra de Bellcaire, y tanto agradó su habilidad y buen modo, que por sirvienta la tomaron y sirvienta se ha quedado.—¿Se te parece tu hermanita? dijo Mireya.—¿A quién, á mí? contestó el cestero, ¡mucho le falta! Ella es rubita y yo soy, ya lo veis, negro como un gorgojo. Pero á quien se parece más bien es á vos, Mireya. Vuestras cabezas vivas y despiertas, vuestras cabelleras abundantes como las hojas del mirto, no se diria sino que son gemelas. ¡Mas para atar la clara tela de vuestra gorrita mucho mejor que ella vos teneis la cinta! Mi hermana no es fea ni descuidada; pero tú, Mireya, ¡cuánto más hermosa eres! Aquí, Mireya, soltando de pronto la rama á medio deshojar:—¡Oh! exclamó, ¡pícaro Vicente!...

¡Cantad, cantad, gusanilleras, que la deshojadura gusta de los cantos! Hermoso está el follaje de las moreras, hermosos son los gusanos de seda y duermen su tercera dormida. Las moreras están pobladas de muchachas á quienes el buen tiempo ha puesto alegres

y juguetonas como un enjambre de rubias abejas que va robando la miel á los romeros del pedregal.

—¿ Conque te parezco linda ? ¿más que tu hermana? dijo la niña á Vicente. — Mucho más, respondió éste. —¿ Y qué tengo de más ? — ¡ Madre divina ! ¿ y qué tiene de más el jilguero que el delgado reyezuelo, sino la misma hermosura y el canto y la gracia ? — ¿ Más todavía ? dijo Mireya. — ¡ Pobre hermanita mia ! ¡ no vas á llevar lo blanco del puerro ! contestó el muchacho. Como el agua del mar, Vicentita tiene los ojos claros y azules ; mas los tuyos, Mireya, son negros como azabache, y cuando sobre mí centellean me parece que bebo un vaso lleno de vino cocido. Cuando mi hermana con su voz delgada y clara cantaba *La Peironela*, yo escuchaba con sumo placer sus dulces entonaciones ; pero cualquiera de tus palabras ¡ oh niña ! más que ninguna cancioncita encanta mi oido y turba mi corazon. De andar por las dehesas, como un racimo de dátiles mi hermana se ha quemado el rostro y el cuello con el sol ; pero tú, Mireya, eres, á lo que entiendo, como la flor del asfodelo, y la mano tostada del estío no se atreve á acariciar tu blanca frente. Como una señorita de arroyo, mi hermana está todavía delgada, ¡ pobrecita ! ha hecho en un año todo su crecimiento. ¡ Pero á tí, Mireya, de la cabeza á los piés nada te falta para ser completamente hermosa !... De nuevo dejó escapar la rama la muchacha, y poniéndose colorada : — ¡ Oh ! exclamó, ¡ pícaro Vicente !...

Deshojando las ramas ¡ cantad, cantad, gusanilleras !... Así los hermosos muchachos, ocultos entre el

ramaje del árbol frondoso se ensayan en el amor con la inocencia de su edad. Y entre tanto las sierras iban apartando el manto de niebla que las envolvia, y allá arriba sobre las rocas peladas, sobre las grandes torres derruidas, donde aparecen por la noche los antiguos príncipes de Baus, remontaban su vuelo los sacres deslumbrantes de blancura, y sus alas centelleaban con los rayos del sol, que empezaba á calentar las coscojas.

—¡Oh qué vergüenza! ¡no hemos hecho nada! exclamó de pronto Mireya haciendo un mohin de disgusto. Ese tunante dice que viene para ayudarme y luego no sirve más que para hacerme reir... ¡Vamos, presto, lista la mano! O si no, mi madre dirá que soy desmañada y que no puedo casarme; ¿verdad? Vaya, amigo mio, tú que te jactabas de listo, me parece que si te contratases para coger la hoja á quintales, áun cuando toda estuviese en ramitas habrias de vivir del aire.—¿Vos creeis, pues, que soy zurdo? contestó el muchacho un poco confuso; pues vamos á ver quién deshoja más de prisa, niña. Y ardorosos los dos, con ambas manos se pusieron sin descanso á torcer y deshojar el ramaje, y por un buen rato no desplegaron los labios, como si recordasen el refran que dice: oveja que bala pierde bocado. La morera que les sostiene va quedando sin hojas. Bien pronto cesaron pues en su tarea... ¡Deliciosa tarea la de los años juveniles!... Como en el mismo saco los dos echasen la hoja, una vez los adelgazados dedos de la niña se encontraron en el aro entremezclados con los dedos ar-

dientes del muchacho, del *pícaro Vicente*, como ella decia. Ella y él se estremecieron; sus mejillas se coloraron con las rosas del amor, y los dos á un tiempo sintieron el violento ardor de un fuego desconocido. Y cuando ella trémula sacaba la mano de entre las hojas, él conmovido y turbado todavía: —¿Qué teneis? le dijo; ¿os ha picado alguna avispa escondida?— No sé, contestó ella bajando la frente y á media voz. Y sin decirse otra cosa, se pusieron cada uno por su lado á coger algunas ramitas, y mientras tanto, con ojos malignos se atisbaban á hurtadillas para ver quién soltaria primero la risa, y su pecho palpitaba. Mas luego volvieron á la deshojadura; la hoja cayó en abundancia como lluvia, y cuando llegó el momento de ponerla en el saquito, la mano blanca y la morena, adrede ó por acaso, se dirigian la una hácia la otra, y hallaban el trabajo sumamente placentero.

¡Cantad, cantad, gusanilleras, cantad deshojando las ramas! — ¡Mira, mira! exclamó de pronto Mireya, ¡mira, Vicente! —¿Qué hay? dijo éste. Con el dedo en la boca, viva como una calandria en una cepa, enfrente de la rama donde se habia sentado señalaba con el brazo, y alegre decia: — ¡Es un nido! ¡vamos á tener un nido! — Aguarda, dijo Vicente; y callandito de rama en rama, como un gorrion sobre un tejado se dirige hácia el nido, conteniendo la respiracion. Al fondo de un agujero que naturalmente en la dura corteza se habia formado, veíanse los pequeñuelos emplumecidos y bulliciosos. Vicente cruzó sus vigorosas piernas al rededor de una rama torcida, y sostenién-

dose con una mano, empezó con la otra á escudriñar el hueco. Un poco más arriba, Mireya, sonrosada por la inquietud, preguntó con precaucion: —¿Qué es, qué es?—Hermosos abejarucos azules, dijo al poco rato Vicente. La niña se echó á reir. —Oye, dijo á su compañero: ¿no sabes lo que se dice? Cuando un jóven y una niña encuentran un nido en la cima de una morera ó de otro árbol parecido, no se pasa un año sin que la santa Iglesia les una. Los proverbios dice mi padre que siempre son verdaderos.—Sí por cierto, replicó Vicente; pero hay que añadir que la esperanza se desvanece si los pequeñuelos se escapan antes de ser enjaulados.— ¡Jesus! ¡Dios mio! ten cuidado, dijo la niña, ¡sin demora, guárdalos bien, porque esto nos interesa!— A fe mia, contestó el jóven, no será malo que los guardeis vos misma en el corpiño.—¡Ah, toma! sí, ¡es verdad! dijo ella. Y el muchacho volvió á introducir la mano en la cavidad del árbol, y la mano que salió llena habia sacado del hueco cuatro abejarucos.— ¡Buen Dios! ¡hay muchos! exclamó la niña tomándolos en la mano, ¡qué hermosa nidada! ¡pobres pequeñines! dejad que os dé un beso!... Y loca de placer, con mil besitos les halaga y les acaricia, y con amor los va colocando suavemente en el corpiño que se abulta.—Toma, toma, pon la mano, dijo de nuevo Vicente.—¡Oh, qué hermosos! decia ella, ¡las cabecitas son azules y los ojitos como alfileres! Y presto, en la blanca y suave prision oculta tres abejarucos, y en el tibio seno de la niña la pequeña nidada se acurruca creyendo hallarse de nuevo en el

fondo de su nido.—Pero ¿de veras, Vicente? ¿ hay más todavía ? — Aún hay más. — ¡ Vírgen santa ! estoy por creer que tu mano es hada. — ¡ Oh niña ! los abejarucos cuando se acerca el dia de San Jorge , ponen diez ó doce huevos y áun á veces catorce... Mas toma , toma , ahí van los más pequeños... Y tú , lindo agujero, ¡ quédate con Dios !

Apenas el jóven se descuelga de la rama , apenas ella acaba de arreglar con delicadeza los abejarucos en su pañuelito adornado de flores , cuando súbitamente con voz cosquillosa exclama : ¡ Ay , ay !... Y vergonzosa la pobrecita apretaba su pecho con ambas manos. — ¡ Ay , ay ! ¡ voy á morirme ! ¡ ay ! decia llorando, ¡ me arañan ! ¡ ay ! ¡ me arañan y me pican !... ¡ Corre, aprisa , Vicentito , aprisa !... Era que hacia un momento... ¿ lo diré ?... en el escondrijo , grande y vivo era el hormigueo. Era que en la banda alada los más pequeños habian introducido el desórden. Y en el estrecho vallecico la juguetona nidada no pudiendo acomodarse á su gusto , habia empezado á mover patas y alas , y en el declive rodaba con graciosas volteretas. — ¡ Ay, ay ! ¡ ven á buscarlos , corre ! decia ella suspirando. Y como el pámpano movido por el aura y como una becerra al sentirse picada de avispones , asimismo gime , salta y se dobla la muchacha de las Almezas. Él entre tanto ha volado hácia ella...

¡ Cantad deshojando las ramas ! Deshojando las ramas ¡ cantad , cantad , gusanilleras ! Hácia la rama donde ella llora él en tanto ha volado. — ¿ Vos temeis, pues , mucho , el cosquilleo ? le dice con gesto de ca-

riño, ¿ cómo lo haríais si tuvieseis que andar á menudo como yo por los campos pisando las ortigas con los piés desnudos? Mientras tanto, para colocar los abejarucos que tiene en el corpiño le presenta sonriendo su gorro de marino. Ya Mireya bajo la tela hinchada por los abejarucos introduce la mano y uno á uno los va colocando en el gorro,... Bajó la frente avergonzada y vuelta un poco de lado la pobrecita, y bien pronto el sonris empezó á mezclarse con sus lágrimas. Tal sucede por la mañanita, cuando el rocío moja las blancas correhuelas y rueda en perlas sobre sus campanillas, y se evapora á la primera luz del alba...

Y hé aquí que de pronto, bajo el peso de los dos muchachos la rama estalla y se rompe. Al cuello del cestero precipítase la niña asustada dando un grito agudo, y enlaza los brazos á su alrededor, y del frondoso árbol que se desgaja, con una rápida voltereta caen ambos abrazados sobre el blando cominillo.

Frescas ventolinas, viento de mar y Gregal que agitais el dosel de los bosques, ¡ sobre la jóven pareja cese un momento vuestro alegre murmullo! Juguetonas auras, ¡ respirad suavemente! ¡ Dadles tiempo de concebir un dulce sueño de ilusiones; dadles tiempo de que sueñen la dicha pura! Tú que murmuras en tu cauce, corre lentamente, lentamente, arroyito claro; entre las guijas sonoras no hagas tanto ruido; no tanto ruido, porque sus dos almas se hallan unidas en un mismo rayo de fuego como un enjambre que jabardea... ¡ Dejadles que se pierdan en los aires llenos de estrellas!

A poco de haber caido, ella se libró del abrazo y levantóse mas pálida que las flores del membrillero. Sentáronse en un recuesto los dos jóvenes, uno junto al otro, miráronse un corto instante, luego dijo el cestero: —¿Os habeis hecho daño, Mireya? ¡Oh, vergüenza de la plantacion, árbol del diablo, árbol funesto plantado en viernes! Permita el cielo que la consuncion se apodere de tí, que la carcoma te devore y que tu dueño te aborrezca. Mas ella, con un temblor que no podia contener, respondió: — Yo no me he hecho daño, nada de esto; pero como un niño en pañales, que muchas veces llora sin saber por qué, tengo algo que me atormenta, y esto me impide el ver y oir, y mi corazon bulle, y mi frente sueña, y la sangre de mi cuerpo no puede estarse quieta. — Quizas, dijo Vicente, es el temor de que vuestra madre os riña por haber perdido demasiado tiempo en la deshojadura, como me sucedia á mí cuando llegaba tarde á la cabaña, desgarrados los vestidos y pintorreado como un moro, por haber ido á coger moras. — ¡Oh, no! dijo Mireya; otra pena me inquieta. — O tal vez, añadió Vicente, los rayos del sol os han dañado. Conozco á una vieja que se llama Taven y vive en las montañas de Baus; es hechicera, y con un vaso de agua, aplicado en la frente, hechiza los rayos del sol, y del cerebro ardoroso pasan á traves del cristal y entran en el vaso. — No, no, contestó la hermosa zagala; el ardor del sol de mayo no es bastante para amedrentar á las hijas de Crau... Mas ¿por qué no he de decírtelo si ya no cabe en mi pecho? Vicente... Vicente... ¿quie-

res saber lo que tengo ?... es que estoy enamorada de tí.

A la orilla del arroyo el aire límpido y el césped y los viejos sauces tallares quedaron maravillados de placer. — ¡ Ah ! princesa, que siendo tan hermosa teneis la lengua tan picarona, exclamó el cestero; hay motivo para echarse por el suelo con semejante sorpresa. ¡ Cómo ! ¿ Vos enamorada de mí ? En nombre de Dios, Mireya, no vayais á jugar con mi pobre vida, que hasta hoy ha sido dichosa; no me hagais creer cosas que una vez encerradas aquí dentro serian la causa de mi muerte; no os burleis más de mí, por piedad, Mireya. — Que Dios no me dé paraiso si hay mentira en lo que digo, repuso ella, puedes creerlo : te quiéro y esto no hará que te mueras, Vicente. Mas si usas conmigo de crueldad y no me quieres por novia, seré yo la que me pondré enferma de disgusto y me verás consumirme á tus piés abatida por la tristeza. — ¡ Oh, no digais cosas semejantes ! respondió balbuciente el hijo de maese Ambrosio; de mí á vos hay un laberinto. De la granja de las Almezas vos sois la reina, y todo se somete ante vos; yo, cestero de Valabrega, yo soy un nada, Mireya, soy un pobre pisaterrones.— ¿ Y qué me importa que mi amado sea un baron ó un cestero, con tal que me agrade ? contestó ella, presta y encendida como una atadora de garbas. Si no quieres que el tedio consuma poco á poco mi sangre, Vicente, ¿ por qué me pareces tan hermoso con tus andrajos ?

Ante la encantadora doncella, Vicente permanecia desconcertado, ni más ni menos que un pájaro fascinado por un reptil que de las nubes le hace bajar po-

quito á poco. — Tú eres, pues, mágica, dijo luego bruscamente, porque tu vista me enajena de este modo, y tu voz se me sube á la cabeza y me desvanece y me pone fuera de mí como un ebrio. ¿No ves que tu abrazo ha introducido el fuego en mis pensamientos? Porque ¡toma! si quieres saberlo, y á riesgo de que á mí, humilde cestero, me tomes por objeto de burla, te diré que yo tambien te amo, Mireya, te amo con tanto amor, que te devoraria. Te amo hasta tal punto que si tus labios me dijesen: quiero la Cabra de oro, la cabra que ningun mortal apacienta ni ordeña, que bajo los peñascos de Baus lame el musgo de las rocas, ó yo me perderia en las canteras ó me verias traerte la cabra del vellon dorado. Yo te amo, niña encantadora, tanto, que si dijeses: quiero una estrella, no hay travesía de mar, ni bosque, ni torrente impetuoso, no hay verdugo, ni fuego, ni hierro que pudiese detenerme: á los más altos picos de las montañas que tocan el cielo yo iria á buscarla, y el domingo tú la llevarias pendiente de tu cuello. Porque eres tan hermosa, que cuanto más te veo más me deslumbro... Oye, Mireya, yo ví una vez en el camino una higuera que habia echado raices en la roca pelada junto á la gruta de Valclusa, y estaba tan delgada y tan seca que á los lagartos daba menos sombra que una mata de jazmin. ¿Y sabes cómo vive aquella higuera? Una vez cada año la onda vecina sube á bañar sus raices, y entonces el triste arbolillo bebe en aquella fuente toda el agua que quiere y apaga su sed para todo el año. Esto se me puede aplicar como la piedra al anillo. Porque yo

soy, Mireya, el árbol triste, y tú eres la fuente y el frescor. Y plegue al cielo que yo, pobrecito, una vez al año siquiera, pueda como ahora solazarme de rodillas con los rayos de tu rostro, y sobre todo que pueda levemente besar tus dedos con mi beso tembloroso. Mireya, palpitante de amor le escuchaba. Mas él enajenado coge por el talle á la niña, enajenada tambien, y va á estrecharla contra su robusto pecho.

— ¡ Mireya ! exclamó de pronto una voz de vieja entre la arboleda, ¡ Mireya ! ¿ Los gusanos de seda no han de comer nada este mediodía ?... ¿ Habeis visto posarse en la copa de un pino una bandada de gorriones al fresco de la tarde, y luego al caer de improviso la piedra de un espigador que les acechaba dispersarse todos espantados, y huir á los bosques ? Asimismo turbada y asustada huye por la llanura la enamorada pareja. Ella se dirige presurosa hácia la granja sin decir palabra, llevando en la cabeza las hojas recogidas. Él inmóvil y como alelado, la mira correr á lo lejos en el erial.





*Vicente.*

# CANTO TERCERO.

---

## EL DESEMBOJO.

---

Las cosechas de Provenza.— En la granja de las Almezas un alegre y jovial corro de muchachas está quitando los capullos de seda de las bojas. — Juana María, madre de Mireya. — Taven la bruja de Baus. — La mala mirada. — Las desembojaderas por pasatiempo hacen castillos en el aire. — La orgullosa Laura, reina de Pamparigusta.—Clemencia, reina de Baus.—El Vantur, el Ródano, la Duranza. — Adelaida y Violante. — La corte de amor. — Los amores de Mireya y Vicente descubiertos por Norada. — Chanzas de las niñas. — Taven, la bruja, les impone silencio. — El ermitaño del Luberon y el santo pastor. — Nora canta la cancion de Magali.



Cuando las cosechas son abundantes y los olivares á barriles llenos derraman el amarillo aceite en las tinajas de arcilla; cuando por campos y veredas el carro lleno de garbas rechina y bambolea y choca en

todas partes con su frente altiva; cuando aparece Baco, desnudo y vigoroso como un luchador, y dirige la farandola de los lagareros en las vendimias de Crau; y del lagar rebosante cuando la bebida bendita, llenando el canal de la compuerta, hácia la espumosa tina se escapa, y el mosto pintarrajea las piernas de los que pisan la uva; y diáfanos á la retama cuando los gusanos de seda suben como en fiesta para hilar sus blondas prisiones, y luego rápidamente aquellas orugas, artistas consumadas, se amortajan á millares en sus capullos tan sutiles, que parecen fabricados con un rayo de sol; entonces en la tierra de Provenza hay más que nunca diversion y alegría; bébese entonces con holgorio el buen moscatel de Bauma y el vino de tomillo, y se canta y se celebran deliciosos banquetes, y los jóvenes y las muchachas danzan placenteros al son del tamboril.

—En verdad soy afortunada, vecinas, pues el embojo de mis cañizos está lleno de hermosos capullos. Una enramada tan sedosa, una cosecha tan rica como esta, no recuerdo haberla visto en la hacienda desde mis verdes años, desde el año de Dios en que me casé.

Mientras se desembojaban los capullos, así decia Juana María, del anciano maese Ramon esposa honrada, y madre orgullosa de Mireya, y las vecinas y comadres con deseos de reir y de trabajar estaban reunidas á su alrededor en el cuarto de los gusanos de seda.

Trabajaban en el desembojo, y la hermosa Mireya les iba presentando las ramitas de coscoja y las matas de romero, donde la noble oruga atraida por la fra-

gancia de la montaña se aprisiona en sus capullos con tan buena voluntad. Las ramas estaban llenas de capullos y parecian palmas de oro.

— Sobre el altar de la buena Madre de Dios, decia á las comadres Juana María, ayer, mujeres, fuí á dejar como primicia la más hermosa de mis ramitas. Así lo hago todos los años, porque al fin ella es la que con mano liberal ordena, si le place, á los gusanos de seda, que suban. — Por mi parte, dijo Isea, la de la granja del Huésped, mucho temo que no he de tener ese trabajo. El dia en que soplaba tan fuerte el Levante, ya os acordareis, aquel dia tan malo, por descuido dejé abierta de par en par la ventana del cuarto, y ahora, hace poco, he contado en los zarzos más de veinte gusanos alandreados.

Taven, la bruja de Baus, habia tambien acudido á la granja para prestar su ayuda. Taven dijo á Isea : — En todo, vosotros los jóvenes, creeis entender más que los viejos, pero mal que os pese es necesario que nos agobie la edad, es preciso haber llorado y haber sufrido, y sólo entonces, aunque demasiado tarde, se llega á ver claro y á conocer las cosas. Vosotras, mujeres atolondradas, si al abrirse los capullos prometen buena cosecha, luego os vais charlando por todas partes más de lo que conviene. Parece increible lo hermosos que están mis gusanos de seda ; ¡ venid á verlos ! decis á las vecinas. Y en tanto la Envidia no se queda rezagada ; y cuando subis al cuarto de los gusanos de seda, ella sube detras murmurando. Y la vecina exclama : ¡ Qué hermosos están ! ¡ da gusto el verlos ! ¡ no

hay que decir sino que naciste vestida! Más no bien has vuelto la cabeza, la envidiosa les asesta una mala mirada que te los quema, y les echa una ligadura maléfica. ¡Es el viento, decis luego vosotras; es el viento que me los ha alandreado! — No diré que esto no pueda hacerlo, respondió Isea; mas como quiera ¡ojalá hubiese yo aquel dia cerrado la ventana! — ¿Conque tú dudas de los maleficios que lanza el ojo cuando baila y chispea en su cuenca? replicó Taven fijando en Isea sus ojos encendidos. ¡Oh necios, que con el escalpelo escudriñando la muerte, pretenden conocer la virtud de la abeja y el secreto de la miel! ¿Estás tú bien segura de que una mirada luciente y firme no puede matar antes que nazca el feto de una mujer en cinta, ó agotar las ubres de una robusta vaca? Los pajaritos quedan fascinados con sólo ver un mochuelo; caen del cielo las ocas si las mira una serpiente, ¿y quieres que bajo la influencia del ojo humano no pueda enfermar un gusano de seda? Contra la mirada de un jóven cuando echa amores y llamas y arrebatamiento, ¿dónde está la doncella asaz prudente, que baste á guardarse?

Cuatro jovencitas, al oir esto, soltaron los capullos que en las manos tenian. — Vieja culebra, dijo una de ellas á Taven; sea en junio ó en octubre siempre tu aguijon está pronto. ¿Muchachos dices? ¡Cuida que se acerquen! — No, exclamaron alegremente las niñas, no queremos á los muchachos; ¿verdad, Mireya? — El desembojar los capullos no es cosa de cada dia, dijo ésta; voy á la bodega por una botella que de seguro

ha de gustaros. Y Mireya salió del aposento con presteza para ocultar el rubor que coloraba sus mejillas.

—Amigas mias, empezó á decir la orgullosa Laura, yo soy bien pobre, ya lo sabeis. Pues bien, si yo la hubiese dado en no escuchar á nadie, áun cuando el mismo rey de Pamparigusta me ofreciese su mano, mi gusto, mi deleite seria verle siete años á mis piés agonizar de amor.—Pues yo, al contrario, dijo entonces Clemencia; si algun rey por casualidad se enamorase de mí, sobre todo si fuese jóven y airoso, y aventajase en gallardía á todos los caballeros de su reino, podria bien suceder que sin tantos caprichos me dejase conducir por él á su palacio. Mas luego que me hubiera hecho reina y señora, y me hubiera dado un manto magnífico con ramajes de orofre, y hubiera ceñido mi ardorosa cabeza con una corona deslumbrante de perlas y esmeraldas, entonces me vendria, yo, la reina, á Baus, mi pobre lugarejo. De Baus haria yo mi capital. Sobre la peña donde hoy descansa, yo reedificaria de nuevo nuestro viejo castillo y le añadiria un torrejon que alcanzase las estrellas con su blanca punta. Y despues cuando quisiera un poco de solaz, sin manto ni corona gustaria de subir con mi príncipe á la azotea de mi torre. Y allí á solas los dos, y apoyados en el parapeto uno junto á otro, seria cosa deliciosa, á fe mia, tender la vista en derredor. Y ver desplegarse ante los ojos mi alegre reino de Provenza, hermoso como un cercado de naranjos, y su mar azul muellemente extendida bajo sus colinas y sus llanuras, y las grandes barcas empavesadas que suben á toda

vela hasta el castillo de If. Y el Vantur que trabaja el el rayo, el Vantur venerable que por encima de las montañas agachadas en torno de él, alza orgulloso hasta los astros su blanca cabeza, parecido á un anciano mayoral de pastores que apoyado en el baston contempla su rebaño. Y el Ródano en cuyas orillas riendo y cantando se hallan tantas villas y ciudades en hilera que bajan á beber á lo largo del rio; el Ródano tan orgulloso de su cauce y de sus riberas, y que á pesar de ello, consiente en torcer el curso cerca de Aviñon para saludar á Nuestra Señora de Doms. Y la Duranza, aquella cabra ligera, salvaje, voraz, que roe á su paso sargas y oxicedros; aquella niña traviesa, que vuelve del pozo con su cantarito y que derrama el agua jugando con los muchachos que encuentra en el camino...

Esto diciendo, Clemencia, la gentil reina de Provenza, levantóse de la silla y fué á vaciar en la canasta su delantal lleno. Adelaida, niña morena, y Violante, su hermana melliza, cuyos padres del castillo de Estoblon cuidaban las tierras, Adelaida, niña morena, y Violante su hermana melliza, iban juntas con frecuencia á la granja de las Almezas. El amor, aquel duende terrible que se complace burlando á las almas tiernas y sencillas, habia inflamado á las dos por un mismo jóven.

Alzando la cabeza, dijo Adelaida: —Niñas, puesto que estamos de fiesta, supongamos que yo á mi vez soy la reina, y que Marsella con sus buques, y la Ciotat que rie con ella, y Salon con sus almendras, y Bell-

caire con su prado, todo me pertenece. Señoritas é hijas de los campos de Arles, de Baus y de Barbentana, diria yo, volad á mi palacio como pájaros. Quiero escoger las siete más hermosas y ellas pesarán en la balanza el amor engañador y el ardiente de deseo. Juntas las siete, venid alegremente á tener consejo. ¿No desalienta ver que si una pareja se mira con buenos ojos, la mayor parte de las veces no pueda unirse? Pues yo Adelaida, la reina, os lo aseguro, si alguna vez en mi reino alguna pareja se ve contrariada por algun tormento injusto y odioso, en el tribunal de las siete niñas encontrará ley de clemencia. Mas la que por joya ó por oro venderá su ropa de honor, y quien á su querida hará traicion ó insulto, en el tribunal de las siete Bailías hallará ley terrible y venganza de amor. Y cuando para una niña se hallen dos amantes, ó al contrario, cuando haya dos niñas enamoradas de un mismo jóven, quiero que el Consejo decida quién ama mejor, quién mejor galantea, y por consiguiente, quién es más digno de ser amado. En fin, y por compañía de las hermosas niñas, quiero que vengan siete poetas, y en palabras consonantes, con las cuales exaltarán al noble corro, quiero que escriban en cortezas de árboles ó en hojas de parra silvestre las leyes del amor, y fluyan de sus labios suaves coplas, como fluye de las colmenas la buena miel.

Así en otro tiempo Estefanía de Gantelmo, bajo el cobertizo de pinos debió hablar seguramente, cuando su frente estrellada iluminaba los cerros de Romanin y de las Alpinas; así la condesa de Die, cuando tenia corte de amor, debió hablar seguramente.

Con un frasco en la mano, bella como el dia de Pascua, entró Mireya en el cuarto donde estaban las mujeres. — ¡Ea! les dijo, ¡á beber un poquito! ¡Esto alegra el trabajo, mujeres! ¡Llenemos las copas antes de proseguir! Y del frasco guarnecido de esparto, el licor que recalienta fluyó como un hilo de oro llenando una tras otra las tazas. — Yo misma hice este licor, dijo Mireya. Se le deja cuarenta dias en la ventana para que el sol endulce su agrura y minore su fortaleza. Entran en él tres yerbas del monte, y el sobre mosto que las baña guarda de ellas un olor que aromatiza el pecho.

— Oye, Mireya, dijo de pronto una de las niñas, aquí cada una nos ha dicho lo que haria y lo que más estimaria si algun dia fuese reina y se hallase en la opulencia; dínoslo tú tambien, Mireya; sepamos cuál es tu pensamiento. — ¿Qué quereis que os diga? contestó ella; dichosa con mis padres, contenta en nuestra granja de Crau, no hay fuera de esto nada que me tiente. — ¡Ah! dijo entonces una jovencita, es verdad, lo que te gusta no es oro ni plata. Pero una mañana, yo me acuerdo, perdóname si no lo callo, Mireya; era un martes, yo volvia de recoger leña menuda, y al llegar á la cruz blanca llevando el haz de támaras apoyado en la cadera, te ví por entre el ramaje hablando con álguien bastante despejado. — ¿Quién es, quién es? preguntaron las niñas, ¿de dónde es hijo? — Como los árboles me impidiesen ver claro, prosiguió Norada, pude apenas distinguirle, mas á no engañarme parecióme conocer á aquel que trabaja tan bien los cestos, á aquel




*Las desembojaderas.*

muchacho de Valabrega que se llama Vicente.— ¡ Oh ! ¡ qué picarona ! exclamaron las niñas riendo á carcajadas, ¡ deseaba seguramente tener una linda cesta y ha hecho creer al cestero que le queria por novio ! ¡ Ved á la más hermosa del terruño, que ha escogido por galan á Vicente el de los piés descalzos ! Y todas se chanceaban con ella...

Mas Taven, paseando entonces en derredor una mirada de reojo, exclamó: — ¡ Mal año para vosotras, pécoras! ¡ Pueda la Rumeca dejaros embobadas á todas! ¡ Pasaria el Buen Dios en su camino elíseo y esas loquillas lo tomarian á burla ! ¡ Es muy bonito eso de reiros á tontas y á locas del pobre Vicente ! ¿ Sabeis acaso lo que vale por más pobre que sea ? Escuchad lo que voy á contaros. Es un milagro que hizo Dios ante su tabernáculo, y puedo aseguraros que es verdad porque ha sucedido en mi tiempo. Érase un pastor que habia pasado toda su vida hecho un salvaje guardando las ovejas en el áspero Luberon. Entrado ya en años sintió que su cuerpo de hierro se doblaba hácia el cementerio; quiso confesarse como era su deber, y acudió al ermitaño de San Eucario. Errante y solitario en la Valmasca, no habia entrado en iglesia ni en capilla desde su primera comunion, y hasta las oraciones se habian borrado de su memoria. Dejando su cabaña subió como digo á la ermita, y ante el ermitaño se inclinó hasta el suelo. ¿ De qué os acusais, hermano ? le preguntó el buen sacerdote. ¡ Ay de mí ! contestó el anciano, me acuso de que una vez que revoloteaba sobre mi rebaño una aguzanieve, que es un

pájaro amigo de los pastores, tiré una piedra y sin querer maté á la pobre nevatilla. Si no lo hace á propósito, dijo para si el ermitaño, este hombre debe de ser idiota. Y para probarle interrumpió la confesion, y observando su fisonomía le dijo: Hermano, id á colgar vuestro capote de aquella percha y os daré entre tanto la santa absolucion. La percha que el sacerdote le mostraba no era sino un rayo de sol que penetraba al sesgo en la capilla. Mas el buen viejo se quita el capote, y crédulo le suelta en el aire, y el capote queda suspendido en la raya luminosa. ¡Hombre de Dios! exclamó el ermitaño; y luego abrazando las rodillas del anciano y llorando á lágrima viva: ¿Puedo yo absolveros? le dijo; ¡ah! ¡salga el llanto de mis ojos y extiéndase vuestra mano sobre mí, porque vos sois un gran santo y yo un pecador!

Terminó aquí Taven su relato, con el cual habia cortado la risa á las niñas. — Esto enseña, dijo Laura, y es la pura verdad, que no hay para qué burlarse del vestido, y que bajo mal vellon puede haber un buen cordero. Mas, hijas, volvamos á lo de antes. Como un grano de uva nuestra jóven mayorala se ha puesto colorada no bien ha oido el nombre de Vicente. Aqui hay algo. Veamos, hermosa: ¿cuánto tiempo duró el coger la hoja? Porque teniendo compañía se olvidan las horas y con un amante siempre falta tiempo. — ¡Trabajad, desembojaderas! ¿no hay bastante todavía, burlonas? contestó Mireya; vosotras hariais condenar á un santo. Ahora, pues, para confundiros, antes de tomar marido quiero encerrarme en un convento de

monjas á la flor de mis años. — Ta, ta, dijeron á una las mujeres: eso será como la hermosa Magali, que tenia horror tan grande á los amores y quiso sepultarse en vida en el convento de San Blas de Arles... Nora, tú que cantas tan bien; tú, que cuando quieres maravillas el oido, cántale á Mireya la cancion de Magali; cántale cómo escapaba por mil subterfugios al amor, haciéndose pámpano, y pájaro volador, y rayo brillante, y sin embargo, acabó por enamorarse á su vez.

— ¡Oh Magali, idolatrada!... empezó Nora, y las mujeres redoblaron el trabajo y la alegría del corazon, y como al resonar de una cigarra la cancion veraniega, todas las demas en coro se unen á ella, así tambien las niñas entonaron á coro el estribillo:

MAGALI.

Oh Magali idolatrada, — asómate al ventanillo — y oye un poco mi alborada — de gaita y de tamboril.

Lleno está el cielo de estrellas, — echadas están las auras, — mas las estrellas, Magali, — al verte se pondrán pálidas.

Menos que el rumor del bosque — me interesa tu cantar; voyme á las ondas azules — á hacerme anguila del mar.

Oh Magali, si te haces tú — pez de la mar, — yo pescador me haré; — te pescaré.

Pues si te haces pescador, — y echar quieres el tras-

mallo, — yo cambiada en avecilla — cruzaré los anchos campos.

Oh Magali, si te haces tú — ave del aire, — yo cazador me haré; — te cazaré.

Si á perdices y á currucas — vienes tú á tender tus lazos, — yo me haré yerba florida — y esconderéme en el prado.

Oh Magali, si te haces tú — margaritilla, — yo agua límpida me haré; — te regaré.

Si tú te haces agua límpida, — yo me haré nubarron grande, — y á las Indias de este modo — verásme huir por los aires.

Oh Magali, si quieres ver — Indias lejanas, — yo brisa de mar me haré; — te llevaré.

Si te haces brisa marina — áun así te he de escapar, — pues me verás convertida — en sutil rayo solar.

Oh Magali, si te haces tú — rayo de sol, — verde lagarto me haré; — te beberé.

Si tú te haces salamandra — que se oculta en la maleza, — yo me trocaré en la luna — que alumbra á las hechiceras.

Oh Magali, si te haces tú — luna serena, — yo bella niebla me haré; — te envolveré.

Si la niebla me rodea — no por esto me obtendrás; — yo, abierta entre los espinos, — seré rosa virginal.

Oh Magali, si cambias tú — en rosa bella, — yo mariposa me haré; — te besaré.

Corre, corre, amante mio, — que nunca me alcanzarás, — allá en el bosque sombrío — hecha un roble me verás.

Oh Magali, si cambias tú — en árbol triste, — mata de yedra me haré; — te abrazaré.

Pues si quieres abrazarme — sólo un tronco estrecharás, — yo me haré blanca monjita — del convento de San Blas.

Oh Magali, si te haces tú — blanca monjita, — yo tú confesor me haré; — te escucharé.

Aquí las mujeres se estremecieron, y los dorados capullos escaparon de sus manos, y le decian á Nora: — Vaya, di pronto lo que hizo siendo monjita la pobre Magali, di lo que hizo despues de haber sido florecita y roble; y luna, y sol, y nube; y pájaro, yerba y pescado. — Voy á cantar el resto de la cancion, repuso Nora. Estamos, si mal no me acuerdo, donde ella dice que se refugia en el claustro, y el amante le contesta que se hará confesor. Pues oid el nuevo estorbo que le opone:

Si entras tú en el monasterio — cantos fúnebres oirás, — y rodeada por las monjas — con mortaja me hallarás.

Oh Magali, si te haces tú — la pobre muerta, — yo la tierra me haré; — te poseeré.

A creer empiezo en fin — que de veras me hablas ya,

— toma, oh jóven, por recuerdo — mi anillito de cristal.

¡ Oh Magali ! esta fineza — te la agradezco en el alma; ¡ vé allá arriba las estrellas — que al verte se han pues- pálidas !

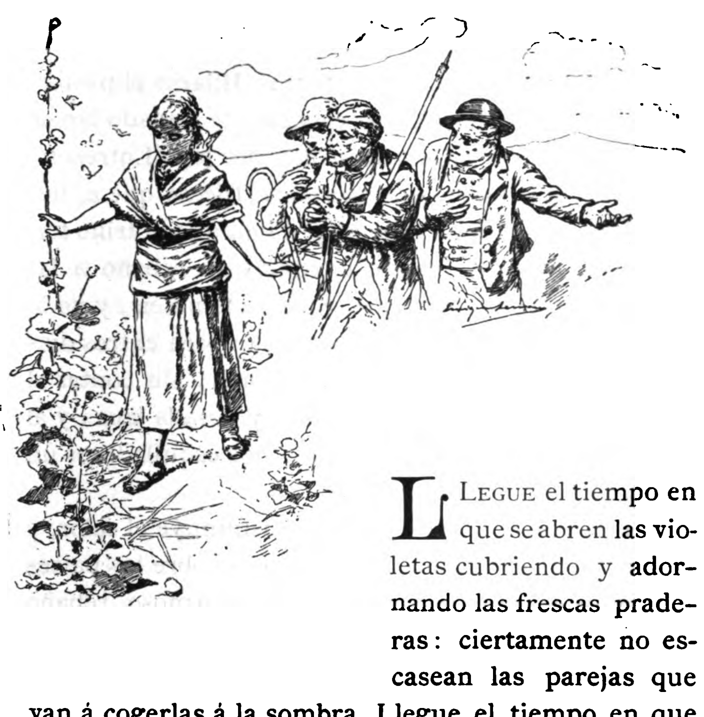
Nora calló: nadie decia palabra. Tan bien cantaba Nora, que las otras á una acompañaban su canto, simpáticas, como las matas de juncia que pendientes y dóciles se dejan arrastrar unidas por la corriente de un arroyo.— ¡ Oh qué hermoso está el tiempo ! exclamó Nora al acabar. Ya los segadores lavan en el vivero las hoces para quitarles la goma. Cógenos, Mireya, algunas manzanas de San Juan, tráenos un queso fresco, y salgamos á merendar debajo de los almeces.



# CANTO CUARTO.

## LOS NOVIOS.

La estacion de las violetas.—Los pescadores de Martega.—Tres pretendientes solicitan á Mireya: Hilario el pastor, Veran el yegüerizo, Elzear el boyero.—Hilario: sus riquezas en ganado. —El esquileo.—Descripcion de un rebaño trashumante que baja de los Alpes yendo á invernar.—Entrevista de Hilario con Mireya.—El mausoleo de San Remigio llamado *Las Antiguallas*.—Ofrenda del pastor: la copita de boj esculpida.—Hilario es despedido.—Veran el guardian de yeguas.—Las yeguas blancas de Camarga.—Veran pide la mano de Mireya á maese Ramon.—El anciano le acoge con grande alegría.—Mireya le rehusa.—Elzear el domador de toros.—Los toros negros salvajes.—El herradero.—Elzear y Mireya en la fuente.—El boyero es desechado.



Llegue el tiempo en que se abren las violetas cubriendo y adornando las frescas praderas: ciertamente no escasean las parejas que van á cogerlas á la sombra. Llegue el tiempo en que apacigua el mar su pecho fiero, y respira suavemente con todas sus mamilas: no faltan entonces botes y chalupas que parten á bandadas de Martega, y extendiéndose en alas de sus remos por la mar calmosa, van á enredar el pescado con sus trasmallos. Llegue el tiempo en que aparecen entre las mujeres florecientes enjambres de niñas, ya pastoras, ya condesas, que alcanzan renombre por su hermosura: no faltan por cierto novios en la Crau; no faltan novios en los castillos. En la granja de las Almezas se presentaron tres

novios: un yegüerizo, un boyero y un pastor ; los tres, soberbios mozos.

El primero que se presentó fué Hilario el pastor. Dícese de él que poseia mil cabezas de ganado lanar, que en invierno pacian á orillas del lago Entresen, donde crece la buena grama salada. Dícese que al llegar al mes de mayo, y en la época en que el trigo forma sus nudos, él mismo conducia su rebaño á las frescas alturas de los Alpes. Se dice tambien, y yo lo creo, que por San Marcos trabajaban para él tres dias seguidos nueve diligentes esquiladores, sin contar al que llevaba los tusones de blanca y pesada lana, y al zagal que sin descanso conducia á los esquiladores un cántaro prontamente vaciado.

Mas hácia el tiempo en que disminuye el calor, y la nieve empieza á caer en torbellinos sobre los paises montañosos, era de ver aquel su hermoso rebaño cuando bajaba de los altos valles del Delfinado á pacer la yerba invernal de la extensa llanura. ¡Era de ver aquel hato tan rico cuando desfilaba por los caminos pedregosos! Marchaban llevando la delantera los corderitos primales, cabriolando con alegría y formando hileras, conducidos por el borreguero que los cuidaba. En pos de los borregos seguian en desórden los asnos llevando campanillas, y los pollinos y las borricas, puestos al cuidado del asnero que á horcajadas sobre la albarda iba con ellos. Sirven los asnos para llevar en los serones de esparto, sobre el basto, la comida y la bebida y el equipaje de los pastores, y á más aprovechan para transportar los corderos fatigados y las

pieles sanguinolentas de las reses muertas. Despues iban de frente como capitanes de la falanje cinco orgullosos machos cabríos de astas retorcidas y mirar sesgado, los cuales hacian sonar los esquilones cabeceando con gesto de amenaza. Detras de los machos cabríos iban las madres y las juguetonas cabrillas y los mansos cabritos, tropa comilona y vagabunda gobernada por el cabrero. Y luego seguian levantando el hocico los grandes moruecos conductores, conocidos por sus largas astas tres veces ensortijadas al rededor de la oreja, y porque en señal honrosa de ser los señores del rebaño llevan los lomos adornados con borlas. A la cabeza de la tropa marchaba el mayoral de los pastores envueltos los hombros en su capa burda, y luego tras de él se apiñaba el grueso de la armada. Y entre una nube de polvo se veian primero y con gran priesa aparecer las ovejas madres respondiendo con prolongados balidos al balido de sus hijuelos, las cuales traian la nuca ornada con borlillas rojas, y corriendo en tropel llenaban de polvo á los borros y á los carneros de lana que seguian despues andando á paso lento. El rabadan y los zagales de tiempo en tiempo daban voces á los perros, diciéndoles: ¡ A la vuelta ! Y llegaba por último la innumerable multitud plebeya marcada con pez en los ijares: las reses jóvenes, las ovejas tardías, las cerradas por segunda vez, las deshijadas, y las fecundas melliceras que arrastraban con pena su vientre embarazoso. Y luego cerraban la retaguardia las ovejas estériles, las cojas, las desdentadas y los carneros viejos vencidos ya en los combates amorosos, reses

inválidas y estropeadas que habian perdido á la vez las astas y el honor. Y todo ello, cabras y ovejas, cuantas contenia el camino, reses viejas y jóvenes, rollizas y lisiadas, todo era de Hilario. Y cuando bajaban de la montaña y á centenares desfilaban por delante de él, sus ojos se deleitaban. Al ver al jóven pastor acompañado de sus corpulentos y blancos mastines que le seguian á los pasturajes, con sus polainas de piel abotonadas hasta la rodilla, llevando á guisa de cetro un grueso cayado de arce, sereno el continente y tranquila la faz, hubierais creido contemplar al hermoso rey David cuando en su juventud abrevaba los ganados al caer la tarde, en el pozo de sus abuelos.

— Hé allí á Mireya, que va y viene por delante de la granja de las Almezas, dijo el pastor. ¡Oh, Dios mio! es verdad lo que me han dicho de ella, pues ni en el llano ni en la montaña, ni en pintura ni en realidad, no he visto ninguna que le llegue á la pretina por lo hermosa y agraciada.

Porque es de saber, que sólo por verla Hilario se habia alejado de su rebaño. Acercóse á ella, y con voz temblorosa le dijo: — ¿ Podrias enseñarme un camino para atravesar los cerros? que si no, hermosa niña, temo mucho que no saldré de ellos.—No hay más que tomar por este camino en derechura, contestó la jóven campesina; seguid luego por el desierto de Peiramala, y andad por el valle tortuoso hasta que descubrais un arco con una tumba que sostiene dos generales de piedra... Es lo que se llama *Las Antiguallas*...—Muchas gracias, contestó el pastor. Mil reses que llevan mi

marca atraviesan hoy la Crau, para subir mañana al monte. Heme adelantado al rebaño para indicarle el camino á traves de los campos, y para señalarle las dehesas y los sitios buenos para hacer noche. Y ciertamente mi ganado es de la mejor calidad. Y siempre que yo me case, mi pastora oirá todo el dia el canto del ruiseñor... Y si yo tuviese la dicha, hermosa Mireya, de que aceptases mi regalo, te ofreceria, no joyas de oro, sino un vaso de boj que hice para tí y está todavía nuevo y flamante. Dicho esto, sacó del seno como una reliquia, una copa tallada en boj, obra de sus horitas de descanso, en las cuales, sentado en una piedra, gustaba de distraerse haciendo estas cosas. Con solo un cuchillo trabajaba primorosamente, y con mano caprichosa esculpia tarreñas para guiar el ganado durante la noche, y sobre el collar de las esquilas, y en el huesecito blanco que servia de badajo, hacia cortes y tajos, y pájaros y flores, y todo lo que queria.

Si hubieseis visto el vaso que acababa de mostrar, habriais negado que cuchillo de pastor hubiese pasado por allí. Una estepa florida le rodeaba, y en sus blancas flores pacian dos cabras monteses, que formaban las asas. Mas abajo se veian tres niñas como tres maravillas, y un pastorcillo dormido bajo un oxicedro. Las niñas juguetonas se inclinaban hácia el pastorcillo con cautela, y acercaban á su boca un racimito de uva, de que tenian llena una cesta. Y el muchacho que soñaba se desvelaba sonriendo, y una de las niñas parecia conmovida. A no ser por el color de la raiz, hu-

bierais dicho que las figuras vivian en aquella obrita. La copa era nueva, y no se habia estrenado.

— En verdad, la ofrenda que mostrais tienta la vista, dijo Mireya contemplándola, pero mi novio tiene una que es más bella... y es su cariño. Y cuando él me mira apasionado, me hace bajar los ojos, y siento entonces una dicha inefable. Dijo la muchacha, y dando un salto echó á correr, y como un duende desapareció. El pastor Hilario volvió á poner su copa donde antes la tenia, y lentamente, á la luz del crepúsculo, se apartó de la granja, turbado con el pensamiento de que una niña tan hermosa, por otro y no por él sintiese tanto amor.

Presentóse tambien á la granja de las Almezas un guardian de yeguas llamado Veran, que vivia en Sambú. Allá en las grandes praderas de Sambú, donde florece la manzanilla, tenia el tal Veran cien yeguas blancas que desmochaban las altas cañas de los marjales. ¡Cien yeguas blancas, cien yeguas de crin frondosa como la meseta de los saladares, y ondeante y jamas tocada por las tijeras! Cuando en ardiente abalanzamiento partian desenfrenadas, como la trena de una hada por encima de su cuello la hermosa crin flotaba en el aire.

¡Vergüenza para tí, oh raza humana! Las yeguas blancas de Camarga, á la punzante espuela que desgarra sus ijares, ni á la mano que las acaricia, jamas se han sometido. Encabestradas á traicion, he visto desterrar algunas lejos de las praderas saladas. Mas un dia han derribado á su jinete de un salto fiero y

repentino ; y las he visto entonces al galope atravesar veinte leguas de marjales aspirando el viento, y vueltas al Vacarés donde nacieron, despues de diez años de esclavitud, respirar al fin la emanacion salada y libre de la mar. Porque aquella raza salvaje tiene su elemento en la marina. Del carro de Neptuno tal vez escapada, la salpican todavía las espumas. Y cuando el mar se embravece y se oscurece el cielo, cuando se rompen los cables de los buques, los potros de Camarga relinchan de placer. Y hacen dar chasquidos como un látigo á su larga cola que arrastra, y escarban el suelo, y sienten en sus carnes el tridente del Dios terrible que en horroroso desórden mueve la tempestad y el diluvio, y trastorna de abajo arriba los abismos de la mar.

Veran apacentaba de ordinario sus yeguas en Camarga. Un dia que sus quehaceres le llevaron á la Crau, Veran dirigió sus pasos á la alquería de Mireya. Porque en Camarga, y hasta allá abajo donde desaguan las anchas bocas del Ródano, se decia que Mireya era hermosa, y aún se dirá por mucho tiempo.

Presentóse gallardo con su capa arlesiana larga y rubia, echada sobre el hombro á guisa de manto, con ceñidor de varios colores como la espalda de un lagarto, y con sombrero de tela encerada, donde reflejaban los rayos del sol. Y cuando estuvo ante maese Ramon, le dijo: —Buenos dias y buen estar : yo soy un ribereño del Ródano camargués ; soy el nieto de Pedro el yegüerizo ; ya quizas podreis conocerlo en mi fisonomía, pues á lo menos veinte años seguidos mi abuelo

ha trillado con sus yeguas las mieses de vuestra era. En la marisma que nos rodea, mi venerable abuelo tenia tres cobras... ya se os acuerda. Mas ¡ si vieseis el rico aumento que ha tenido la levadura ! ¡ Ya pueden las hoces derribar mieses! Actualmente poseemos siete cobras y siete pares...—Largos años, hijo mio, contestó el anciano, puedas verlos multiplicar y conducirles á los pastos. Conozco á tu abuelo y por cierto he tenido con él amistad muy antigua. Pero al llegar al tiempo en que la edad nos hiela, permanecemos en quietud á la luz de nuestra lámpara, y entonces ¡ adios amigos !— No es esto todo, añadió el jóven, no sabeis aún lo que os quiero. Más de una vez cuando á Sambú llegan las gentes de Crau á buscar carretadas de paja, mientras les ayudamos á atar las ligaduras de la carga solemos hablar de las niñas de Crau, y todos me han pintado á vuestra Mireya tan de mi gusto, que si al vuestro encontrais á Veran, ha de ser vuestro yerno. — Veran, ¡ pueda yo verlo ! exclamó Ramon, porque el vástago florido de tu ascendiente, de mi amigo Pedro el yegüero, no puede menos de honrarme. Y como dando gracias al Señor, levantó ambas manos al cielo y añadió :—Con tal que gustes á la chica (pues siendo sola es la bien amada), como primicias de la dote doyte desde ahora mi bendicion, y santas eternidades te sobrevengan.

Dicho esto, sin perder un momento, llama á su hija y le dice en dos palabras de qué se trata. Ella, temblorosa, pálido el rostro y azorados los ojos, habló así : — Mas vuestro santo conocimiento ¿ en qué pien-

sa, padre mio? ¿Cómo quereis tan jóven alejarme de vos? Habeisme dicho alguna vez que eso de prometerse debe hacerse con tino, que antes es necesario conocer bien al novio y ser una conocida de él... ¿y sabeis aún si es bastante el conocer á una persona?... Cesó de hablar, y un dulce pensamiento asomó de pronto en sus turbadas facciones, como aparecen por la mañana, cuando ha llovido, las florecitas anegadas por entre el agua turbia. La madre de Mireya aprobó sus palabras, y el yegüero, sonriendo, dijo: — Maese Ramon, me retiro, porque un yegüero camargués, á fe de quién soy, conoce perfectamente la picadura del mosquito.

Durante el mismo verano, desde los pastos de la Camarga Salvaje acudió á la granja para ver á la niña, Elzear el domador de toros. Negros son los toros de la Camarga Salvaje, negros y bravos y renombrados por doquier. Expuesto á los ardores del sol, á las escarchas y á las lluvias diluvianas, allí, solo con su vacada, Elzear la apacentaba todo el año. Nacido entre el ganado, criado en medio de los toros, tenia de los toros la estructura y el ojo salvaje, y el color oscuro, y como ellos tenia fiero el continente y dura el alma. ¡Cuántas veces, echando al suelo el capote y cogiendo un palo, habia destetado bruscamente á los becerros, arrancándoles del pezon de sus madres, y luego, rompiendo sobre la vaca furiosa un manojo de garrotes, habia logrado que huyese de la sacudida por entre los pinos dando bramidos y volviendo la cabeza amenazante! ¡Cuántos erales y terneras habia derribado en

los herraderos de Camarga! Como que guardaba todavía entre las cejas una herida que le asemejaba á la nube desgarrada por el rayo, y recordaba que un dia los almajos y las nevadillas se habian teñido con su sangre.

Era un dia de grande herradero. Para reunir los toros las villas de Santas Marías, Faraman, Albaron y Aguas-Muertas habian enviado á los eriales cien jinetes de los más valientes y experimentados. En el lugar prefijado y cerrando un vasto redondel estaba esperando la entusiasmada muchedumbre. Sobrecogidos en la llanura salada se ven venir á carrera tendida más de trescientos toros y novillas, como una mugiente bocanada de viento, machacando espadañas y centauras. Los animosos boyeros, que habian ido á sorprenderles en los pastos, les aguijonean al galope con el hierro de sus picas. Bien pronto llegan al lugar de la operacion. El tropel boyuno se detiene azorado y silencioso. Mas los boyeros sin cesar espoleando los lomos de la torada, le hacen dar tres vueltas al rededor del anfiteatro, persiguiéndola incansables, como el perro tras la marta, como el águila del Luberon tras los cernícalos. ¿Quién lo creeria? De su yegua, contra la costumbre, Elzear se apea. Aglomerados los toros á las puertas de la arena, súbito se alteran terriblemente. Pronto se lanzan á la arena cinco becerros que echan llamas por los ojos y amenazan horadar el cielo con sus cabeceos. Como el viento, Elzear se precipita hácia ellos; como el viento tras las nubes, les persigue á la carrera, á la carrera les pica, ya les gana

la delantera, ya con su lanza les aguijonea, ya danza delante de ellos, ya les aturde con un vigoroso puñetazo. Todo el pueblo aplaude con delirio. Elzear, cubierto de polvo olímpico, coge por fin á uno de los toros por las astas, y frente á frente con él forcejea para sujetarle. Quiere desenredar sus torcidas astas el negro monstruo, y vuelve grupa, y muge de furor, y resuella y echa espumarajos y sangre y humo. ¡Vano furor! ¡Esfuerzos impotentes! El boyero apoya con destreza en su espalda la horrible cabeza del bruto torciéndole el cuello, y empujando de pronto al animal en direccion contraria, le derriba con violencia, y cual una fuerte muralla que se derrumba, el toro y el domador ruedan por el suelo. Un clamoreo de espanto hace estremecer los tamariscos. ¡Bravo, Elzear, bravo! exclama el pueblo. Y acuden cinco robustos mancebos que sujetan al toro, mientras Elzear, para marcarle el bautismo coge un hierro candente y le quema los lomos. Una banda de jóvenes arlesianas montadas á la jineta sobre blancas hacaneas, se acercan al galope, agitado el seno y coloradas las mejillas. Llegan, ofrecen á Elzear una grande aliara llena de vino, y se alejan por la llanura entre nubes de polvo. Una bandada de ardorosos jinetes va siguiendo sus huellas. Presto el torbellino se disipa. Elzear no ve sino los toros ni piensa más que en sujetarlos. Cuatro quedaban todavía, pero trabajan con más ardor los guadañeros cuanta mayor es la abundancia de heno, y así el toreador, sosteniendo la lucha con vigoroso esfuerzo, de cuatro animales enervó los lomos. El último, que era

manchado de blanco y tenia soberbias astas, se habia puesto con sosiego á pacer la verde yerba. Elzear se dirige hácia él. ¡Basta, Elzear, basta! le dicen los vaqueros viejos. ¡Vana represa! Hácia el toro de las manchas blancas, enristrada la pica, se abalanza, desnudo el pecho y empapado en sudor. El toro espera inmóvil la embestida y recibe de lleno el hierro en el hocico. Vuela en astillas la pica, y el toro al sentir la dolorosa herida se pone furioso. Elzear da un salto y le coge por las astas; llévale el toro consigo, y juntos corriendo tronchan y aplastan los almajos del llano. A caballo, apoyados en sus largas picas, los vaqueros de Arles y de Aguas-Muertas contemplaban la terrible lucha. Furiosos y encarnizados los dos contendientes forcejean: el hombre para sujetar al toro; éste para desasirse del domador á quien arrastra. Con la lengua llena de espuma, el toro mientras corre lame su hocico ensangrentado. ¡Misericordia! ¡El toro alcanza victoria!... Como una vil rastrillada el hombre ha rodado ante él en el ímpetu de su carrera. ¡Hazte el muerto! ¡Hazte el muerto! le dicen de todos lados. Le aferra el toro con las puntas, y levantando su cabeza feroz, á siete varas de altura le lanza hácia atras. Un clamoreo de espanto hace estremecer los tamariscos. Lejos del toro cayó el desgraciado Elzear de cara al suelo, mal herido. Desde entonces no se habia borrado de su rostro la cicatriz que le desfiguraba...

Llegó, pues, Elzear, en busca de Mireya, armado con la pica y montado en su yegua. Aquella mañana la doncella estaba solita en la fuente, y habia arre-

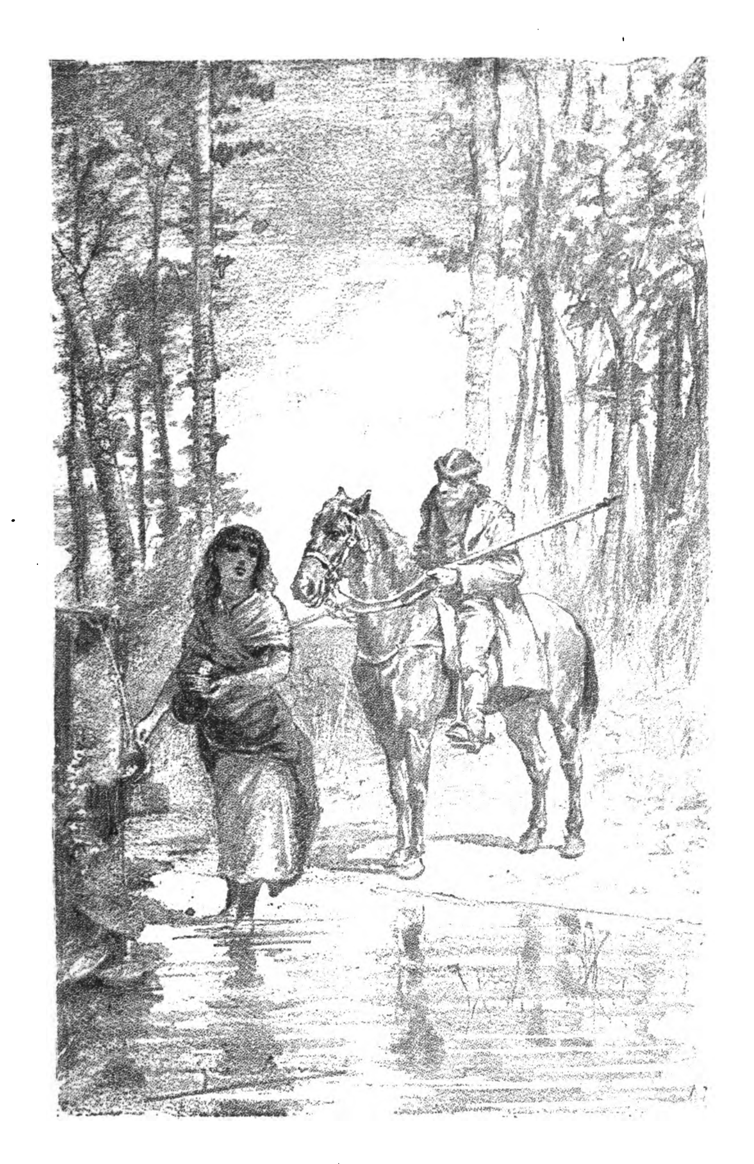


*Mireya en la fuente.*

mangado sus mangas y su zagalejo para limpiar unas encellas con la yerba pulidora que llaman cola de caballo. ¡Santas de Dios, qué bella estaba bañando sus piececitos en el claro manantial! Elzear le dijo:—Buenos dias, hermosa: mientras refrescais las encellas, si lo permitis, abrevaré mi yegua blanca en la corriente. —¡Oh! aquí no hay escasez de agua, respondió ella, en la esclusa podeis dar de beber á vuestra yegua cuanto os plazca.—Hermosa, replicó el mancebo, si como esposa ó peregrina fueseis á Selva Real, donde se oye el rumor del mar, no tendriais que tomaros el cuidado de limpiar encellas, porque la vaca de raza negra se pasea libre y feroz y jamas se la ordeña, y allí las mujeres viven descansadas.—Jóven, dijo ella, en el pais de los toros las niñas mueren de languidez.—Hermosa, donde se tiene pareja no existe el fastidio. —Jóven, aquí se dice que el que se extravia por aquellas lejanas comarcas bebe unas aguas muy amargas y se quema el rostro con el sol.—Hermosa, bajo los pinos cuando quisieseis, hallariais sombra.—Jóven, se dice que á los pinos suben unas serpientes verdosas y enroscadas.—Hermosa, los flamencos y las garzas reales, desplegando su manto rosado, dan caza á las serpientes en las orillas del Ródano.—Jóven, escuchad y perdonadme si os interrumpo; ¡vuestros pinos se hallan tan distantes de mis almeces!—Hermosa, dice el adagio que curas y niñas no saben dó comerán el pan el año que viene.—Jóven, con tal que yo le coma con mi amado, no he menester nada más para desanidarme.—Hermosa, si es así dadme vuestro

amor.— Os lo daré, jóven, dijo Mireya, mas primero estos nenúfares darán uvas columbinas, primero echará flores vuestra pica, primero estos collados se ablandarán como cera y primero se irá por mar á la villa de Baus.





*La declaracion de Elzear.*

# CANTO QUINTO.

## LA LUCHA.

El boyero se aleja furioso por la repulsa de Mireya.—Amores de Vicente y Mireya.—La yerbecilla rizada.—Elzear encuentra á Vicente.—Brutal provocacion del boyero.—Insultos.—Juan del Oso.—Lucha mortal de los dos rivales en medio de la vasta y desierta llanura de Crau.—Victoria y generosidad de Vicente.—Felonía del boyero.—Elzear hiere á Vicente con la pica y huye á todo el correr de su yegua.—Llega al Ródano.—Los tres barqueros fantásticos.—Sublévase la barca bajo los piés del asesino.—La noche de San Medardo.—Procesion de los ahogados en la ribera del rio.—Elzear se sumerge.—Danza de los duendes sobre el puente de Trinquetalla.



LA sombra de los álamos blancos se prolongaba. Soplaba la brisa del Vantur. Faltábanle al sol un par de horas para trasponer el horizonte. Los labradores que estaban en el campo volvíanse de cuando en cuando á mirar el sol, porque deseaban ya la vuelta del sereno para ver á sus mujeres sentadas en el umbral de la casa.

El vaquero se alejaba, y revolvia en su imaginacion el desaire que acababa de recibir junto á la fuente. Su cabeza estaba trastornada, y á ratos la vehemencia de su concentrado furor agolpaba en su frente la sangre y la vergüenza. Galopando á traves de los campos se aumentaba más y más su cólera cuanto más consideraba la afrenta recibida, y era tal su despecho, que á los guijarros que abundan en Crau como las endrinas en un ciruelo silvestre hubiera buscado contienda para batirse; era tal su rabia, que hubiera con la pica taladrado el sol. Asimismo un jabalí arrojado de sus malezas, corre por las desiertas lomas del negro Olimpo, y antes de volverse contra los perros que le persiguen eriza el áspero pelo de su espalda y aguza sus colmillos en los troncos de las encinas.

Hácia el vaquero á quien el resentimiento aguijonea y quebranta, por el mismo camino avanzaba el airoso Vicente, que sonriendo de felicidad soñaba en las dulces palabras que la enamorada vírgen le habia dicho una mañanita bajo las moreras. Andaba tieso como los cañaverales de la Duranza, y en su semblante resplandecia la dicha y el amor y la paz, y el aura muellemente penetraba en su camisa entreabierta. Ligero y vivo como un lagarto, caminaba con los piés desnudos sobre los chatos y pulidos guijarros.

Con frecuencia á la hora fresca en que la tierra se cubre de sombra y en los prados las hojas del trébol se replegan friolentas, iba Vicente á mariposear alrededor de la alquería donde habitaba la hermosa, y se ocultaba, é imitaba luego hábilmente el canto agudo

del verderon dorado ó el de la agachadiza entre los terrones, y entonces la enamorada niña, que conocia bien el reclamo, acudia con presteza y á escondidas al seto de las espinas blancas con el corazon dulcemente agitado. Y la luz de la luna que da sobre los botones del narciso, y el aura veraniega que al caer del dia roza las aristas de las altas espigas, y en mil y mil ondulaciones bajo su roce las hace estremecer como un pecho agitado por el amor, y la dicha infinita que siente la gamuza cuando perseguida por los cazadores en las rocas del Queirás, despues de haber huido un dia entero se encuentra al fin sola entre las malezas, sobre un pico escarpado como una torre y rodeada de montañas de hielo: todo esto no vale una gota de rocío comparado con aquellos breves momentos de felicidad que disfrutaban entonces Mireya y Vicente. Mas hablad bajo, labios mios, que los zarzales tienen oidos... Ocultos en la sombra protectora, poco á poco sus manos se juntaban y se estrechaban. Luego se estaban callados por un buen rato y hacian rodar los guijarros con el pié. Y no hallando cosa mejor que decir, el amante novicio contaba riendo las malandanzas que solian sucederle, y cómo dormia algunas noches al raso, y cómo habia recibido en las alquerías algunas dentelladas de los perros, cuyas cicatrices conservaba. Y ella le relataba sus quehaceres del dia y de la velada, y los proyectos de su padre y de su madre, y las fechurías de la cabra, que habia deshojado completamente una parra florida. Una vez Vicente no fué ya dueño de sí mismo. Entre las altas yerbas llegó arras-

trándose como un gato montés hasta los piés de la muchacha. Mas hablad bajo, labios mios, que los zarzales tienen oidos... — ¡Mireya! déjame que te dé un beso, le dijo Vicente; ¡Mireya! yo no cómo ni bebo, ¡tanto es el amor con que tú me animas! ¡Mireya, quisiera encerrar dentro de mi sangre tu aliento que el aire me roba! ¡Déjame al menos que pueda besar la orla de tu vestido! ¡déjame que de aurora en aurora pase yo el tiempo cubriéndola de besos!... — ¡Vicente, esto es un pecado feo! dijo Mireya, y las currucas y las pendolinas van en seguida á divulgar el secreto de los amantes. — No temas que se hable de ello, replicó el muchacho, porque mañana mismo despoblaré de currucas la Crau entera hasta el confin de Arles... ¡Mireya, en tí veo el paraíso puro!... Escúchame, Mireya, decia el hijo de maese Ambrosio, en el Ródano hay una yerba que nosotros llamamos la yerbecilla rizada. Aquella yerba tiene dos flores separadas, una en cada mata, y retiradas al fondo de las frescas ondas. Mas cuando llega para ellas la estacion del amor, una de las flores, solita, sube á la superficie del agua sonriendo y deja al buen sol que abra su capullo. Y viéndola tan bella la otra flor se estremece, y la verias que llena de amor náda cuanto puede para darle un beso, y cuanto puede desarrolla sus zarcillos, alejándose del alga que la aprisiona; hasta que la pobrecita rompe el pedúnculo, y libre al fin, pero moribunda, besa con sus labios pálidos á su blanca compañera... ¡Mireya! ¡un beso y despues la muerte!... ¿no ves que estamos solos, Mireya?... Ella estaba pálida; él,

arrobado entre mil delicias, la contemplaba. En su turbacion, como un gato montés se endereza de pronto. La niña, con presteza y espantada, aparta la mano atrevida que ciñe su talle, pero él la coge de nuevo... Mas hablad bajo, labios mios, que los zarzales tienen oidos...—¡Déjame! decia ella gimiendo; ¡suéltame! decia doblándose y luchando con él. Pero el jóven, con ardorosa caricia, la estrecha y va á tocar su mejilla. La niña le da un pellizco, se agacha y escapa riendo. Y luego desde lejos la vivaracha, mofándose de él, le cantaba: —¡Vuelve por otra! ¡Vuelve por otra!... De este modo á la hora del crepúsculo sembraban ambos su trigo, su hermoso trigo de luna, regalo florido, dicha placentera que Dios envia en abundancia tanto á los aldeanos como á los reyes.

Marchaba, pues, al anochecer atravesando la vasta llanura el airoso cestero por el mismo camino que seguia Elzear. El rayo de una tempestad se dirige contra el primer árbol que le atrae, y devoradas las entrañas por la ira, ved aquí cómo habló el domador de bueyes: —¿Eres acaso tú, hijo de ramera, el que ha hechizado á Mireya? En este caso, haraposo, pues que te vas hácia allá bajo, dile que no me cuido de ella, ni de su hocico de comadreja, ni tampoco del viejo pedazo de tela que te cubre las carnes. ¿Oyes, hermoso pisaverde?... Vicente se estremeció; encendióse de pronto su alma como una llama, y el corazon brincó dentro de su pecho como un cohete cuando se dispara. —Villano, ¿quieres acaso que te deslome y que entre mis garras te doble por la cintura? contestó el

jóven con una terrible mirada de leopardo hambriento. Y mientras esto decia la agitacion de la cólera hacia temblar sus morenas carnes. — Sobre el cascajo irás á dar de cabeza, dijo el otro, porque tus manos son demasiado débiles, ladron, y no sirves más que para doblar un mimbre, para caminar á la sombra y para gandulear. — Sí: como tuerzo los mimbres, responde Vicente exasperado, como tuerzo los mimbres voy á torcerte el pescuezo. Huye si puedes, cobarde, huye de mi cólera, ó por Santiago de Galicia que no has de ver más los tamariscos de Camarga, porque ahí va este puño de hierro á molerte los huesos. Admirado y contento de encontrar un hombre sobre quien desahogar su coraje, puso el vaquero mohino el gesto y replicó: — Aguarda un momento, majadero, deja que encienda la pipa. Y diciendo y haciendo sacó del bolsillo un bolson de cuero de macho cabrío y una negra cachimba que se puso en la boca, y mientras encendia la pipa con ademan desdeñoso dijo á Vicente:—Cuando te mecia al pié de una anserina ¿ no te contó jamas tu madre gitana la historia de Juan del Oso? Juan del Oso era un hombre de mucha fuerza, y al enviarle su amo con dos yuntas de bueyes para que arase el rastrojo, como el pastor coge una mosca de carnero cogió los animales uncidos, y animales y arado los tiró por los aires sobre un álamo de alta cima. Y tú, miserable, dá gracias á la suerte de que no haya por aquí ningun álamo. — Insolente bribon, repuso el cestero, tú no eres capaz de echar un asno de la linde de un campo, verraco, ¡ no tienes más que lengua! Y Vicen-

te de parada, como un perro de muestra delante de un animal montés, impedia el paso á su rival. — Bájate, bájate del rocin, decia Vicente desgañitándose, ¿no bajas, orgulloso haragan? ¿Bajas ó te bajo yo? ¿Te acobardas? ¿Flojeas ahora que vamos á saber quién ha mamado mejor leche? ¿Y tú, malvado, eres hombre de barbas? Te he de estrujar, infame, como si atase una gavilla de mieses. ¿Eres tú quien ha ofendido á la niña de esa granja, á Mireya, la flor de la comarca? Sí, yo mismo, el miserable cestero, yo, su amante, lavaré las injurias con tu sangre, si es que la tienes. Mas el vaquero aullando contestó: — Arre, arre, gitano, amante de cocina, espérame, que allá voy. Y sin perder un instante echa pié á tierra. Por el aire las capas vuelan; baten las palmas de las manos; el aire tiembla; bajo sus piés ruedan los guijarros; uno contra otro se abalanzan como dos toros. Así dos toros bravos cuando en medio de los páramos donde lanza el sol sus ardorosos rayos han divisado á lo lejos el pelo luciente y el ancho lomo de una vaca jóven y morena, mugen de amor al instante por entre las espadañas, y como si explotase en ellos un rayo, de amor al instante ciegan y enloquecen; y patean y se miran uno á otro, y toman aliento, y se embisten, y de nuevo toman aliento, y con más fuerza bajan la cabeza y vuelven á embestirse haciendo resonar sus cabezadas. Y su combate es largo y cruel, porque es el amor quien les embriaga, porque es el amor poderoso quien les incita y les aguijonea. Asimismo herian los dos campeones: así furiosos se apuñeaban la cabeza.

Elzear ha recibido un golpe en los dientes, y viéndose amenazado con otro aún màs fuerte, levanta exasperado su mano enorme, y como una maza la deja caer sobre Vicente.—¡Toma! ¡toma! ¡recibe esta puñada, miserable!—¡Prueba, baladron, si soy hombre de pelo en pecho! decíanse el uno al otro.—¡Aquí, valiente! ¡cuenta, bastardo, los cardenales donde se hunden mis dedos!—¡Y tú, malvado, cuenta si puedes las onzas de sangre viva que derraman tus carnes! Entonces se agarran el uno al otro, se sacuden, se encogen y se enderezan pié con pié y hombro con hombro: retuercen los brazos y se estregan como dos serpientes enroscadas. Por largo tiempo se están tiesos é inmóviles. Óyense los latidos de su pecho como el batir de las alas de una pesada avutarda. Firmes, la lengua muda, apoyados uno contra otro, semejan los grandes estribos del puente prodigioso que une las riberas del Gardon. Y de repente se separan, y de nuevo cierran los puños; de nuevo el majador muele al mortero, de nuevo el furor les estrecha uno contra otro, y se muerden y se arañan. ¡Dios mio! ¡qué golpes Vicente le asesta! ¡Dios mio! ¡qué mojicones lanza el boyero! Terribles son las puñadas que éste descarga á puño cerrado; mas el de Valabrega, dándole con la rapidez de un granizo espeso y repentino, al rededor de su rival salta y vuelve á saltar como una honda que voltea. De pronto dice el boyero:—¡Hé aquí el golpe que te descalabra! Mas cuando se dobla hácia atras para arremeter mejor á su adversario, el vigoroso boyero le coge súbitamente por las ijadas, á

la manera provenzal, le tira tras de sí como al trigo con la pala, y va el jóven á dar de costillas en medio de la llanura. — ¡ Recoge tu cosecha, recógela en la yugada de tierra que has arado con el hocico, y si gustas del polvo, gusano, come y bebe cuanto te plazca ! — Basta de palabras, necio; sólo el tercer golpe acaba la lucha, responde el muchacho, en quien se acumula amarga ponzoña. La sangre se le sube á la cima de los cabellos. Levántase el cestero como un dragon, y cual fiero luchador, sediento de volver por su nombre, á riesgo de perecer, arremete al salvaje camargues, y con valor y fuerza maravillosa para su edad, le tira al pecho un mortal puñetazo. El camargues vacila: prueba á sostenerse en pié, mas sus ojos se anublan, parécele que rueda la tierra, un sudor helado baña su rostro, y con estrépito como una torre, cae el fornido Elzear en medio de la llanura...

La Crau estaba tranquila y silenciosa. A lo lejos su extension se perdia en el mar, y el mar en el aire azul. Los cisnes, las cercetas lustrosas y los flamencos de alas de fuego iban á saludar en la orilla de los estanques los últimos resplandores de la luz moribunda.

La yegua blanca del vaquero atusaba las ramas de las coscojas, y bajo su vientre oscilaban vacíos los grandes estribos de hierro. — ¡ Muévete aún y te reviento! ¡ Ahora sabrás, ladron, si se miden los hombres con la vara ó con el palmo!... En medio del erial silencioso, el cestero con su pié vencedor apretaba el pecho de Elzear que yacia derrengado. Bajo el pié que le sujeta lucha todavía Elzear, y á borbotones por boca

y narices vomita sangre negra y asquerosa. Tres veces probó á desaferrar el pié forzudo del jóven cestero, y otras tantas le tendió éste sobre el cascajo, donde caia echando espuma, los ojos huraños y la boca abierta como un horrible balderaya. —¿ Has visto ya, bribon, que los hombres no son todos hijos de tu madre ? le dijo Vicente. A los toros de Selva Real vé á contarles ahora lo que es mi puño. Véte á esconder tus cardenales y tu arrogancia y tu vergüenza al fondo de la Camarga en medio de los becerros. Dicho esto dejó libre al monstruo feroz. Del mismo modo un esquilador en el corral sujeta entre sus piernas á un carnero, mas apenas le ha despojado de sus vestidos le da una palmada en el anca y le suelta.

Lleno de rencor y cubierto de polvo, se levanta de un salto el vaquero y se aleja. Un pensamiento maldito le guia á traves de los campos. Va echando imprecaciones y aullando como un lobo, y sus carnes tiemblan. ¿ Qué busca por entre las coscojas y las retamas? ¡ Ay ! párase de pronto y blande sobre su cabeza la terrible pica y embiste á Vicente. Al verse acometido con la pica, encontrándose indefenso y sin esperanza, Vicente palideció cual si se hallase en el momento de la muerte. No es que se le haga duro el morir, pero le abate el verse presa de un desleal á quien la perfidia tan sólo le hacia ser el más fuerte. —¿ Te atreverias, traidor ? dijo Vicente, y resuelto como un mártir, aguarda inmóvil á su adversario. A lo lejos, oculta entre los árboles, estaba la granja de su amada. Volvióse hácia allá con gran ternura, como para decir á la za-

gala : ¡ Héme aquí , Mireya , por tí voy á morir ! ¡ Pobre Vicente ! ¡ En aquel duro trance su alma suspiraba todavía por su bien amada ! —Ya puedes encomendarte á Dios , dijo Elzear con voz de trueno , despiadada y ronca ; y al mismo tiempo le hirió con el hierro de su pica, y el infortunado jóven exhalando un doloroso gemido cayó rodando por el suelo. Con el peso de su cuerpo se dobla la yerba ensangrentada, y á poco rato las hormigas de los campos hacen ya camino por encima de sus piernas terrosas. En tanto el vaquero galopaba y en su fuga iba murmurando entre dientes: —Esta noche á la luz de la luna , decia el malvado, los lobos de Crau celebrarán su banquete sobre los guijarros. ¡ Cómo han de alegrarse hallando preparado semejante festin !

La Crau estaba tranquila y silenciosa. A lo lejos su extension se perdia en el mar, y el mar en el aire azul. Los cisnes , las cercetas lustrosas y los flamencos de alas de fuego , iban á saludar en la orilla de los estanques los últimos resplandores de la luz moribunda.

Y el vaquero galopa , galopa , galopa sin descanso. ¡ Hala ! ¡ hala ! decian los cangrejeros á su yegua. Y la yegua amusgaba las orejas, y los ojos y las narices. Pronto alcanzaron á ver el Ródano. Dormitaba el rio en su lecho descubierto , con la misma tranquilidad que un peregrino de la Santa Cueva cuando rendido por el calor y el cansancio se echa y se duerme al fondo de un barranco. El resplandor de la luna rielaba en las aguas tranquilas. Bogando en el rio se ven tres barqueros.—¡ Ah de la barca ! exclama el cobarde ase-

sino, en la cubierta ó en la bodega ¿ quereis pasarme á mí y á mi yegua ?— Ven, apresúrate, buena pieza, contesta una voz burlona, ya sube la lámpara de la noche, y para verla subir, entre los remos y el botador los peces bulliciosos circulan. La pesca lleva prisa, el pescado se remueve : acércate valiente, la hora es á propósito ; entra en la barca, entra sin perder tiempo. Siéntase el malvado en la popa. La yegua nadaba siguiendo á la barca, atado el cabestro á los estrovos. Los grandes peces de lucientes escamas, dejando las profundas grutas, saltaban en torno de la proa y removian el agua calmosa.— Piloto, exclama uno de los remeros, la barca cojea segun parece ; ¡ ten cuidado, piloto! El que habia dicho esto, apoyando el pié en el banco, dóblase de nuevo sobre el remo á manera de un sarmiento. —Hace un rato que lo he notado, dice el piloto, de seguro llevamos en la barca algun peso maldito. El piloto calló. La vieja barca se zarandeaba de un lado á otro, bamboleaba espantosamente como un ebrio. La vieja barca se hallaba mal parada, sus tablas estaban medio podridas.—¡ Trueno de Dios! dijo el boyero, agarrándose al timon y levantándose horrorizado. Empujada por una fuerza invisible la nave se agita más y más, como una serpiente á la que un pastor ha roto el espinazo con una piedra.—Compañeros, ¿ por qué estas sacudidas? ¿ quereis que me anegue ? Así apostrofa á los galopines el boyero, pálido como un argamason.— Yo no puedo gobernar más la barca, responde el piloto. A pesar mio la barca se empina y salta como una carpa. ¡ Tú has muerto á alguno, mi-

serable!—¿Yo? ¿Quién te lo ha dicho?... Si esto es verdad, ¡que Satanás al instante me tire con su hurgon al fondo de los abismos!—¡Ah! prosiguió el piloto, lívido, ¡me engaño! ¡me engaño! Olvidaba que hoy es la noche de San Medardo... Esta noche todos los míseros ahogados en el rio han de salir de los espantosos sumideros y de los remolinos sombríos, y han de volver la faz á la tierra por grande que sea la profundidad donde el agua los tenga sepultados. ¡Mira! ya van saliendo y forman una larga procesion... ¡Hélos allá! ¡Pobres almas llorosas! ¡Hélos allá, que suben con los piés desnudos á la pedregosa ribera! De sus vestidos limosos, de su cabellera emborrada caen gruesas gotas de agua turbia. En la sombra, bajo los álamos caminan en hileras llevando un cirio encendido. ¡Vé cómo miran las estrellas!... Vé cómo arrancando sus contraidas piernas de la arena que les aprisiona, con los brazos lívidos y con las cabezas llenas todavía de cieno hacen traquetear y oscilar la barquilla como lo haria una tempestad. A cada instante sale una nueva sombra que sube á la ribera con ardor. ¡Con cuánto placer aspiran el aire límpido y el suave olor que viene de los sembrados! ¡Cómo tienden la vista hácia la llanura de Crau! Despues de un prolongado entumecimiento ¡cuán agradable es para ellos el moverse y el mirar cómo gotean sus vestidos! A cada instante aparece una nueva sombra que viene del fondo del cenagal. Todos sacuden con horror el fango del abismo. Hay entre ellos ancianos, jóvenes y mujeres, formas descarnadas y sin dientes, pescado-

res que pretendian coger la perca y la lamprea, y á las lampreas y á las percas han ido á servir de pasto. Mira: ¿ ves aquella multitud desconsolada que por la playa se desliza? Son las niñas hermosas, las locas de amor, que viéndose alejadas de su amante pidieron asilo al Ródano para anegar su dolor inmenso. ¡ Hélas allá ! ¡ pobres jovencitas ! En la oscuridad entreclara se ve palpitar su desnudo seno ensuciado por el alga, y sollozan tan amargamente, que dudo si lo que gotea de la cabellera que vela su rostro es el agua ó las lágrimas amargas... Aquí cesó de hablar el piloto. Los anegados llevaban una llama en la mano, y andaban silenciosa y lentamente por la orilla del rio. Reinaba tal quietud, que habriais percibido el vuelo de una mosca. —Piloto, dijo el camargues poseido de terror y espanto, ¿ no os parece que buscan algo por entre la oscuridad? —Sí... buscan algo; ¡ infortunados! Mira cómo vuelven la cabeza por todas partes... Buscan las buenas obras y los actos de fe, pocos ó muchos, que sembraron á su tránsito sobre la tierra. No bien encuentran lo que desean, se precipitan en tropel como las ovejas que corren á buscar el frescor placentero. Y una vez cogida, entre sus manos, la buena obra se convierte en flor, y cuando hay bastantes flores para formar un ramillete, se lo llevan á Dios con alegría, y la florecita sirve al que la cogió para que se le abran las puertas de San Pedro. Así, Dios, á los anegados caidos dentro las fauces inmensas de la muerte, les concede un término dilatorio para redimirse. Mas hay algunos que al aclararse el dia volverán á sepultarse

bajo la masa oscura del agua. Renegadores de Dios, opresores de los pobres, traidores, matadores de hombres, rebaño carcomido, buscan en vano una obra que pueda salvarles, y entre las arenas del rio no cogen sino grandes pecados y crímenes en forma de guijarros, donde tropiezan sus piés desnudos. Muere el mulo y se acaban los garrotazos; mas ellos en la onda mugidora, por un tiempo sin fin estarán aguardando el perdon celeste... Súbito como un salteador en un recodo, Elzear coge al patron por el brazo. — ¡ Agua en la barca! exclama el desventurado. — Ahí está el achicador, responde tranquilamente el piloto. Con ardor Elzear se pone á vaciar la barca y trabaja como un desesperado...

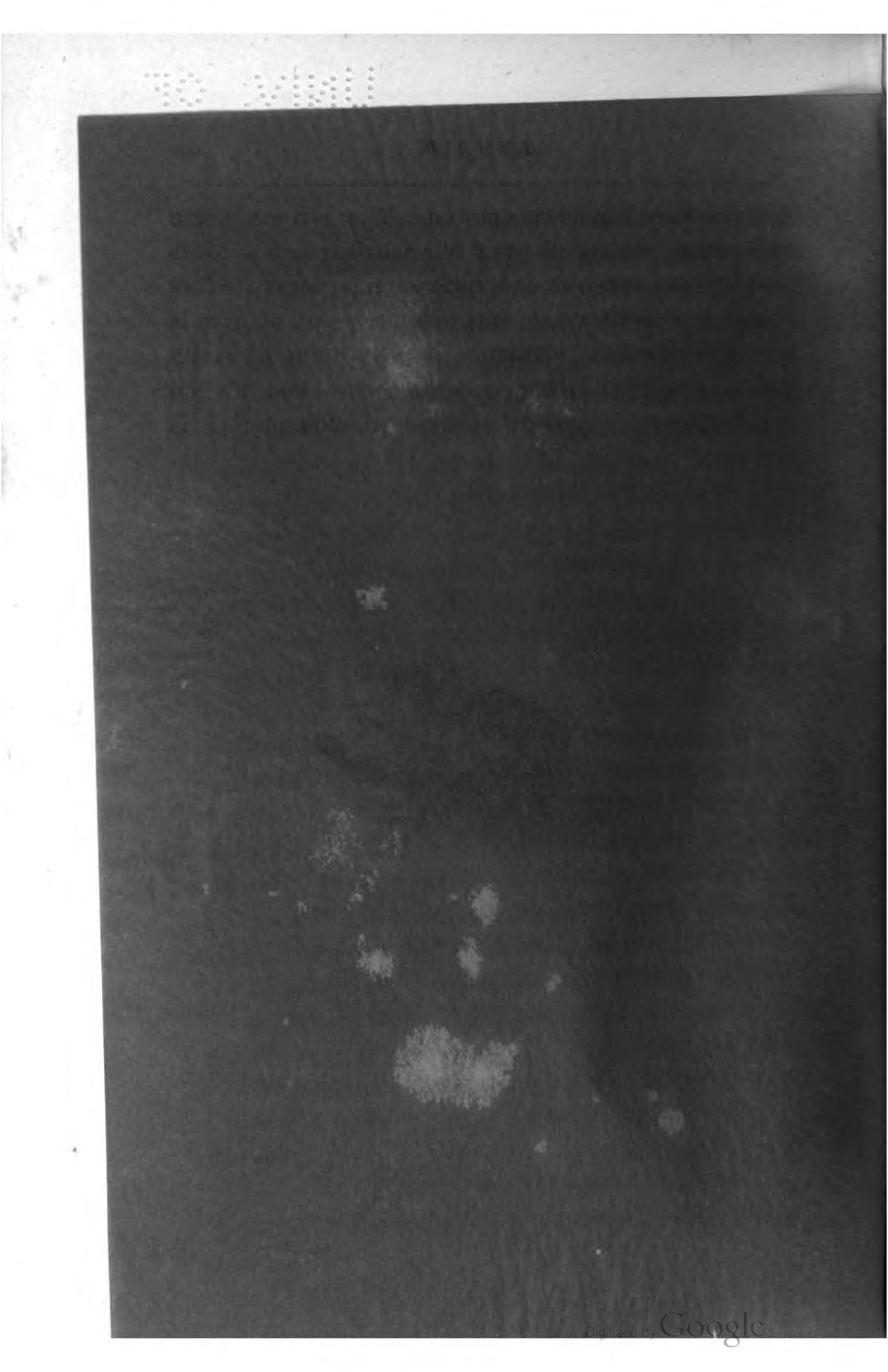
Aquella noche sobre el puente de Trinquetalla los duendes danzaban... ¡ Valor! ¡ Trabaja, Elzear! ¡ Trabaja sin descanso! La yegua quiere romper el cabestro furiosa. — Blanca, ¿ qué tienes? ¿ tienes miedo de los muertos? le dice su dueño, erizados los cabellos de horror. El líquido abismo se presenta más y más sombrío. Llega ya el agua al último tablon.—Yo no sé nadar, patron, ha dicho Elzear, ¿ salvareis la barca? No, contesta el piloto. Dentro un abrir y cerrar de ojos la barca se habrá ido á pique. Mas las sombras que andan por la ribera en procesion, las sombras que tanto te horrorizan, desde la orilla van á echarnos un cable. Dijo, y en el Ródano la barca se sumerge.

Entre la oscuridad se vió salir de las pálidas y temblorosas lámparas de los anegados un largo rayo de luz, como un relámpago, que atravesó el rio desde

una á otra ribera. Y como una araña que al despuntar el sol se deja resbalar á lo largo de su hilo, asimismo los barqueros, que no eran sino duendes, se agarran al rayo de luz, y rápidamente se deslizan á lo largo. Elzear, á quien el agua embozala, extiende tambien hácia el cable sus manos crispadas... ¡ Aquella noche en Trinquetalla los duendes bailaron sobre el puente!









Fotog. Goupil & C. Biblioteca Arte y Letras

MUERTE DE ELZEAR

# CANTO SEXTO.

---

## LA BRUJA.

---

Al despuntar el alba cuatro ganaderos encuentran á Vicente tendido en los yermos de Crau y le llevan en brazos á la granja de las Almezas. — Digresion : el poeta invoca á sus amigos los poetas de Provenza.—Dolor de Mireya.—Llevan á Vicente á la caverna de las Hadas, guarida de los espíritus de la noche y habitacion de la bruja Taven que cura por ensalmo todos los males.—Las Hadas.—Mireya acompaña á su amante por entre las cavidades de la montaña.— La mandrágora.— Apariciones de la caverna : los duendes , el espíritu caprichoso , la lavandera del Vantur. —Narraciones de la bruja : la misa de los difuntos , el Sábado, la Garamauda , el Gripé , la Bambarocha ; la Pesadilla , los Escarinches , los Dragones , el Perro de Cambal , el Baron Castillon. — El Cordero negro , la Cabra de oro. — Taven cura por ensalmo la herida de Vicente. — Exaltacion y profecías de la bruja.



Despunta clara el alba, y únese en amoroso lazo con ella el canto claro de los picofinos. La tierra enamorada espera al sol vestida de frescor y de aurora, como la niña que se deja robar, ataviada con sus galas más hermosas aguarda al jóven que le ha dicho: partamos presto.

Por la Crau marchan tres hombres. Son tres ganaderos que han ido al mercado de San Chamas el rico á vender sus ganados, y ahora están de vuelta, y sobre el hombro segun costumbre llevan el dinero envuelto en los capotes, y conversan alegremente para entretener el camino.—Silencio, camaradas, dice súbita-

mente uno de los tres. Hace un rato que me parece oir suspiros por entre los matorrales. — Será la campana de San Martin ó de Malsana, dijeron los otros, ó quizas la tramontana que agita pasando las matas de coscoja. Apenas habian dicho estas palabras cuando en medio de las retamas percibieron claramente un quejido que les hizo detener, un quejido tan plañidero que desgarraba el corazon. — ¡ Jesus ! ¡ María ! dijeron los tres. ¡ Aquí sucede alguna cosa rara ! Y en esto hicieron la señal de la cruz, y se encaminaron poco á poco al lugar donde se oian los lamentos cada vez más fuertes. Y no bien hubieron andado algunos pasos cuando descubrieron el más triste espectáculo que darse pueda. En medio de las yerbas y sobre los guijarros yacia el desgraciado Vicente de cara al suelo. Veíase removida á su alrededor la tierra y los mimbres desparramados. Su camisa estaba hecha girones, la yerba ensangrentada y su pecho herido. Abandonado en medio de los campos, sin más compañía que las estrellas, allí el pobre jóven habia pasado la noche, y el alba húmeda y luminosa hiriendo sus párpados, en sus venas moribundas reanimó la vida y le abrió los ojos. Con presteza los tres hombres dejaron al instante el camino, y abajándose desplegaron sus capas y le hicieron con ellas una camilla, y entre todos le tomaron en brazos y se encaminaron con él á la granja de las Almezas que era el cortijo más cercano.

¡ Oh dulces amigos de mi juventud, bravos poetas de Provenza, que escuchais atentos mis cantares de otro tiempo ; tú que sabes, oh Romanil, entremezclar

en tus armonías los llantos del pueblo y el reir de las muchachas y las flores de la primavera; tú, que de los bosques y de las riberas buscas la sombra y el fresco para tu corazon consumido en ilusiones de amor, arrogante Aubanel; tú, ilustre Crosillat, que con tus obras granjeas á la Tolobra más fama de la que nunca le ha dado Nostradamus el sombrío astrólogo; y tú, ademas, Anselmo Matié, que gustas de sentarte bajo los emparrados y contemplar pensativo las niñas seductoras; y tú, querido Pablo, fino chanceador; y tú, pobre labriego Tavan, que juntas tu cancion humilde á la de los negros grillos que examinan tu azada; y tú, Adolfo Dumas, que te inspiras todavía en las avenidas de la Duranza, tú que á la lengua francesa prestas el calor de nuestros soles del Mediodía, tú que has conducido por la mano á mi pobre Mireya hasta Paris, cuando ella crecida apenas, novicia y avergonzada, se ha atrevido á dejar su granja y á lanzarse al mundo; y tú, en fin, poeta elevado, á quien un viento de fuego agita y arrastra y azota el alma: tú, Garcin, hijo ferviente del mariscal de Aleins... vosotros todos, poetas, amigos mios, hácia el fruto hermoso y sazonado á medida que yo escalo mi altura, oread el camino con vuestro santo aliento!...

—Maese Ramon, buenos dias, dijeron al llegar los tres ganaderos. Hemos encontrado allá abajo en el erial á este pobre jóven; buscad pedazos de tela fina, pues trae en el pecho una grande herida. En esto colocaron á Vicente sobre la mesa de piedra. Al rumor del fatal suceso acudió Mireya presurosa y acongojada. Volvia

del huerto y llevaba apoyada en la cadera una cesta llena de legumbres. Todos los trabajadores de la granja acudieron tambien al momento. Mireya eleva los brazos al cielo.—¡Madre de Dios! exclama dando un grito desgarrador, y dejando caer al suelo la cesta; ¡Vicente! ¿qué te han hecho? ¡Dios mio! ¿quién te ha cubierto de sangre?... Alza suavemente la cabeza de su amado y le contempla un buen rato, muda, consternada y como petrificada por el dolor, y al mismo tiempo de gruesas y rápidas lágrimas se inunda la débil prominencia de su seno. Vicente ha conocido la mano de la enamorada niña, y con voz desmayada le dice: —Compadecedme, Mireya, y rogad á Dios que venga en mi socorro, que bien lo necesito.—Deja humedecer tu boca con ese licor de guindas silvestres, dijo maese Ramon.—Sí, bebe pronto, que esto reanima, añadió Mireya. Y lista la muchacha tomó el frasco y dióle á beber gota á gota de aquel licor vivificante, y mientras tanto le dirigia palabras de consuelo y le quitaba el malestar.—Líbreos Dios de semejantes desgracias, y os pague vuestros cuidados, dijo el muchacho. Y luego añadió:—Esta herida me la hice con el cuchillo adelgazando un verduguillo de mimbre. Tenia el mimbre apoyado en el pecho, y el cuchillo resbaló y me hirió con fuerza. No quiso decir que por ella se hubiese peleado como un leon... mas sus palabras por sí mismas acudian al amor como las moscas á la miel. —El dolor de vuestro semblante, continuó á poco rato, es para mí más penoso que mi herida. La hermosa canasta que habiamos empezado se quedará sin con-

cluir á lo que parece, y la trenza deberá deshacerse... ¡Por mi parte, Mireya, yo sé bien que hubiera querido verla llena de vuestro amor!... Mas no os alejeis, Mireya, dejad que vea vuestros dulces ojos, dejad que beba en ellos la vida por un momento al menos. Es lo único que os pido, Mireya. Y os pido ademas, si podeis hacer algo por el cestero, que recordeis que tengo allá abajo á mi pobre padre ya viejo, debilitado por la edad y muerto por el trabajo. Mireya se desconsolaba y lavaba la herida del jóven, y entre tanto uno de los mozos estaba preparando hilas y otros se dirigian presurosos hácia la Alpina á recoger yerbas medicinales. Mas de pronto Juana María exclama: —¡A la caverna de las Hadas, á la caverna de las Hadas, llevadle! Cuanto más peligrosa es la herida, más poderosa es la bruja.

Siguióse este parecer, y cuatro hombres, cogiendo en brazos á Vicente, se encaminaron hácia la caverna de las Hadas, que está en el valle del Infierno. En las murallas de roca que forman la cadena de los montes de Baus, y en un lugar frecuentado por la salamandra, é indicado por el revoloteo de los sacres, se halla un agujero que las matas del romero encubren y ocultan. En las profundidades de aquel antro, desde el dia en que el sonoro bronce de las Basílicas empezó á tocar el Ave-María en honor de la Vírgen, se hallan escondidas las Hadas, que antiguamente habitaban el mundo, y que ya no han de ver más la luz del sol. Espíritus ligeros, misteriosos, intermedios entre la forma y la materia, andaban errantes y rodeadas de una

aureola luminosa. Dios las habia creado semiterrestres y las habia dotado de las gracias femeniles para que fuesen el alma visible de las campiñas, y á fin de que amansasen la ferocidad de los primeros hombres. Mas eran tan hermosos los hijos de los hombres, que por ellos las Hadas se inflamaron de amor, y en vez de elevar á los mortales hácia los celestes espacios, se apasionaron las insensatas con nuestras pasiones, y quisieron compartir nuestro oscuro destino dejándose caer como pájaros fascinados de las regiones superiores donde vivian.

Los que llevaban á Vicente le dejaron á la estrecha y escabrosa entrada de la cueva sombría para que bajase deslizándose. Con él por la senda oscura se aventuró tan sólo Mireyita, encomendando su alma á Dios en el camino. Al fondo de la cavidad que iban siguiendo se hallaron en una gruta vasta y fria, y en el centro de ella divisaron á la bruja Taven, acurrucada, rodeada de una nube de sueños, y teniendo en la mano un tallo de grama que contemplaba con atencion, y al parecer con profunda tristeza.—¡Pobre yerbecilla que tantos servicios prestas! murmuraba la bruja, ¡las gentes te llaman trigo del diablo, y eres, sin embargo, uno de los signos de Dios! Mireya entonces la salúda, y apenas empieza á exponer con inquietud el motivo de su venida, cuando la vieja sin levantar la cabeza contesta: —¡Lo sabia ya! Y luego su voz trémula se dirige de nuevo á la grama:—¡Pobre flor del césped, decia, todo el año roen los ganados tus hojas y semillas, y tú, pobrecita, cuanto más hollada te ves, mul-

tiplicas más tus espigas y revistes de verdor el Norte y el Mediodía! Aquí Taven hizo una pausa. En una concha de caracol ardia una débil luz que alumbraba con rojizos resplandores las húmedas paredes de la gruta. Sobre un baston que terminaba en horquilla estaba agachada una corneja, y á su lado una gallina blanca, y pendiente de las rocas se veia una criba.

—Quienes quiera que seais, dijo la bruja exaltada súbitamente y como delirante, ¿qué me importa? La Fe marcha con los ojos vendados; la Caridad lleva tambien una venda, y no se desvian por eso del surco que han de seguir. Cestero de Valabrega, ¿tienes fe? —La tengo, contesta el cestero. —Sigue mis pisadas, dice la bruja. Y apresurada como una loba que huye golpeando sus ijares con la cola, desaparece por un agujero de la cueva. Entre las temerosas tinieblas se oia por delante de la bruja cloquear la gallina y aletear la corneja. —¡Bajad presto! ¡Es ya hora de ceñirse de mandrágora! exclama la hechicera, y los dos muchachos, asidos uno á otro por el terror, obedecen silenciosos á la voz que les manda, y van siguiendo por entre las rocas, arrastrando unas veces y deslizándose otras poco á poco. Hasta una gruta más grande que la primera se prolongaba el antro infernal. Allí exclamó Taven: —¡Oh planta santa de mi señor Nostradamus, rama de oro, palo de San José, vara mágica de Moises!... Y diciendo estas palabras se arrodilló, y coronó con su rosario los renuevos de grama que llevaba en la mano. Luego levantándose repitió: —¡Es la hora, es la hora de ceñirnos de mandrágora! Coge tres reto-

ños de aquella planta crecida en las hendiduras de la roca; corónase á sí misma, y corona despues al jóven y á la niña: — ¡Adelante otra vez! exclama. Y más y más exaltada se engolfa en las cavidades sombrías. Una bandada de escarabajos andan delante de ella con una luz en las espaldas para alumbrar la oscuridad. — Jóvenes, todo camino de gloria tiene su travesía de purgatorio. ¡Tened valor! Vamos á franquear los espantos del Sábado... No bien acaba de hablar, un viento impetuoso azota su rostro y le corta el aliento. — ¡Prosternémonos! ¡Hé aquí el triunfo de los duendes!... Como una granizada, por el subterráneo pasa el innumerable enjambre vagabundo chillando, revoloteando como un torbellino. Y mientras pasa, los tres mortales, bañados de sudor frio, sienten abanicadas sus sienes y azotadas por el ala de las fantasmas, desnuda y helada como un carámbano.— ¡Idos más lejos á batir las tinieblas! exclamó Taven. ¡Ea! ¡banda cabezuda! matadores del buen trigo, idos lejos de aquí, donde mejor os cuadre! ¡Oh qué molestos son y qué fanfarrones! ¡Y qué triste cosa emplear tal linaje para el bien que podemos hacer en la tierra!... Porque, habeis de creerlo, así como el médico con frecuencia saca lo bueno de lo que es malo en sí mismo, tambien nosotras las brujas, por la virtud de los sortilegios, forzamos al mal á que engendre el bien. Y á nuestra vista no hay cosa que se oculte, y donde el vulgo ve una piedra, un látigo, una enfermedad ó una percha, nosotras distinguimos una fuerza que se agita dentro de la corteza, como se agita debajo del bagazo un vino nuevo que fermenta. Rom-

pe la tinaja y el liquido rebosará bullendo : descubre la llave de Salomon si á tanto bastas. Háblale á la piedra en su lenguaje, y las montañas á tu voz bajarán á los valles... Mientras esto decia la vieja, continuaban bajando por entre las cavidades de la montaña. De pronto se oye una vocecita burlona parecida al grito de un jilguero. — ¡ Hola ! ¡ hola ! ¡ comadre Taven ! dijo á la bruja, y luego se puso á cantar :—« Da vueltas al torno mi tia Juana : da vueltas al torno y luego devana, de noche y de dia el hilo de lana... » ¡ y la necia se figuraba hilar lana y es heno !... Y dicho esto, la maligna vocecita rie que te rie en el aire de un modo que parecia un potro destetado cuando relincha. — ¿ De quién es esta voz ? preguntó temblando Mireya. ¿ Quién es el que rie y canta de este modo ? — ¡ Hola ! ¡ hola ! prosiguió la voz infantil soltando una carcajada. ¿ Quién es esta niña tan hermosa ? Déjame, linda carita, que alce un poquito el pañuelo ; déjame ver si llevas ahí dentro avellanas ó granadas... Asustada la pobre zagala iba á exclamar : ¡ Ay ! Mas Taven le dijo : — ¡ Silencio ! no temas nada : este es un duende que sabe únicamente hacer burletas : es aquel ligero de cascos á quien llaman el Espíritu caprichoso. Cuando está en los momentos de buen humor barrerá la cocina, triplicará los huevos de tus gallinas, atizará el fuego y dará vueltas al asador. Mas si le coge alguno de sus caprichos, entonces desgraciada de tí, porque es lo más enredador que se conoce. Si estás soplando el fuego, impedirá que se encienda ; si tienes el puchero á cocer, le echará un cuarteron de sal ; si entras en el cuarto para acostarte,

mata la luz y te deja á oscuras; si quieres ir á vísperas á San Trofimo, oculta ó echa á perder tu adorno de los domingos. — ¡Echa, echa, viejo garabato, replicó el travieso. ¡Remacha los clavos!... ¿No ois á la polea mal untada? Sí, aceituna desecada, sí: de noche cuando duermen las niñas yo tiro suavemente de la ropa de su cama, y ellas muertas de miedo se encogen y rezan. Y yo las estoy atisbando mientras su seno palpita. Y entonces me hacen reir mucho... mucho... Esto diciendo y prosiguiendo sus carcajadas se alejó el Espíritu caprichoso. Suspendiéronse los hechizos de la gruta y todo quedó en silencio, de modo que se oia claramente la filtracion de las bóvedas que de cuando en cuando goteaba sobre el suelo cristalino. Mas hé aquí que en el fondo de la negra inmensidad, una ancha forma blanca que estaba sentada sobre una roca, se levantó poco á poco, con un brazo apoyado en la cadera. Quedóse Vicente inmóvil como un poste y dominado por el terror; y Mireya si hubiese visto abrirse un sumidero á sus piés, de miedo se hubiera echado en él. — ¿Qué quieres, embaucador? dijo al fantasma la hechicera. ¿Por qué mueves la cabeza á uno y otro lado como la copa de un álamo? Y luego volviéndose á la pareja que tenia la muerte en los huesos prosiguió: — Compañeros: ¿no conoceis á la Lavandera? ¿No la habeis visto alguna vez sobre el monte Vantur que es su silla? Desde abajo parece una neblina blanca; mas al verla, oh pastores, presto, presto recoged el hato y retiraos al redil, porque la Lavandera de desgracia va reuniendo á su alrededor las nubes errantes. Y

cuando tiene las que ha menester para la colada, se arremanga los brazos y empieza á golpear la ropa con furia. Y luego retorciendo las nubes hace salir á cántaros los aguaceros, y entonces explota el rayo, y en la mar encrespada y furiosa pálidos los marineros encomiendan la nave al amparo de la Vírgen, y el boyero apresurado guia sus bueyes hácia el establo... Un espantoso tumulto al llegar aquí la deja de nuevo con la palabra en la boca. Era un ruido extraño: una mezcla de hipócritas maullidos y estruendo de picaportes y pipíos y palabras á medio decir sólo inteligibles para los diablos. ¡Zin, zin! ¡Pun, pun! ¿Quién golpea de este modo sobre calderas fantásticas? Óyense gritos de dolor, y risotadas, y pujos como de mujeres abismadas en los dolores del parto, y despues bostezos y vocinglería y quejidos horrorosos.—Dadme la mano, dijo Taven, y tened cuidado que no se os caiga la corona mágica que os ciñe la frente. Al propio tiempo sintieron correr por el suelo á toda prisa una bandada de animales gruñendo y resollando como una piara en desórden: el uno chilla, el otro ladra, el otro gruñe, el otro relincha... Asimismo cuando duerme la naturaleza bajo una sábana de nieve, si en una noche ventosa y clara van los cazadores á la caza nocturna con fuego y sacuden los zarzales en la orilla de los arroyos, despiertan sobresaltados en el nido gorriones y mochuelos, y azorados huyen á engolfarse en las redes produciendo un sordo rumor como los fuelles de las fraguas. La ensalmadora exclamó: ¡Arre: langostas de mala vida, peste á vosotros! ¡Arre! ¡lejos de mí! Y

azotando á la horda impura con su criba, en las tinieblas trazaba círculos y figuras y rayas luminosas del color del quermes. — ¡ Agazapaos en las madrigueras, malhechores! continuó, ¿ quién os arremolina de este modo? En los aguijones de fuego que os pican las carnes ¿ no sentis que brilla todavía el sol dorado sobre las Alpinas? ¡ Colgaos de las rocas salientes! ¡ Para los murciélagos hay todavía demasiada luz! El tropel ruidoso salió por todas partes, y el estrépito fué cesando poco á poco y acabó por extinguirse. — Debeis saber, dijo Taven á los dos jóvenes, que este lugar es la guarida de los fantasmas mientras el dia derrama su rocío sobre los amarillentos barbechos. Mas desde que las sombras tienden su velo de muerte, hácia el tiempo en que la Vieja irritada lanza al Febrero su coz, en la iglesia desierta, y cerrada con tres vueltas de llave, no vayais, mujeres retrasadas, á quedaros dormidas con la frente inclinada sobre una silla. En las tinieblas podriais ver agitarse en derredor las losas del pavimento y encenderse por sí solas las luces del altar y levantarse uno á uno los muertos amortajados y ponerse de rodillas, y poco despues salir un sacerdote pálido como los mismos difuntos, y celebrar la misa y cantar el Evangelio, y las campanas echarse al vuelo por sí mismas produciendo un triste clamoreo. Preguntádselo, preguntádselo á las lechuzas que durante el invierno bajan de los campanarios para chupar el aceite de las lámparas; preguntadles si yo miento, y si no es verdad que el único sér viviente de aquella ceremonia es el cura que celebra los oficios, el que vierte el vino en



*El sábado.*

el cáliz. Hácia el tiempo en que la Vieja irritada lanza al Febrero su coz, si no quereis, oh pastores, quedar con las reses siete años encantados en el mismo lugar con las piernas inmóviles y los cabellos erizados de miedo, recoged temprano vuestro rebaño, entrad temprano en los apriscos, porque el Antro de las Hadas ha soltado su escuadron. Y todos los que han hecho el pacto, á cuatro patas ó de un vuelo se transportan á la Crau, y por los senderos tortuosos los mágicos de Varigula y los brujos de Fanfarigula llegan farandoleando entre los tomillos para beber en la taza de oro. ¡Ved cómo danzan los carrascales! Aquella que viene temblorosa es la Garamauda que aguarda al Gripé. ¡Quita, pícara sucia endemoniada! ¡Gripé, véte á morder la carroña y arráncale las tripas con las uñas! ¡Ah! ¡Ya desaparecen! Mas no, ¡hélos allí todavía que dan asco y horror! Aquella que allá abajo va huyendo por entre las lechetreznas, rozando la tierra y agachándose como un ladron nocturno, es la Bambarocha de hocico prolongado. Entre sus largas garras coge á los niños desnudos y llorosos, y los coloca entre sus cuernos y se los lleva. ¿No veis por allá á la Pesadilla? Esta es la que baja furtivamente por el cañon de la chimenea sobre el pecho sudoso del dormido que se revuelve, y calladamente se acurruca y le oprime como una torre, y atraviesa en su espíritu sueños que causan horror y visiones dolorosas. ¿Ois cómo arrancan las puertas de sus goznes? Son los Escarinches que andan corriendo por los campos. Corren por los campos el Marman y el Barban, formando espesa niebla en medio de la lla-

nura: desde las Cevenas y á centenares acuden los Dragones de vientre de salamandra y á su paso arrancan las tejas de las casas de campo. ¡Qué batahola! ¡Oh, Luna! ¡Oh, Luna! ¿Qué desgracia te aqueja? ¿Qué es lo que te incita á bajar tan roja y tan ancha sobre los Baus? ¡Guárdate del Perro que ladra, oh Luna imprudente! Si te alcanza te engullirá como una torta; porque el Perro que te acecha es el Perro de Cambal. Mas ¿por qué se bambolean las carrascas y se doblan como helechos? Saltan en torbellino las torcidas llamas de los fuegos de Santelmo, y resuenan patadas en la Crau estéril, y se oye ruido de campanillas. ¡Ah! es el galope furioso del baron Castillon...

Aquí, ronca, jadeante y sofocada, se calló la bruja de Baus. Mas á poco rato, volviéndose de súbito á los dos jóvenes: — Cubríos, les dijo, cubríos ojos y oidos con el delantal, porque nos llama el Cordero negro. — ¿Quién? ¿Este corderillo que bala? dijo Vicente.— ¡Oidos sordos, y alerta! replicó la bruja: ¡desgraciado aquí el que tropieza! Más peligroso es el paso del Cordero negro que el paso de la Sambuca. Su balido es tierno y suave, como ya lo habeis oido, y con él incita á los incautos á que le sigan. Para los cristianos imprudentes que se vuelven á escucharle hace lucir el imperio de Herodes y el oro de Judas, y les indica el lugar donde la Cabra de oro fué escondida por los sarracenos. En tanto que viven los desgraciados ordeñan cuanto quieren la Cabra de oro; mas cuando llega el momento de la agonía, cuando se apodera de ellos el estertor, que prueben á pedir el divino Sacra-

mento, y entonces el negro enemigo les contestará con una tempestad de golpes en las costillas... Y con todo, con todo, en el tiempo que atravesamos, tiempo de corrupcion y de maldades, ¡cuántas almas existen secas y sedientas de lucro y marcadas por la mordedura de todos los vicios, que pican el anzuelo del Cordero negro y á la Cabra de oro queman su incienso!

Resonó el canto de la gallina tres veces en la oscura cueva, y la vieja dijo á los muchachos: — A la gruta décimatercera hemos llegado por fin. Mireya y el cestero, bajo una grande chimenea vieron seis gatos negros calentándose al hogar. Vieron en medio de los seis gatos una olla de hierro suspendida de los llares. Vieron dos dragones en forma de tizones, que arrojaban á boca llena unas llamas azules debajo de la olla. —¿Para cocer vuestra papilla empleais este leño, abuela? preguntó Vicente. — Sí, hijo mio, contestó la bruja. Esto arde mejor que otra leña ninguna, porque son sarmientos de labrusca.—Sarmientos, sarmientos, repuso Vicente. Vos lo decis y es forzoso creerlo... mas despachemos, que esto no es cosa de risa...

En el centro de la estancia en que se hallaban habia una grande mesa de pórfido. En derredor se veian millares de blancas columnas, transparentes como los canalones de los tejados, que procesionalmente y en hileras se extendian por debajo las raíces de las encinas y por debajo los cimientos de las lomas, formando inmensas galerías, obra todo ello de las Hadas que habitan aquellos lugares. Allí se representaban pórticos majestuosos envueltos en una media luz nebulosa y

vaga; allí se manifestaba un revoltillo maravilloso de templos y de palacios y peristilos y laberintos, tales como no los construyeron jamas Corinto ni Babilonia, y prontos á desaparecer al menor soplo de una hada. Por aquellos sitios divagan las Hadas semejantes á rayos luminosos en medio de la oscuridad. Con los caballeros á quienes encantaron en otro tiempo, continúan la vida de amor en los sombríos corredores de aquella tranquila cartuja. Mas ¡silencio! ¡paz á las amantes parejas que se ocultan en la sombra!

Ya eleva al cielo sus desnudos brazos la vieja hechicera; ya los deja caer hácia el suelo. Sobre la mesa de pórfido, sin decir palabra, semejante á Lorenzo el santo mártir, estaba tendido Vicente con su herida en el pecho. Más y más la bruja se presenta exaltada por el espíritu que la inspira, y un viento profético llena su garganta. Diríase que su talla es más elevada que de ordinario. De repente en la marmita cuyo contenido hierve y rebosa, introduce la espumadera. A su alrededor los gatos formaban círculo. La bruja venerable con la mano izquierda saca la espumadera, y escalda el pecho del jóven con la mistura, y fijos los ojos en la dolorosa herida, hace sus conjuros, y luego murmura con voz apagada: — *Cristo ha nacido, Cristo ha muerto, Cristo ha resucitado... ¡Cristo resucitará!...* Triunfante como el tigre de los bosques que desgarra las sangrientas entrañas de la víctima temblorosa, así la bruja imprime con el pulgar tres veces la señal de la cruz sobre la herida. Y de su boca desordenadamente la palabra sale precipitada, y llama á los porta-

les nebulosos del porvenir.—Sí, resucitará. Lo creo. De la colina en medio de las zarzas y de los guijarros, le veo á lo lejos que sube, y de su rostro se desprenden gruesas gotas de sangre. Y por entre piedras y zarzales, solo, enteramente solo, remonta su altura, y la cruz le abate. ¿Dónde está Verónica para enjugar su rostro? ¿Dónde está aquel buen hombre de Cirene para ayudarle á levantar cuando sucumba bajo el peso del madero? Las Marías que en otro tiempo le siguieron llorando y destrenzado el cabello, ¿dónde están? ¡Ah! no hay nadie... Y allá abajo entre la sombra y el polvo, ricos y pobres le contemplan, y dicen: ¿A dónde va con su madero al hombro, á dónde se dirige aquel que sin descanso asciende por la colina? Sangre de Cain, almas carnales, para el que lleva la cruz no tienen piedad. No, no tienen más piedad de él que la tendrian de un perro apedreado por su dueño en medio del erial. ¡Ah! ¡Raza de judíos, que muerdes con furor la mano que te sustenta, y encorvada besas la que te desloma y te muele á golpes! ¿Lo quieres? Pues bien; hasta los tuétanos de tus vértebras descenderán los calofríos de horror. Y lo que es piedra se convertirá en polvo. Y de la espiga y del cascabillo el carbon amargo te asustará en los dias de tu hambre. ¡Oh, cuántas lanzas! ¡Oh, cuántos sables! ¡Sobre inmensos montones de cadáveres veo saltar el agua de los barrancos! ¡Calma tus ondas, oh mar tempestuosa! ¡Ay! la antigua barca de Pedro se ha roto en astillas sobre las rocas quebradas... Mas ved: el Maestro pescador ha dominado las rebeldes olas. En una barca nueva y

hermosa sube por el Ródano, y se mece en la corriente con la cruz de Dios plantada en el timon. ¡Oh divino arco iris! ¡Inmensa, eterna y sublime clemencia! Hé aquí que veo una tierra nueva y un sol que alegra, y las arriscadoras bailando la farandola ante los frutos que penden del árbol, y los segadores echados sobre las garbas de ladilla chupando los barriles con placer. Y patentizado por tan grandes muestras de su omnipotencia Dios es adorado en su templo...

Esto dicho, la bruja de Baus señala con el dedo á los dos muchachos un camino, á la extremidad del cual se divisa un rayo de luz muy débil. Parten apresuradamente, coloradas las mejillas, agachándose y bajando la cabeza. Por el camino subterráneo al Antro de Corda, la hermosa pareja llega por fin y sale á gozar la luz del sol. Cubriendo las peñas con sus vetustas ruinas, Monte Mayor, la Abadía de los monjes, les aparece como si despertasen de un profundo sueño. Abrázanse entonces los dos muchachos, y siguen caminando por entre los juncales.



# CANTO SÉPTIMO.

## LOS ANCIANOS.

El anciano cestero y su hijo, sentados ante el umbral de la cabaña, están trabajando una cesta.— Paisaje de las orillas del Ródano. — Vicente se empeña en que su padre vaya á pedir la mano de Mireya.— Denegacion y amonestacion del anciano. — Vicentita, hermana de Vicente, cuenta la historia de Silvestre y Adelarda.— Maese Ambrosio, persuadido al fin, parte hácia la granja de las Almezas.— Llegada y merienda de los segadores.— Maese Ramon. — La labranza. — Proposicion de Ambrosio.— Respuesta de Ramon. — La mesa de Navidad. — Mireya declara su amor por el hijo del cestero. — Enojo, imprecaciones y denegacion de su padre.—Indignacion de maese Ambrosio.— Napoleon y las grandes guerras.— Cólera de maese Ramon.— El soldado campesino.— Farandola de los segadores al rededor del fuego de San Juan.



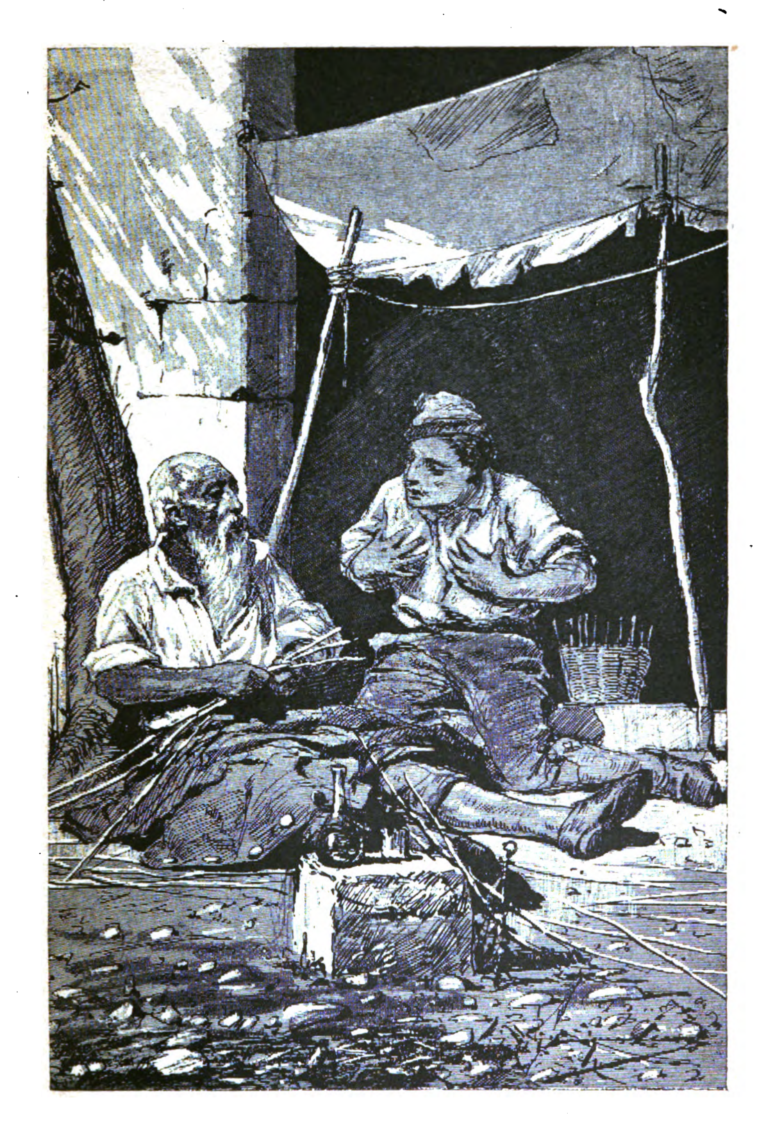
—OS digo, padre, y os repito que estoy loco por ella. ¿Creeis que me burlo? Esto decia Vicente á su anciano padre fijando en él sus ojos turbados, y el maestral, poderoso encorvador de los altos álamos de la comarca, unia sus aullidos á la voz del jóven.

Delante de su cabaña, espaciosa como una cáscara de nuez, estaba maese Ambrosio sentado en el tronco de un árbol, y resguardado allí del viento se ocupaba en descortezar mimbres, en tanto que Vicente, acurrucado en el umbral de la puerta, recogia las blancas varillas, y con sus manos diestras y robustas las doblaba, y empezaba con ellas á tejer una cesta.

El Ródano, alterado por el viento, iba empujando hácia el mar sus olas turbias, las cuales, corriendo atropelladamente, asemejábanse á una manada de vacas cuando en desórden se precipita. Cerca de la choza, entre los tallos de mimbres que daban sombra y abrigo, formábase lejos de las ondas una balsa de agua azulada que el viento apenas removia. A la orilla del rio acudian los cuervos marinos para roer la amarga corteza de los sauces, y allá abajo, á traves del cristal transparente del agua, se divisaban las nutrias de color oscuro errantes en las profundidades azules, y ocupadas en pescar los peces, los hermosos peces plateados. Expuestos al continuo balanceo del viento mecedor, las pendolinas habian suspendido sus nidos á lo largo de la ribera, y los blancos niditos, tejidos como una blanda ropa con la borra que el pájaro saca de los álamos blancos cuando están en flor, se agitaban en las cañas y en las ramas de aliso.

Una donosa niña, rubia como una tortada, extendia sobre una higuera las dobleces de una ancha trama de pescador empapada en agua. Los cuervos que en la ribera se hallaban, y las pendolinas de las mimbreras, no se asustaban más de verla que de ver á los juncos balanceantes. Aquella hermosa niña era Vicentita, la hija de maese Ambrosio, la de los ojos azules como la endrina, cuyo seno estaba apenas abultado, y cuyas orejas no habian sido agujereadas por nadie, espinosa flor de alcaparra que el Ródano amoroso gustaba de salpicar.

Maese Ambrosio, venerable con su barba blanca que



*Vicente declara á Ambrosio su amor por Mireya.*

le llegaba á la cintura, contestó á su hijo: —Atolondrado, tú debes estar seguramente sin seso, pues no eres dueño de refrenar tu lengua. —Para que el asno se descabestre, padre, preciso es que el prado sea muy hermoso, replicó el jóven. Pero ¿á qué fin he de gastar mis razones? Vos sabeis perfectamente lo que ella vale. Si entrase en Arlés, las niñas de su edad se ocultarian llorando, porque despues de ella se ha roto el molde. ¿Qué le contestareis á vuestro hijo cuando sepais que ella me ha dicho: te quiero? —Riqueza y pobreza te contestarán, insensato, replicó el anciano. Mas el muchacho le dijo: —Padre, partid de Valabrega, idos á la granja de las Almezas y sin tardanza contádselo todo á sus padres. Decidles que en el hombre se ha de buscar la virtud y no la riqueza; decidles que yo sé binar y despampanar las viñas, y arar los terrenos pedregosos; decidles tambien que sus yuntas, bajo mi direccion, ahondarán doble; decidles que soy hombre que respeto á los ancianos; decidles que si nos separan cierran para siempre nuestros corazones, y á mí y á ella nos entierran sin remedio. —¡Ah! dijo maese Ambrosio; eres jóven é inexperto, ya se ve, y no adviertes que estás pidiendo el huevo de la gallina blanca. Esto es como el verderon sobre la rama: poseerle seria tu mayor gusto, y para conseguirlo le llamarás, y le prometerás torta con azúcar, y gemirás hasta el sepulcro; ¡pero jamas el verderon irá á posarse en tus manos, porque eres pobre! —¿Conque el ser pobre es la peste? exclamó Vicente golpeándose la cabeza. ¿Y el Señor que permite tales cosas es justo?

¿ Es justo que se me prive de lo único que me hace amar la vida ? ¿ Por qué somos pobres ? ¿ Por qué del viñedo cargado de racimos unos cogen todo el fruto y otros alcanzan tan sólo las heces desecadas ?... Maese Ambrosio alzando el brazo contestó :— Trabaja, necio, trenza los mimbres, y quita eso de tu mollera..¿ Cuándo has visto que las garbas reprendan al segador ? ¿ Crees tú que el gusano y la serpiente pueden increpar á Dios y decirle : eres mal padre porque no hiciste de mí una estrella ? ¿ Crees que el buey puede tambien quejarse porque el Señor no le crió boyero , y porque ha de comer la paja mientras éste se queda con el grano ? No, hijo mio , no es así. Trabajosa ó alegre, todos sumisos siguen la via que se les trazó. ¿ Los cinco dedos de la mano son acaso iguales ? Si el Señor te ha criado lagarto , tranquilo en la grieta bebe tu rayo de sol y dá gracias al Señor. — Pero ¿ no os he dicho que la adoro ? repuso el jóven, ¿no os he dicho que la quiero , más que á mi hermana , más que á mi Dios ? ¡ Lo necesito , padre , lo necesito , porque sin ella yo muero !... Y dicho esto , como para desterrar lejos de sí el pensamiento que le atormentaba , echó á correr por la ribera del rio exhalando de este modo su agudo dolor.

Vicentita , la hermana de Vicente , se acercó entonces llorando , y dijo á su padre : — Padre , antes de desesperar á mi hermano , escuchad lo que voy á contaros. Habia un mozo en la granja donde yo servia que estaba enamorado como él. Estaba enamorado de la hija de la granja que se llamaba Adelarda , y él se llamaba Silvestre. En el trabajo se las apostaba con todo

el mundo porque el amor aumentaba sus brios. Era diestro en todo, económico, madrugador, dócil. Los amos, es claro, no sospechaban cosa alguna y dormian tranquilos. Mas una mañana (considerad, padre, si esto no es triste) una mañana la madre de Adelarda oyó que Silvestre á escondidas hablaba de amores á la niña, y aquel dia á la hora de comer cuando entraron los trabajadores y se pusieron á la mesa, los ojos del amo se encendieron: Traidor, dijo á Silvestre, hé aquí tu salario y márchate; todo lo sé. El pobre muchacho partió. Nosotros nos mirábamos unos á otros, confusos y descontentos de que se le echase de la granja. Por tres semanas le vimos andar errante en los novales al rededor de la granja, triste y descolorido, estropeadas las ropas y huraña la fisonomía. Ora estaba echado por el suelo, ora corria como un loco á traves de los campos, y por la noche le oíamos aullar entre las cepas como un oso, llamando á grandes voces á su Adelarda. Mas un dia el fuego vengador se apoderó del pajar que ardió por sus cuatro costados, y á la mañana siguiente la cuerda del pozo sacó un ahogado. Maese Ambrosio se levantó murmurando:— Cuando el hijo es pequeño la pena es pequeña, cuando el hijo es crecido la pena es grande. Y al momento subió al piso de la cabaña, púsose las altas polainas que él mismo se habia hecho en otro tiempo, calzóse los zapatos con tachuelas, y cogiendo su gorro colorado emprendió el camino de la Crau.

Era el tiempo en que las tierras tienen las cosechas en sazon, como que aquel dia era la víspera de San

Juan, y por los caminos á lo largo de los setos bajaban de la montaña numerosas cuadrillas de segadores morenos y polvorientos que venian á segar nuestros campos. Iban de dos en dos llevando las hoces en bandolera con sus correspondientes aljabas, y cada pareja llevaba su atadora de garbas. Traian consigo una chifla y un tamboril adornado con lazos y cintas, é iban seguidos de varias carretas donde los ancianos cansados del camino estaban recostados.

Y mientras andaban, contemplaban con placer los trigos chamorros, cuyas espigas movidas por el viento graciosamente ondulaban.—¡Oh Dios, qué trigos tan hermosos! decian los segadores. ¡Qué trigos tan espesos! este año la siega ha de dar gusto. ¡Ved cómo la brisa los inclina y cómo ellos se enderezan al momento! Hé aquí que maese Ambrosio alcanzó á los segadores y siguió marchando con ellos.—¿Todos los trigos de Provenza están sazonados como éstos, abuelo? preguntó uno de los jóvenes.—Los trigos rojos se hallan retrasados todavía, contestó el cestero, más si dura ese viento vereis faltar hoces para la siega. ¿Notásteis las tres candelitas de Navidad? Parecian tres estrellas. Recordad, muchachos, que esto es buen agüero y que habrá grano que será una bendicion..— Dios os oiga y en vuestro granero lo coloque, buen anciano, dijeron ellos. Así, avanzando por entre los sauces, buenamente departian los segadores con el cestero; y acertó á dar la casualidad de que los segadores iban tambien á la granja de los altos almeces.

Maese Ramon habia salido paseando á ver qué de-

cian los trigos del impetuoso Maestral que desgrana las espigas. Y mientras de la planada cubierta de mieses de arriba abajo atravesaba á grandes pasos la extension amarilla, los rubios trigos murmurando le decian: Dueño, es la hora, ved cómo la brisa nos inclina y nos vuelca y nos aja: presto, id á buscar los dedales de caña y aprestaos á la siega. Otros añadian: Las hormigas ya nos invaden y apenas cuajado nos echan á perder el grano: ¿no vienen todavía las hoces?

Volvió los ojos maese Ramon hácia la parte por donde llegaban los segadores y entre los árboles divisó á la comitiva. Y ellos no bien estuvieron á distancia tal que pudieron ser vistos, desenvainaron las hoces de sus aljabas de higuera y las agitaban en el aire haciéndolas brillar con el sol, y sobre su cabeza las blandian para saludar y hacer fiesta. Y apenas le pareció á maese Ramon que podian oirle, alzó la voz y les dijo: —¡Bien venidos todos! ¡Salud á toda la cuadrilla! ¡Llegad enhorabuena, porque es Dios quien os envia! Y á los pocos momentos se halló rodeado de atadoras de garbas que le saludaban regocijadas.—Venga acá esa mano, le decian. Bienestar podais tener para siempre, nuestro amo. ¡Habrá garbas en abundancia, Santa Cruz! ¡Alegraos, que la era estará llena!—No hay que juzgar por las apariencias, amigos, respondió maese Ramon. Cuando habrá pasado por la hemina, entonces sabremos si hay mucho grano. Se han visto años que prometian una cosecha de veinte heminas por heminada, y luego no han dado sino tres. ¡Pero es preciso contentarse con lo que nos da el Señor! Y mien-

tras hablaba, con la cara risueña apretaba á todos la mano, y luego se puso á conversar amistosamente con maese Ambrosio; y apenas tomaron el camino de árboles que conduce á la granja, dió voces diciendo: —¡Mireya! ¡pronto, adereza achicorias y vé á sacar vino!

Presto la muchacha sacó en el delantal provisiones para la cena, las cuales vació sobre la mesa. Sentóse el primero maese Ramon á la cabecera, y luego le imitaron los demas, y al momento empezaron todos á hincar el diente en el pan cortezudo, y á comer alegremente la raiz de barba cabruna. La mesa estaba limpia como una hoja de avena, y daba gusto el mirarla. Veíanse sobre ella el queso aromático, y el ajo que resquema el paladar, y las berenjenas á la parrilla, y los pimientos, manjar picante, y las blandas cebollas, todo lo cual estaba esparcido profusamente. Señor, en la mesa, como en el trabajo, maese Ramon tenia á su lado el cantarito de estaño, y de cuando en cuando lo tomaba en la mano y llenaba el vaso de los segadores.—¡Ea! bebed otra vez, decia él. Cuando hay piedras en el campo se moja el corte y adelante... —¡Sí, mojemos el corte! respondian los segadores. Y uno despues de otro presentaban el vaso á maese Ramon, y el vino colorado y claro desde el vaso pasaba á remojar sus ásperas gargantas.—Cuando habreis saciado el apetito y reanimado vuestras fuerzas, dijo el dueño de la granja, para inaugurar la siega segun la vieja costumbre, idos á los bosques tallares, y corte cada uno una fagina de ramas y amontonadlas

en rimero. Y cuando esté pronta la pira cumpliremos con lo demas, porque hoy es la velada de San Juan, hijos mios, la fiesta de San Juan el segador, de San Juan el amigo de Dios.

Esto les ordena el amo. Nadie como él podia jactarse de poseer la importante y noble ciencia necesaria para cuidar una hacienda, para dirigir los trabajos y hacer brotar la rubia espiga de los terrones regados por el sudor. Su vida era paciente y sobria. En verdad, el continuo trabajo y el peso de los años le habian encorvado un poco; mas á pesar de esto, en el tiempo en que las eras están llenas, muchas veces los trabajadores jóvenes le habian visto, ufano y alegre, llevar todavía en la palma de la mano dos sextarios llenos de trigo. Conocia la influencia de la luna, cuándo es favorable, cuándo es dañosa, cuándo hace circular la sávia, ó cuando la detiene. Y si la luna tiene un círculo en derredor, ó está pálida, ó blanca, ó rojiza, sabia lo que esto anunciaba y las mudanzas de tiempo que predecia. Para él los pajaritos, el pan enmohecido, los dias infaustos de la Vaca, las nieblas de agosto, los parelios y las albas de San Cler, eran otras tantas señales de cuarentenas húmedas, ó de sequías ruinosas, ó de temporadas de escarcha, ó de cosechas abundantes.

En las tierras de cultivo, cuando el trabajo se hace en tiempo propicio, yo he visto más de una vez uncidos al arado seis animales gordos y nervudos. Era un placentero espectáculo. La tierra, desmenuzada por delante del arado, se entreabria silenciosa y lenta-

mente dando paso á los rayos del sol; y las seis mulas, hermosas y sanas, seguian el surco sin parar. Parecia que entendiesen la necesidad del laboreo; tanto era el ánimo con que tiraban, sin dejarse abatir por la pereza ni abalanzarse con ímpetu, con la cabeza baja y el cuello enarcado. El experto labrador, sin quitar el ojo del surco y con la cancion en los labios, las seguia á pasos tranquilos, atento sólo á dirigir la esteva que no se torciese. Tal sucedia en la hacienda que maese Ramon cuidaba, y cuyos trabajos dirigia ufano como un rey en su reino.

Elevando al cielo la cabeza, dió el amo las gracias á Dios y se persignó, y luego la tropa de los segadores se marchó gozosamente á preparar el fuego de alegría. Los unos van á recoger hojas de juncia, los otros á picar y cortar las ramas de los negros pinos.

Quedáronse á la mesa los dos ancianos, y maese Ambrosio tomó la palabra, y dirigiéndose á maese Ramon le dijo: — Yo vengo, oh Ramon, á pediros un consejo: me ha sobrevenido un tropiezo que antes de tiempo temo que me conduzca al llanto, porque no veo el cómo ni el cuándo se ha de desatar el nudo de la desgracia que me aflige. Vos sabeis que tengo un hijo que hasta hoy me ha dado pruebas continuas de buen comportamiento y admirable prudencia. Mentiria si dijese lo contrario. Pero toda piedra tiene asperezas, y áun los corderos tienen momentos de convulsion, y la ola más pérfida es la que duerme. Y es el caso que el muy soñador de imposibles se ha ido á meter en la cabeza que ha de alcanzar una niña que ha

visto y que es hija de ricos cortijeros. Y la quiere de todos modos el insensato, y tan violenta es su desesperacion y tal su amor, que me da miedo. En vano he procurado hacerle ver su locura. En vano le he dicho que en este mundo la riqueza realza y la pobreza humilla. Corred á decir á sus padres que la quiero de todos modos, me ha contestado. Decidles que en el hombre se ha de buscar la virtud y no la riqueza; decidles que yo sé binar y despampanar las viñas, y arar los terrenos pedregosos; decidles tambien que sus yuntas, bajo mi direccion, ahondarán doble; decidles que soy hombre que respeto á los ancianos; decidle que si nos separan cierran para siempre nuestros corazones, y á mí y á ella nos entierran sin remedio. Ahora, maese Ramon, ya veis lo que hay en eso. Decidme, pues, si con mis andrajos debo pedir á la niña, ó si he de resignarme á que mi hijo se muera. — ¡ Bah ! dijo Ramon, no despleguéis vela bajo tal viento. Ni él ni ella se morirán por eso; yo os lo digo, Ambrosio, no temais. Amigo, yo en vuestro puesto y lugar no haria tantas marchas inútiles, sino que cogeria al muchacho y le diria sin rodeos : ¡ Oyes, chico ! procura estarte quedo, porque si á la postre tus caprichos llegan á levantar la tempestad, te enseñaré tu deber con una estaca. Entonces Ambrosio replicó : — Cuando el asno rebuzna, no vayais pues, á darle forraje, sino empuñad una tranca y sacudidle fuerte. Mas Ramon contestó : — El padre es el padre y su voluntad debe cumplirse. Rebaño que arrastra al guardian tarde ó temprano cruje entre los dientes del lobo. Si en nuestros tiempos un hijo hu-

biese alzado la voz delante de su padre, ¡guardárale Dios! su padre le hubiera muerto quizas. Eso sí: entonces veíamos á las familias fuertes y unidas, sanas, resistentes á todos los embates, como el ramaje de los plátanos. Tenian sus querellas, ¿quién lo duda? mas cuando la velada de Navidad bajo su tienda estrellada reunia al abuelo y á su prole, ante la mesa presidida por él, con su mano arrugada el venerable abuelo lo anegaba todo en su bendicion.

Presa de la fiebre y pálida la niña enamorada dijo entonces á su padre: — De este modo vos me matareis, padre, porque soy yo la que Vicente quiere, y delante de Dios y Nuestra Señora nadie tendrá mi alma sino él... Reinó por un momento un silencio sepulcral. Juana María la primera se levantó de la silla. — Hija, dijo ella juntando las manos, las palabras que se te han escapado son un insulto que nos mancha, una espina de espino serval que nos ha herido el corazon para mucho tiempo. Tu has rehusado al pastor Hilario que poseia mil cabezas de ganado; has rehusado á Veran el yeguerizo; has alejado con tus maneras desdeñosas á Elzear el rico en becerras, y á la postre un cualquiera, un tunante, ha bastado para engañarte. Bien pues: irás con él de puerta en puerta, irás con tu mendigo á recorrer los campos. ¡Eres libre! ¡Parte, gitana! Júntate con las mendigantas. Véte con la Rocana y con Isabel la Rubicana, véte con la Perra á cocer el potaje sobre tres piedras al abrigo de algun puente. Maese Ramon dejaba decir sin hablar palabra; mas sus ojos brillaban y lanzaban rayos bajo sus blancas y espesas

pestañas. De su cólera la esclusa por fin se levanta y la ola á borbotones furiosa se precipita á la ribera. — Sí, tiene razon tu madre, parte, y que el huracan se disipe á lo lejos... Mas no, tú te quedarás, ¿oyes? Aun cuando tuviese que sujetarte con las maniotas y meterte en las narices un hierro como se hace á los onotauros; aun cuando viese caer de repente el fuego del cielo... aunque te viese yo triste y enferma del disgusto y tus mejillas se derritiesen como la nieve de las colinas al calor del sol... ¡Mireya! como aquella losa sostiene el ascua del hogar, como el Ródano hinchado por las lluvias se desborda, y como esto es una lámpara, ¡acuérdate bien de mis palabras! te juro que no le volverás á ver. Y con un fuerte puñetazo hizo estremecer la mesa en toda su anchura. Como el rocío sobre los berros, como un racimo cuyos granos demasiado maduros se desprenden al soplo del aura, asimismo perla á perla Mireya en el entretanto derramaba lágrimas. — ¿Quién me asegura ¡maldicion! repuso el anciano tartamudeando de cólera, Ambrosio, quién me asegura que vos y vuestro villano hijo no hayais maquinado en vuestra cabaña este rapto infame? La indignacion volvió al cestero todo el vigor de su juventud. — ¡Ira de Dios! exclamó súbitamente, si tenemos la fortuna escasa, sabed desde hoy que tenemos el corazon elevado. Hasta ahora, que yo sepa, la pobreza no es vileza ni mancha. Yo tengo cuarenta años de buen servicio en la armada, donde oí más de una vez el estampido de los cañonazos. Apenas manejaba el botador cuando partí de Valabrega como gru-

mete. Corriendo las llanuras de la mar, ya tempestuosa, ya en bonanza, he visto el imperio de Melinda, he visitado las Indias con Sufren, y he tenido dias más amargos que el agua del Océano. Soldado, á más, de las grandes guerras, he recorrido todo el Universo con el gran guerrero que subió del Mediodía y paseó su mano destructora desde España hasta los desiertos de Rusia, haciendo que al redoble de sus tambores se estremeciese el mundo como un peral salvaje. Y en el horror de los abordajes, y en la angustia de los naufragios, los ricos ciertamente no vinieron á ocupar mi puesto. Y yo, hijo del pobre, yo, que no tenia en mi patria un terron donde plantar la reja del arado, por mi patria cuarenta años seguidos maltraté mis carnes. Y nos acostábamos al sereno, y comíamos pan de perro, y ganosos de morir, corríamos al carnaje para defender el nombre de Francia. ¡ Mas de esto nadie se acuerda poco ni mucho! Dijo esto indignado el cestero, y arrojó con furia por el suelo su capa de jerguilla. — ¿ Qué vais á buscar á Monte de Verga, el Santo Pilon? contestó maese Ramon encolerizado. Yo tambien he oido el horrible trueno de las bombas cuando resonaba en el valle de los Toloneses, y he visto hundirse el puente de Arcola, y las arenas de Egipto empaparse en sangre humana. Mas á la vuelta de aquellas guerras, á cavar, á remover la tierra nos pusimos como hombres hasta secarnos la médula de los huesos. El jornal se empezaba antes del alba, y la luna al salir por la noche me ha visto más de una vez encorvado sobre el azadon. Se dice que la tierra es generosa, pero es

como los avellanos que no golpeándolos no dan nada; y si se contasen palmo á palmo los terrones de esta hacienda que mi trabajo me ha conquistado, se contarian las gotas de sudor que han salido de mi frente. ¡Santa Ana de Apt! ¡Y será preciso callarse! ¡Yo habré, pues, trabajado como un sátiro en los campos y habré comido granzas, para hacer entrar en casa la abundancia, para aumentarla de continuo, para ganar un puesto honroso en el mundo, y despues de todo daria mi hija á un mendigo de pajar! Idos á la buena de Dios. Guarda tu perro y yo guardaré mi cisne.

Tal fué de maese Ramon el rudo hablar. Y el otro anciano, levantándose de la mesa, tomó la capa y el palo, y añadió estas solas palabras: —¡Adios! ¡Ojalá que algun dia no tengais remordimientos! ¡Y entre tanto el buen Dios con sus ángeles guie la barca y las naranjas!... Mientras se retiraba el anciano cestero, á la caida del dia, y mugiendo el maestral, elevóse del monton de ramas una larga lengua de fuego. Al rededor, los segadores, locos de alegría, hacian ya la farandola, y dando vueltas y moviendo sus cabezas libres y orgullosas, saltaban todos á un tiempo, y todos á un tiempo herian la tiera al caer. La anchurosa y alta llama agitada por la borrasca proyectaba en su rostro lucientes reflejos. Las chispas en torbellinos suben furibundas hasta las nubes. Al crujido de los troncos echados en la hoguera, se mezcla la música de la chifla, viva y juguetona como el verderon entre las ramas...

¡San Juan! ¡La tierra en cinta se estremece cuando

vos pasais! El fuego gozoso chisporroteaba, el tamboril resonaba grave y continuado, como el murmullo de la mar profunda cuando bate apaciblemente las rocas. Las hojas fuera de sus vainas y blandidas en el aire, relucian. Los morenos danzantes tres veces alrededor de la hoguera dan vuelta con grandes alaridos, y saltan luego por cima de las llamas, y echan al fuego las ristras, y llenas lás manos de hipérico y de verbena las bendicen en el fuego purificador. ¡San Juan! ¡San Juan! ¡San Juan! clamaban. Todas las colinas chispeaban como si lloviesen estrellas en la sombra. En tanto las ráfagas que soplaban llevaban el incienso de las colinas y el rojizo resplandor de los fuegos al Santo bendito, que se cernia en la azulada atmósfera en medio del crepúsculo de la noche.





*La noche de San Juan.*

# CANTO OCTAVO.

## LA CRAU.

Desesperacion de Mireya.—Traje de arlesiana.—La niña en mitad de la noche deja la casa paterna.—Se dirige á la tumba de las tres Marías, patronas de Provenza, para suplicar á las Santas que muevan el corazon de sus padres.—Las constelaciones.—En su camino á traves de la Crau, Mireya encuentra á los pastores de la granja.—La Crau.—La guerra de los gigantes.—Los lagartos, los saltones y las mariposas disuaden á Mireya de su propósito.—Mireya abatida por la sed y el calor implora el socorro de San Gent.—Encuentro de Andresillo el recogedor de caracoles.—Panegírico de Arles.—Leyenda del Antro de la Capa.—Mireya pasa la noche bajo una tienda con la familia de Andresillo.



¿Quién contendrá á la terrible leona cuando de vuelta á la covacha no encuentra en ella á su cachorro? Rugiente, ligera y trashijada, se precipita por las montañas berberiscas y corre sin descanso... Un cazador moro se ha llevado al leoncillo, y huye á galope tendido entre los espinosos retamales...

¿Quién os contendrá, niñas enamoradas? en su cuartito oscuro donde la noche clara introduce un rayo de luz, Mireya está acostada, y llora sin cesar con la frente entre las manos. — Madre del Amor hermoso, ex-

clamaba, decidme, ¿ qué debo hacer? ¡Oh suerte cruel que me matas á pesares! ¡ Oh padre duro que me humillas; si vieses la amargura y la turbacion de mi alma, tendrias piedad de tu hija! Tu hija á quien llamabas tu lucero, y á quien hoy, cual si fuese un potro destinado al trabajo, haces doblar el cuello bajo un duro yugo. ¡ Ah! ¿ por qué el mar no se desborda, y no inunda la Crau con sus olas? Gozosa viera yo tragarse las aguas esta hacienda, sola causa de mis lágrimas. ¿ Por qué no nací de una mendiga en alguna madriguera de serpientes? Entonces, entonces quizas, si un muchacho me gustase, aunque fuese pobre, me fuera permitido el quererle; entonces, si Vicente pidiese mi mano, pronto, pronto me casarian con él. ¡ Oh hermoso Vicente mio! ¡ con tal que yo pudiese vivir contigo y abrazarte como la yedra, gustosa iria á apagar mi sed en los arroyos del camino, y tomaria por solo alimento tus dulces besos!

Es tanto que de este modo en su camita la hermosa niña se desconsuela, ardoroso el pecho de fiebre y trémula de amor, en tanto que recuerda las horitas deliciosas de los primeros tiempos de sus amores, le viene de repente á la memoria un consejo de Vicente. — Sí, exclama; un dia que viniste á la granja me lo dijiste: si alguna vez un perro, un lagarto, una serpiente, un lobo, ó cualquiera otro animal dañino, os hace sentir su agudo diente, si la desgracia os abate, corred, corred á las Santas, y al momento encontrareis alivio. Hoy la desgracia me abate; parto, sí; iré á visitar á las Santas, y volveré consolada.

Hecho este pensamiento, aparta la blanca sábana que la cubria, y salta ligera de la cama. Abre con la reluciente llave el arca donde guarda su ajuar, soberbio mueble de nogal floreado por el cincel, y preséntanse á su vista sus pequeños tesoros de doncella: la coronita que llevó el dia de su primera comunion, una brizna ya seca de espliego, y una candela bendita para disipar los rayos, la cual estaba quemada casi por entero. Con un cordoncillo blanco sujeta prontamente á la cintura un zagalejo colorado, adornado por sus manos con una fina bordadura recamada, que era una obra maestra de labor. Sobre el zagalejo colorado ciñóse otro todavía más hermoso, y luego se puso un corpiño negro, con el cual prensó ligeramento su esbelto talle, sujetándolo con un alfiler de oro. Recoge los negros y largos cabellos que como un manto caian sobre sus blancas espaldas; junta entre sus manos los esparcidos rizos, y envolviendo las matas de pelo con un fino y transparente encaje, les da luego graciosamente tres vueltas con una cintita azul, diadema arlesiana de su frente jóven y pura. Pónese despues el delantal, y cruza sobre el pecho, formando pequeños pliegues, el virginal tejido de su pañuelo de muselina. Mas olvidóse por desgracia el sombrerito de provenzala; olvidó el cubrirse la cabeza con aquel sombrero de anchas alas tan bueno para resguardarse de los mortales calores. Puestos ya sus vestidos, la enamorada doncella toma en la mano su calzado, baja pasito á paso los escalones de madera, levanta la pesada barra que asegura la puerta, se encomienda á las buenas

Santas y parte veloz como el viento en medio de la noche que infunde pavor.

Era la hora en que las constelaciones á los navegantes hacen agradable señal. Del Águila de San Juan que acababa de posarse á los piés de su Evangelista, sobre las tres estrellas donde reside el Santo veíase pestañear la reluciente mirada. El cielo estaba sereno y en calma y las estrellas centelleaban. Y precipitando sus aladas ruedas el gran carro de las almas, allá arriba en las llanuras estrelladas, cargado con su carga bienaventurada tomaba la brillante subida del paraiso; y las montañas envueltas en sombras contemplaban el paso del carro volador. Mireya iba delante de la constelacion, como en otro tiempo Magalona, aquella que llorando entre los bosques buscó por tanto tiempo á su amigo Pedro de Provenza que arrastrado por las olas violentas la habia dejado abandonada.

En tanto en el redil, allá en los límites del terreno cultivado, los pastores de la granja empezaban á ordeñar las ovejas. Los unos sujetando las madres por el hocico, inmóviles ante los abrigaños, hacian mamar á los mansos corderos, mientras sin cesar se escuchaba uno que otro balido en el rebaño. Los otros conducian las deshijadas al ordeñador, el cual, sentado en la oscuridad sobre una piedra y mudo como la noche, exprimia las ubres hinchadas, haciendo salir á copiosos chorros la buena leche caliente y espumosa que se elevaba á ojos vistas hácia los bordes del jarron. Los hermosos y grandes perros, blancos como el lirio, estaban echados á lo largo del aprisco, con el hocico tendido

sobre los tomillos. Todo era sosiego en derredor y sueño y reposo en la aromática llanura. El cielo estaba sereno y en calma y las estrellas centelleaban.

Hé aquí que de pronto pasa Mireya como un relámpago por entre los zarzales, y pastores y ovejas se amontonaron como lo hacen al sentir sobre su cabeza un repentino temporal. Mas la zagala dijo:—¿Conmigo á las Santas Marías no quiere venir ninguno de los pastores? Y se deslizó delante de ellos como una sombra, y desapareció. Los perros de la granja la habian conocido y no se movieron de su reposo. Y en tanto la muchacha, ligera como un perdigon, iba rozando las matas de coscoja, y volaba sobre el cardo corredor y las alcanforadas, y sus piés tocaban apenas el suelo. Varias veces á su paso turbó el sueño de los chorlitos que dormian acurrucados entre las yerbas al pié de las carrascas, los cuales asustados huian veloces por la Crau pelada y sombría, y decian: *Caroli! ¡caroli! ¡caroli!*

Veíase en tanto cómo la aurora de las montañas desplegaba poco á poco sobre la plana sus cabellos lucientes de rocío, y el vuelo cantador de las alondras moñudas la saludaba, y las altas cumbres de la Alpina cavernosa parecia que se moviesen con los rayos del sol. Veíase á la mañana descubrir poco á poco la Crau inculta y árida, la Crau inmensa y pedregosa, la Crau antigua, donde, si son dignos de fe los relatos de los antepasados, bajo un diluvio terrible fueron sepultados los orgullosos gigantes. ¡Qué necios! Con una escala, con un esfuerzo de sus hombros, creian derribar

al Todopoderoso. Ya habian arrancado con la palanca el pico de Santa Victoria, ya acudian á buscar la Alpina para añadir al Vantur las horrendas peñas escarpadas. Empero Dios abre la mano: el maestral con el rayo y el huracan de su mano como águilas parten: de la mar profunda y de sus barrancos y de sus abismos van presurosos á desempedrar el lecho de mármol, y en seguida se levanta una pesada y oscura niebla. El Aquilon, el rayo y el huracan, con una extensa cobertera de almendrilla aplastan allí á los soberbios colosos. La Crau abierta á los doce vientos, la Crau muda, la Crau desierta, desde entonces ha conservado el horrible cobertor.

Más y más Mireya de las tierras de su padre se aleja. La irradiacion y el calor ardiente del sol producian en el aire un temblor luminoso, y de las cigarras de la llanura tostadas por la yerba caliente, las membranitas bulliciosas repetian sin cesar su monótona taravilla. No se veia un árbol, ni una sombra, ni un alma viviente. Porque los numerosos rebaños que raen durante el invierno la yerbecilla corta pero gustosa de la extensa plana salvaje, huyendo de los ardores del estío, habian ido á los Alpes frescos y sanos en busca de los pastos siempre verdes. Bajo los fuegos que junio derrama Mireya anda, y anda, y anda... Y los grandes lagartos grises al borde de sus lagarteras decian entre sí: preciso es estar loco para andar por el pedregal con ese sol que hace danzar los enebros de los collados y los guijarros de la Crau. Y los saltones á la sombra de las aliagas: ¡ Oh peregrina! vuélvete,

vuélvete, le decian; el buen Dios ha puesto en las fuentes agua clarita, bajo los árboles ha puesto sombra: y tú quemas tu rostro con el hálito del estío. En vano la advirtieron tambien las mariposas que la vieron. Las alas del Amor y el viento de la Fe la llevan como el aura de mar lleva las blancas gaviotas que vagan sobre las playas saladas de Aguasmuertas.

De tarde en tarde se veia aparecer en la llanura algun aprisco cubierto de espadañas, profundamente triste, abandonado por los pastores y por las ovejas. Cuando empero la niña se encontró sedienta en aquellos lugares abrasados, sola, sin arroyo ni arroyito, se estremeció ligeramente y exclamó: —¡Oh glorioso San Gent, ermitaño de Bauset, hermoso y jóven labrador que uncisteis á vuestro arado el lobo de la montaña; divino solitario que abristeis la dura roca é hicisteis brotar un manantial de agua y otro de vino para apagar la sed de vuestra madre cansada y muerta de calor! ¡Vos que habiais abandonado como yo á vuestra familia á la hora en que el mundo duerme; y fuisteis encontrado por vuestra madre, solo con Dios, en las gargantas del Bauset! ¡Enviadme como á ella un chorrito de agua límpida, oh buen santo!... ¡Los guijarros sonoros abrasan mis plantas y muero de sed!

El buen santo desde el empíreo oyó el ruego de Mireya, y Mireya al momento vió brillar en la rasa campiña la blanca piedra del brocal de un pozo, y hendiendo el ardor de los rayos del sol, se abalanzó con presteza como el vencejo que atraviesa una onda. Era un pozo viejo revestido de yedra donde los rebaños iban á

beber. Murmurando á media voz algunas palabras de una cancion, estaba jugando un muchacho sentado debajo de la pila donde buscaba la poca sombra que podia darle. Cerca de él habia un cesto lleno de blancos caracoles, y el chico en su mano morena los tomaba uno á uno á los pobres caracoles del rastrojo y les cantaba: — «Caracol, caracol monjita, sal pronto de tu celdita: caracol, buen caracol, saca los cuernos al sol»... ¡si no los sacas rompo el conventico!

La hermosa hija de Crau, colorada por el camino, y que en la pila acababa de humedecer sus labios, alzó de repente su carita encantadora.—Chico, ¿qué haces ahí? preguntó al muchacho. Momento de pausa. — ¿Entre la yerba y las piedras recoges caracoles?— ¡Justo! Lo habeis adivinado, dijo el niño. Mirad cuántos tengo en la cesta: monjitas, carniceros y rastrojeros...—¿Para comerlos? preguntó la niña. —¿Yo? no, contestó el chicuelo. Mi madre los vende todos los viernes en Arles, y nos trae buen pan tierno. ¿Habeis estado en Arles, muchacha?—Nunca.—¿Qué? ¿No habeis estado nunca en Arles? Pues yo he estado allí; yo que os hablo. ¡Ah! ¡pobrecita! ¡Si supieseis lo grande que es Arles! Tan lejos se extiende, que del gran Ródano copioso alcanza las siete bocas. Arles tiene toros marinos que pacen en los islotes de su playa; Arles tiene caballos salvajes; Arles en un solo verano cosecha bastante trigo para mantenerse si quiere siete años seguidos: tiene pescadores que le carretean el pescado de todas partes, tiene navegantes intrépidos que van á mares lejanos á hacer frente á las tempestades...



*Encuentro de Mireya y Andresillo.*

Y recordando las glorias maravillosas de su ciudad que el sol esplendente baña, contaba el gentil muchacho en su lengua de oro sus alabanzas, y hablaba del mar azul que se agita, y del Monte Mayor que da á moler á las galgas llenas cestas de blandas aceitunas, y del alcaravan que deja oir sus chillidos en los marjales. Mas ¡ oh ciudad dulce y brúna ! de tu maravilla suprema se olvidó el muchacho. El cielo, fecunda tierra de Arles, da la belleza más pura á tus hijas, como el perfume á las montañas y las alitas á los pájaros.

Distraida la zagala estaba allí de pié y pensativa.— Hermoso niño, dijo, si quieres venir conmigo ven al instante. Antes que se oiga cantar la rana bajo los sauces, es preciso que mi pié se pose á la otra parte del Ródano á la guarda de Dios. El muchacho contestó: — Pues toma: no podiais encontrarlo mejor. Nosotros somos pescadores. Esta noche os acostareis en nuestra tienda al pié de los álamos, y mañana á la primera luz del alba mi padre os pasará en nuestro barquichuelo. — ¡ Oh ! no. ¡ Yo me siento bastante fuerte para andar errante por esta noche ! — ¡ Dios os guarde de hacerlo! replicó el muchacho. ¿ Quereis ver acaso la banda plañidera que sale de la cueva de la Capa ? ¡ Ay, ay de vos si os encuentra, porque os precipitará con ella en el sumidero ! — ¿ Y qué es esta cueva de la Capa ? dijo Mireya. — Yo os lo contaré mientras andemos por el pedregal, muchacha. Y el niño empezó: — Érase una vez una era muy grande que rebosaba de montones de garbas. Desde la ribera, mañana vereis el lugar donde sucedió todo esto. Hacia un mes que una cobra de ca-

ballos de Camarga estaba sin cesar pateando las garbas que sacudian el grano. ¡ Ni un instante de descanso! ¡ Siempre los cascos cubiertos por el trigo, y sobre la era polvorienta siempre montañas de espigas para trillar! ¡ Hacia un sol!... La parva dicen que parecia inflamada. Y las horcas de boj sin cesar hacian saltar torbellinos de mieses en el aire, y el tamo y las aristas del trigo continuamente eran lanzados á las narices de los caballos como flechas de ballesta. Por San Pedro y por San Cárlos ¡ podíais tocar, campanas de Arles! ¡ Ni fiesta ni domingo para los pobres caballos! siempre la trabajosa faena, siempre la punzante ahijada, siempre los gritos roncos del guardian, inmóvil en medio del turbion caluroso. El amo avaro, por colmo de ruindad habia embozalado á los blancos caballos trilladores. Llegó el dia de la Vírgen de Agosto. Sobre las garbas humeantes y dispuestas para la batida, los caballos, uncidos como de costumbre rodaban todavía, mojados de espuma, el hígado pegado á las costillas y el hocico baboso. Hé aquí que de repente aparecen la tempestad y el viento helado. ¡ Ay! Un golpe de maestral barre la era. De los famélicos que renegaban del dia de Dios los ojos se vacian, el campo de la batida vacila y se entreabre como un negro caldero. El ancho monton rueda furioso: trilladores, guardianes, mozos, nadie pudo salvarse. El dueño, la era, el aventador, las cabras del aventador, las faginas, los corceles conductores, la yeguacería entera, todo quedó tragado por el abismo sin fondo. — ¡ Esto espanta! dijo Mireya, — ¡ Oh! todavía hay más, muchacha. Mañana, (direis

quizás que yo he perdido el juicio), mañana vereis las carpas y las tencas jugar en el agua azulada, y al rededor del estanque oireis cantar los mirlos de laguna. Mas llega el dia de la Vírgen. A medida que el sol, coronado de fuegos, sube á su pontificado, poned el oido en el suelo y aguardad sin hacer ruido: el sumidero, que estaba claro y tranquilo, se ensombrece poco á poco con la sombra del pecado; y de lo más hondo del agua turbia se oye salir un zumbido como del ala de una mosca: luego parece claramente un sonido continuo de campanillas, y despues, poco á poco, entre los berros crecidos diriais que resuenan voces dentro de una tinaja de arcilla, y por fin se convierte aquello en un estruendo terrible que hace temblar de miedo. Se percibe en seguida un trote de caballos magros á quienes en medio de la parva el guardian regañon azuza con juramentos; un patear penoso sobre una tierra inclemente, dura, seca y llena de horror, que resuena como una era donde se trilla en verano. Mas al paso que declina el santo sol se van amortiguando los ruidos y las blasfemias del sumidero; se extingue debajo de los berros el claro tañido de las esquilas, y cantan de nuevo los mirlos en las puntas de las largas cañas.

Hablando de estas cosas, andaba el niño delante de la muchacha con su cesta de caracoles. Límpida, serena, colorada por la puesta del sol, la árida colina junta ya con el cielo sus altos picos azules y sus cumbres rojas. Y el sol que se recoge lentamente en su hermosa cintra, deja la paz de Dios á las lagunas, al estanque grande

y á los olivos del Valle largo, al Ródano que corre alejándose, y á los segadores que levantan por fin su espalda encorvada y aspiran el viento del mar.

Y hé aquí que de pronto dijo el muchacho: — Jovencita, ¿no veis allá abajo la tela de nuestra tienda? ¿no veis cómo la agitan las ventolinas? Ved el álamo blanco que le dá sombra y abrigo; ved, á mi hermano Estebanillo que se encarama. De seguro está buscando cigarras ó bien mira si yo vuelvo á la tienda. ¡Ah! ¡Ya nos ha visto! Mi hermana Teresita que le ponia la espalda para subir, se vuelve, y ved cómo corre hácia nuestra madre para decirle que se despache en preparar la cena. Mirad á mi madre dentro de la barquilla cómo se abaja y coge los pescados que tiene á refrescar... Y en esto como los dos se daban prisa y escalaban el dique, viólos el pescador y exclamó: — ¡Mira, mira, mujer! ¡Está eso bueno! Bien pronto, por mal que vaya nuestro Andresillo, promete ser un pescador de los más duchos. ¡Héle aquí que nos trae la reina de las anguilas!



# CANTO NOVENO.

## LA CONVOCACION DE LOS TRABAJADORES.

Desconsuelo de maese Ramon y de Juana María al no encontrar á Mireya. — El anciano manda llamar á todos los trabajadores y los reune en la era. — Los dalladores: las rastrilladoras: la siega del heno.—Los carreteros: carga y conduccion del heno. — Los aradores. — Los segadores: la siega del trigo: las espigadoras- — Los pastores. — Relato de Lorenzo de Gult, mayoral de los dalladores: la herida causada por la guadaña. — Relato del segador Juan Buquet: el nido invadido por las hormigas.—Relato de Maran, mayoral de los mozos aradores: presagio de muerte. — Relato de Antelmo, mayoral de los pastores. — Antelmo ha visto á Mireya que iba á las Santas Marías. — Arrebato é invectivas de la madre. — Partida de la familia en busca de Mireya.



Los altos almeces lloraron; afligidas se encerraron en sus colmenas las abejas olvidando la campiña llena de titímalos y ajedreas. ¿Habeis visto á Mireya? preguntaban los nenúfares á los hermosos alciones azules que revolaban en torno del estanque.

El anciano maese Ramon y su esposa, lleno el rostro de lágrimas y con la muerte en el corazon, sentados en la granja uno junto á otro, maduraban poquito á poco su pesadumbre.—¡Cierto, es preciso tener el alma en delirio! decian. ¡Desgraciada! ¡mal advertida! ¡terrible y pesada caida de la loca juventud! Nuestra her-

mosa Mireya, ¡oh desatino! ¡oh llantos! se ha dejado robar, se ha dejado robar por un gitano, por el último de los truhanes... ¿Quién nos dirá, desvergonzada, el lugar, la escondida cueva á donde el ladron te ha conducido? Y diciendo esto los dos ancianos balanceaban su frente tempestuosa.

Con el asna y los serones de esparto, llegó, segun costumbre, el escanciador, y de pié en el umbral:— Buenos dias, dijo, vengo á buscar los huevos y la bebida, nuestramo.—¡Vuélvete! ¡maldicion! exclamó el anciano, porque faltándome ella, parece que me han descortezado como un alcornoque. De una sola corrida vuélvete allí de donde vienes, escanciador. A traves de los campos parte como un rayo: que dalladores y labradores dejen las guadañas y los arados; á los segadores diles que dejen las hoces, á los pastores que dejen el hato; que vengan á encontrarme.

Al punto más ligero que las cabras parte el criado fiel: atraviesa en los pedregales las hermosas zullas encarnadas, pasa por entre las encinas de los altos oteros, franquea de un salto los caminos bajos, siente ya la fragancia del heno recien segado. Entre las frondosas mielgas altas y de azul floridas, oye crujir de lejos el dalle; á pasos iguales ve avanzar los robustos dalladores, doblados hácia el espacio que deja vacío la guadaña. Ante el acero que quita el verdor de los campos se tiende el heno formando líneas que alegran la vista. Muchachas y niñas risueñas rastrillaban sobre la verde alfombra. El escanciador ve cómo unos amontonaban el heno y cantaban, y los grillos que huian

de las guadañas escuchaban sus cantares. En una carreta de fresno donde están uncidos dos rojos bueyes, allá más lejos, ve cómo se carga la yerba segada. El hábil carretero, dentro del carro, á grandes brazadas, del forraje que le llega á la mitad del cuerpo aumenta sin cesar la altura, cubriendo adrales, y ruedas y lanza. ¡ Altiva mole que al avanzar luego, arrastrando el heno, parecia el casco de un inmenso buque! Hé aquí que el carretero como un justador se endereza y dice súbitamente á los que siegan la yerba: — ¡ Dalladores, parad vuestro trabajo! ¡ Sucede alguna novedad! Los mozos que á horca llena le presentaban la yerba segada enjugaron el sudor que goteaba de su frente, y los dalladores, descansando el recazo de las guadañas en el cinturon y afilando las hojas, volvieron la vista hácia la llanura, donde centelleaban los rayos del sol.

—¡ Hombres, escuchad lo que ha dicho el amo! exclama el mensajero rústico. Escanciador, me ha dicho, parte como un rayo; que dalladores y labradores dejen las guadañas y los arados; á los segadores diles que dejen las hoces; á los pastores que dejen el hato; que vengan á encontrarme.

Al punto más ligero que las cabras parte el criado fiel; atraviesa á grandes zancadas los caballones donde crece la rubia, precioso recuerdo de Altén, ve por todas partes la Madurez, que dora la tierra con el resplandor de su antorcha. En los barbechos, estrellados por las centauras, ve caminando detras de sus mulos á los aradores vigorosos, encorvados hácia el arado;

ve la tierra desperezarse del sueño invernal, levantándose en disformes terrones; ve en el ancho surco las nevatillas bulliciosas que juguetean tras del arado.

— ¡Hombres, escuchad lo que ha dicho el amo! exclama el mensajero rústico. Escanciador, me ha dicho, parte como un rayo; que dalladores y labradores dejen las guadañas y los arados; á los segadores diles que dejen las hoces; á los pastores que dejen el hato; que vengan á encontrarme.

Al punto más ligero que las cabras parte el criado fiel: salta los hoyos cubiertos de yerbas praderales, se abre paso á traves de los campos de avena; en los grandes bancales de trigo cubiertos de rubias mieses se pierde á lo lejos. Cuarenta segadores, cuarenta, parecidos á llamas devoradoras, de su frondosa vestidura graciosa y fragante despojaban á la tierra. ¡Sobre la miés que segaban se abalanzaban como lobos! ¡De su oro, de su flor virginal privaban á la tierra y al estío! Tras de los hombres y en largas hileras, como las cepas de una viña, caia la gavilla con órden. En sus brazos las diligentes atadoras de prisa recogian el manojo, y apretando de prisa la garba con la rodilla, la echaban luego hácia atras.

Como las alas de un enjambre relucian las hoces, relucian como las ondas del mar cuando juegan las acedías al sol. Y confundiendo sus rudas aristas las altas garbas en montones puntiagudos, se elevaban á centenares. Parecíase aquello á los pabellones de un campo militar, como el de Bellcaire en otro tiempo, cuando Simon y la Cruzada francesa y el legado que

los mandaba vinieron impetuosos como una horda salvaje á degollar á la Provenza y al conde Raimundo. Mas en tanto las espigadoras de aquí para allá van juguetonas con espigas en la mano; en tanto en los cañaverales ó á la sombra caliente de los rimeros de garbas, alguna de las niñas, bajo una mirada que la fascina, se abandona lánguidamente á la hoz del Amor que tambien siega.

—¡Hombres, escuchad lo que ha dicho el amo! exclama el mensajero rústico. Escanciador, me ha dicho, parte como un rayo; que dalladores y labradores dejen las guadañas y los arados; á los segadores diles que dejen las hoces; á los pastores que dejen el hato; que vengan á encontrarme.

Al punto más ligero que las cabras parte el criado fiel: por entre los verdes olivos toma los atajos, va como el rayo, de los viñedos rompe los pámpanos como una ráfaga de cierzo, y héle que se halla solo donde canta la perdiz. En la vasta extension de la Crau árida, bajo las coscojas desmedradas, descubre á lo lejos los rebaños que reposan. Los zagales jóvenes y el mayoral dormian la siesta sobre el marrubio. En paz corrian las aguzanieves sobre la espalda de las ovejas que se hallaban en actitud rumiante. Vapores diáfanos, ligeros y blancos, de la mar poco á poco se elevaban. Quizas en las alturas inmateriales alguna santa del cielo, de su velo de monja se habia aligerado rozando el sol.

—¡Hombres, escuchad lo que ha dicho el amo! exclama el mensajero rústico. Escanciador, me ha dicho,

parte como un rayo ; que dalladores y labradores dejen las guadañas y los arados; á los segadores diles que dejen las hoces ; á los pastores que dejen el hato; que vengan á encontrarme.

Entonces á un tiempo se pararon las guadañas é hicieron alto los arados. Los cuarenta montañeses que derribaban el trigo dejaron las hoces y se pusieron en marcha, como un enjambre que parte de su colmena cuando retoñan sus alas, y con rumoroso bullicio va á posarse en un pino. A la granja llegaron las atadoras de garbas, llegaron las rastrilladoras, llegó el carretero con sus mozos; llegaron los pastores, los espigadores y los hacinadores de garbas, dejando las garbas al pié de los montones.

Tristes y silenciosos en la era cubierta de césped, el dueño de la granja y su esposa esperaban la reunion. Y los hombres admirados de que así se interrumpiese su trabajo, al rededor del dueño comparecian, y le decian á medida que llegaban: —Nos habeis llamado, nuestramo ; vednos aquí.

Maese Ramon alzó la cabeza. —Siempre en tiempo de cosecha viene la gran tempestad, les dijo. ¡ Infortunados de nosotros! Por más que usemos de cautela, siempre topamos con la desgracia. ¡ Ah! continuó el anciano, sin que me explique más, buenos amigos, os suplico que presto me diga cada uno qué es lo que sabe, qué es lo que ha visto.

Lorenzo de Gult avanza entonces. Este Lorenzo no habia faltado desde su infancia de encaminarse cada año con su aljaba hácia los llanos de Arles, cuando las

mieses empiezan á tomar color dorado. Era una vieja roca que el mar azota en vano con sus olas y tenia la tez quemada como una piedra de iglesia. Viejo capitan de la hoz, que el sol abrasase ó que bramase el maestral, siempre al trabajo el primero. Tenia consigo á sus siete hijos, rústicos, tostados como él, como él robustos. Los segadores con justicia le habian todos á una elegido por capataz.

—Si es verdad lo que se dice de que arreboles de la mañana por la noche son agua, lo que yo he visto, comenzó á decir Lorenzo, de seguro, nuestramo, nos presagia lágrimas. ¡ Señor ! ¡ disipad la tormenta ! Era de mañana. El alba corria la oscuridad hácia poniente. Mojados de rocío, íbamos, como de costumbre, á hacer la segazon. ¡ Compañeros, dije yo, recordemos que el trabajo debe ir bien y al avío ! Me arremango para empezar mi tarea, me abajo alegremente : con el primer golpe, maestro, me hiero. ¡ Hacia treinta años, buen Dios, que no me habia sucedido semejante cosa !..

Diciendo estas palabras muestra sus dedos ensangrentados por una profunda herida, y los padres de Mireya renuevan sus gemidos. Juan Buquet, uno de los segadores de yerba, tomó la palabra á su vez. Era hijo de Tarascon y caballero de la Tarasca, robusto y agigantado, pero cariñoso y buen amigo. ¡ Ah ! Cuando corria la antigua bruja á las voces de ¡ la Tarasca, la Tarasca !, cuando la villa triste se animaba con danzas, con gritos de alegría y alboroto, nadie habia en Condamina que hiciese voltear en el aire con mejor gracia que él, el venablo ó la bandera. Entre los dalladores

experimentados hubiera podido conquistarse un puesto distinguido si hubiese seguido con más constancia el recto camino del trabajo; mas al llegar el tiempo de las fiestas ¡adios las hoces! A las bulliciosas orgías en la cantina ó bajo el cobertizo de árboles, á las largas farandolas y á las corridas de toros, acudia como apasionado, como furioso.

—Nuestramo, dijo el jóven, en tanto que nosotros dallábamos á grandes brazadas, bajo una mata de cominillo he descubierto un nido de francolines que agitaban las alitas. Inclinéme alegremente hácia la mata para ver si habia muchos. Mas ¡oh suerte fatal! ¡pobres animalitos! unas hormigazas rojas acababan de apoderarse del nido y de la nidada. Tres habian ya muerto, y los demas, infestados por aquella peste, sacaban la cabeza fuera del nido, y parecian decirme: ¡Venid á nuestra ayuda! Empero una nube de aquellos insectos más picantes que ortigas, furiosa, encarnizada, les heria con avidez. Y yo, pensativo y apoyado en el mango del dalle, escuchaba á la madre que en el carrascal piaba llorando y se dolia de ellos.

Este relato de desgracia es una nueva lanzada que del padre y de la madre aumenta el amargo presentimiento. Y como sucede en junio cuando la tempestad avanza silenciosamente hácia el llano, que la tramontana va soplando en ráfagas cada vez más fuertes, y el cielo se ilumina con los relámpagos, y más y más se va encapotando por todas partes, asimismo salió el Maran... En las granjas el Maran tenia renombre: y aún hoy dia, durante las veladas de invierno, mien-



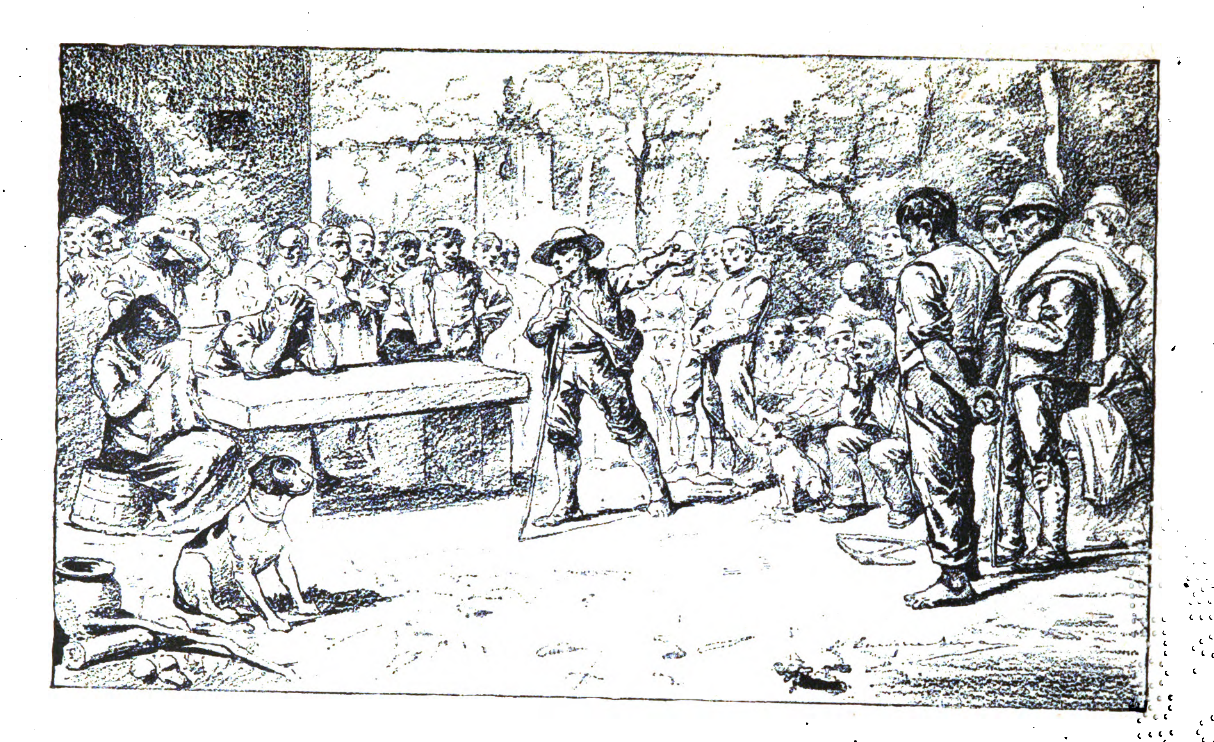
*Los labradores.*

tras los mulos atados al arrendadero comen la mielga de los pesebres, los mozos de las granjas dejan con frecuencia que se acabe el aceite de los fanales hablando de lo que hizo una vez que se ajustó. Se habia ajustado en tiempo de sementera. Cada uno de los aradores empezó á trazar el surco, y el Maran, sin moverse de su sitio, estaba golpeando desmañadamente las orejeras, el cepo y los tirantes, como si en toda su vida no hubiese tocado herramienta de campo. ¡Te has ajustado para trabajar y no sabes montar un arado, torpe! díjole el cachican. ¡Yo creo que un verraco con el hocico labra la tierra mejor que tú, galopin! Las prendas que habeis soltado yo las recojo, contestó el jóven. Hagamos una apuesta, mayoral: el que tuerza el surco perderá dos luises de oro: tocad el clarin. Los dos arados á la vez hienden el barbecho. Los dos gañanes toman por guias dos álamos blancos que están al extremo del campo. Los dos arados no se apartan una sola vez de su direccion. Los rayos del sol doran las aristas. ¡Rayo de Dios! dijeron entonces los mozos, vuestro surco, mayoral, es de hombre ejercitado y de mano experta; mas digámoslo todo, es tan recto el del otro que una flecha podria seguirle seguramente á lo largo. Y el Maran ganó la apuesta.

Al consejo ya perturbado, el Maran vino tambien á echar su palabra amarga.—Hace poco, dijo con la palidez en el rostro, hace poco, mientras trabajaba me entretenia silbando. Estaba aquello un poco duro y yo me proponia prolongar el trabajo á fin de acabar. De repente veo que mis animales erizan los pelos de la

piel, veo el temblor y el terror juntos que hacen que se pare la yunta y que amusgue las orejas. En cuanto á mí, yo veia doble. Veia las yerbas del barbecho inclinarse hácia el suelo y descolorarse. Aguijoneo á mis bestias: la Baya me mira con triste ademan pero no se mueve, y el Gris huele el rastrojo. Les tiro un latigazo en los jarretes y parten despavoridos. La cama del arado, una cama de olmo, se rompe, y arrastran consigo el timon y el yugo. Me siento pálido y oprimido, me coge una convulsion, un movimiento involuntario hace crujir mis quijadas, un frio repentino me acomete, y sobre mis carnes temblorosas, y sobre mi cabeza erizada como las cabezas del cardo, he sentido la muerte pasar como un viento...

—¡Buena Madre de Dios, cubre con tu manto á mi hermosa niña! exclama la pobre madre dando un grito desgarrador, y cae de rodillas, y hácia las nubes abre por largo rato sus labios. Hé aquí que llega á grandes zancadas el mayoral Antelmo, pastor y ordeñador. —¿Qué le acontecia tan de mañana, para pasearse en los tallares de enebros? dijo el mayoral Antelmo entrando en el consejo. Nosotros estábamos encerrados en las encañizadas ordeñando las ovejas, y por encima de las vastas llanuras pedregosas las estrellas de Dios tachonaban el cielo. Un alma, una sombra ligera, un espectro, pasa rozando el cercado. De espanto quedan mudos los perros y el hato se hace un peloton. Si eres alma buena, háblame; si eres alma en pena, vuélvete á las llamas, dije para mis adentros. No tuve tiempo siquiera para empezar una Ave María



*El pastor Anselmo relata la fuga de Mireya.*

á Nuestra Señora. ¿ Conmigo á las Santas Marías no quiere venir ninguno de los pastores? dijo una voz conocida. Y al momento desapareció la vision por el erial. ¿Lo creeriais, nuestramo? Era Mireya. — ¿ Es posible? exclamaron á la vez cuantos estaban en la era. — Sí, era Mireya, continuó el pastor; yo la he visto á la claridad de las estrellas, yo la he visto os digo, y se ha deslizado ante mí; pero no era la que solia ser comunmente, y en su fisonomía triste y marchita se conocia que sólo un penetrante dolor la sostenia sobre la tierra.

Al oir la fatal nueva, gimiendo golpearon los hombres á una sus manos terrosas. — ¡ A las Santas llevadme presto, muchachos! exclama la pobre madre. Yo quiero donde quiera que vaya, donde quiera que vuele, seguir á mi pajarito, á mi perdigon de los campos pedregosos. Si las hormigas te atacan, mis dientes hasta la última comerán hormigas y destrozarán el hormiguero. Si la avara muerte descarnada quiere hacer presa en tí, yo sola mellaré su vieja guadaña, y tú entretanto huirás á traves de los juncales. Y por los campos, Juana María á quien el temor hace desvariar, desparrama corriendo sus locas invectivas. — Carretero, prepara la carreta, unta el eje, moja los cubos, y pronto unce la negrilla, porque es tarde, decia el amo, y tenemos que hacer larga jornada. Y en el carro rechinante Juana María sube, y el aire se llena más que nunca de lamentos y exclamaciones delirantes. — ¡ Hermosa hija mia! decia la madre. ¡ Pedregales, yermos de Crau, vastas playas salinas, y tú

tambien, sol esplendente, á mi hija que languidece, sedle propicios! Mas la abominable mujerota que hizo entrar en su cueva á mi niña, sin duda le hizo beber en su vaso, sin duda le hizo tragar sus filtros y sus venenos. ¡Taven! ¡Que todos los demonios que espantaron á San Antonio vayan á arrastrarte bajo las rocas de Baus!... Con el traqueo de la carreta se pierde la voz de la desgraciada. Y los hombres de la granja examinando si en la Crau lejana se divisaba álguien, volvian lentamente al trabajo. ¡Dichosos en las largas calles de árboles que parecen juntarse á lo lejos, dichosos los enjambres de mosquitos que gozan de la fresca sombra!



# CANTO DÉCIMO.

---

## LA CAMARGA.

---

Mireya pasa el Ródano en la barca de Andresillo y prosigue su camino á traves de la Camarga.—Las riberas del Ródano entre el mar y Arles. — Descripcion de la Camarga. — El calor. — El espejismo. — Las dunas. — Los areniscos salados. — Los rayos del sol hieren de muerte á Mireya á la orilla del estanque de Vacarés.—Los mosquitos la hacen volver en sí.—La peregrina de amor llega vacilante á la iglesia de las Marías.—La oracion. — Aparicion de las Santas; vanidad de la dicha de este mundo; necesidad y mérito del sufrimiento.—Las Santas para fortalecer á Mireya le relatan sus tribulaciones terrenas.



DESDE Arles hasta Venza, gentes de Provenza, ¡escuchadme! Si sentis calor, amigos mios, vamos á reposar todos juntos á la orilla de las Duranzolas. Mas de Marsella á Valenzola, ¡cántese en loor de Mireya y compadézcase á Vicente!

Hendia el agua la pequeña barquilla, sin hacer más ruido que un lenguado. El muchacho Andresillo dirigia la barquilla, y la amante á quien yo he cantado con Andresillo se habia aventurado sobre el vasto Ródano, y sentada contemplaba las ondas con mirada triste. Y el muchacho remero le decia á Mireya: — ¡Mira qué ancho está el cauce del Ródano, muchacha!

¡Entre la Camarga y Crau qué hermosas justas podrian hacerse! Esta isla es la Camarga, muchacha, y se extiende á tanta distancia, que del rio Arlesiano ve abrirse las siete bocas. Mientras el niño hablaba, el Ródano resplandecia con los rojizos resplandores que la mañana derramaba sobre él, y varios laúdes remontaban lentamente el curso del rio. El aura de mar, hinchando la lona de las velas, las hacia marchar delante de sí, como una pastora á su rebaño de blancos corderos. ¡Oh magníficas sombras! De los fresnos y de los álamos de altura desmesurada veíanse reflejar en la orilla los blanquecinos troncos. Viejas y torcidas parras silvestres los rodeaban con sus zarcillos, y de la cima de las fuertes ramas dejaban colgar sus vástagos nudosos. El Ródano, con sus ondas fatigadas, dormidas, majestuosamente tranquilas, parecia echar á menos el grande palacio de Aviñon, y las farandolas, y las músicas; y como un anciano que agoniza estaba melancólico y entristecido, viendo que iba á perder en la mar sus aguas y su nombre. Mas la amante á quien yo he cantado habia saltado á la ribera. —Marcha, díjole el niño: anda mientras halles camino. Las Santas á su capilla milagrosa en derechura te conducirán. Esto dicho hace fuerza de remos y vira la barquilla.

Bajo los fuegos que Junio derrama Mireya anda, y anda, y anda... De Oriente á Poniente, y de Septentrion á Mediodía, no ve más que una llanura inmensa, sábanas á que la vista no alcanza fin ni término, y á lo lejos el mar que aparece. De cuando en cuando, y por toda vegetacion, algunos raros tamariscos y asperillas,



*La llanura.*

y almajos, salgadas y sosas, cubren aquellas amargas praderas de las playas marinas, donde vagan errantes los toros negros y los caballos blancos, aspirando gozosos la ventolina del mar impregnada de humedad. La bóveda azulada, donde se cierne el sol, se despliega cóncava y brillante, coronando los marjales con su vasta redondez. A veces en la claridad lejana del horizonte se ve volar una gaviota; otras veces una de las grandes aves, ermitaño zancudo de los estanques vecinos, proyecta volando su sombra en el suelo. Ora es un caballero de piernas bermejas, ora una garzota de hosca mirada que endereza con orgullo su penacho compuesto de tres plumas blancas.

En tanto el calor es sofocante y la niña, para aligerarse, desabrocha las puntas del pañuelo, que llevaba rodeadas á la cintura. Y el calor es cada vez más vivo, cada vez más ardiente, y del sol, del grande sol que se remonta al cenit del cielo, el hálito y los rayos llueven á cántaros como un turbion. Asimismo un leon cuando le atormenta el hambre devora con una mirada los desiertos abisinios... ¡Debajo de una haya qué bueno seria recostarse! Los dorados rayos del sol que centellean simulan enjambres furiosos, enjambres de avispas que vuelan, y suben, y bajan, y relucen cual hojas de acero que se están aguzando. La peregrina de amor á quien el cansancio abate y el calor desalienta, de su corpiño ha quitado el alfiler, y su seno, agitado como dos ondas gemelas de una límpida fuente, se parece á las campanillas del nardo marítimo, que durante el verano ostentan su blancura en las playas.

Mas hé aquí que poco á poco ante su vista el pais pierde su tristeza, y á lo lejos aparece un extenso lago que se mueve, y los fresnos y las salgadas al rededor de la llanura que se convierte en agua, se agrandan y se truecan en bello cobertizo de sombra. Era una vision celestial, una fresca ilusion de tierra prometida. Á la orilla del agua azul, pronto, á lo lejos, se levanta una poblacion, con sus arrabales, con su fuerte muralla que la ciñe, con sus fuentes, iglesias, tejados y puntiagudos campanarios, que crecen con el sol. Barcazas y bateles con velas blancas entraban en la dársena, y en los juanetes el viento, que era flojo, jugueteaba con los gallardetes y las banderolas. Mireya con su delgada mano enjugó las gotas abundantes de su frente, y á vista de tal espectáculo:—¡ Dios mio! dijo para sí; ¡ esto es un milagro! y corria, y corria, creyendo que estaba allí la tumba santa de las tres Marías. Mas á medida que corre va cambiándose la ilusion que la deslumbra, y el cuadro luminoso aparece cada vez más lejano. Obra vana, sutil, alada; el espíritu caprichoso la habia urdido con un rayo de sol, tiñéndola con los colores de las nubes, y su trama delgada acabó por vacilar y oscurecióse y se disipó como una niebla.

Mireya se quedó sola y atónita en medio del calor de la llanura, y de nuevo camina por entre los grandes montones de arena, abrasadores, movibles, fatigosos; y camina por los llanos areniscos de la corteza salina que el sol abofolla y enlustrece, y que cruje y deslumbra; y camina por entre las altas yerbas pantanosas, y por entre las cañas y las juncias, albergue de

los mosquitos. Con Vicente en el pensamiento hacia ya largo rato que costeaba la playa reentrante del Vacarés. Ya en la mar lejana y encrespada veia la rubia iglesia de las grandes Santas, que se iba acercando y se agrandaba, como un bajel que á vela desplegada hace rumbo á la ribera. Mas de repente los abrasadores rayos del sol lanzan sus dardos á la frente de la pobre niña. Vedla, ¡ infortunada! vedla que vacila y á la orilla de la mar, herida de muerte, cae sobre el arenal. ¡ Oh Crau, tu flor se ha doblado! ¡ Oh jóvenes, lloradla!... Cuando el cazador del valle, á la orilla de un arroyo divisa palomas inocentes que beben y alisan sus plumas, á traves de los matorrales llega de prisa con su arma de fuego, y siempre la que hiere con el plomo es la más bella. Tal hizo entonces el despiadado sol.

La desdichada yacia desvanecida sobre las dunas. Por casualidad pasó por allí una bandada de mosquitos, y viéndola que suspiraba, y que su blanco seno se agitaba palpitante, y que no tenia ni una ramita de enebro que la protegiese contra el ardor del sol que la quemaba, piadosamente empezaron á revolotear en torno de ella, y dándole música con su zumbido, parecia que decian: Pronto, hermosa, levántate; levántate pronto, que es muy malo el calor de los pantanos salados. Y al mismo tiempo picaban su cabeza inclinada, y el mar al mismo tiempo de sus finas gotitas á las rosas de su cara echaba el amargo rocío. Mireya se levantó, doliente y gimiendo: — ¡ Ay, mi cabeza! exclamó. Y á pasos lentos, lánguidamente, de alma-

jos en almajos, á las Santas de la mar llegó vacilante. Y con llanto en las pupilas, sobre el pavimento de la capilla que el mar humedece con su infiltracion, prosternó su cabeza. ¡Pobrecita! En alas de la brisa, ved cómo su plegaria en tanto volaba al cielo en suspiros:

¡Oh Santas Marías, — que podeis en flores — trocar nuestro llanto, — inclinad el oido — hácia mi dolor!

Cuando veais ¡ay Dios! — mi agudo tormento, — mi triste congoja, — os pondreis de mi parte — piadosamente.

Yo soy una niña — que amo á un mancebo, — el hermoso Vicente, — yo le quiero ¡oh Santas! — con toda mi alma.

Yo le amo, yo le amo, — como el arroyo — ama el correr, — como el pajarito — ama el volar.

Y quieren que mate — este fuego ardiente — que nunca se apaga, — y quieren que rompa — el almendro florido.

¡Oh Santas Marías, — que podeis en flores — trocar nuestro llanto, — inclinad el oido — hácia mi dolor!

Venido he de lejos — buscando la paz: — ni Crau, ni arenales, — ni madre doliente — me han detenido.

Y del sol que lanza — sus clavos agudos, — sus crueles espinas, — siento las razadas — que punzan mi cérebro.

Mas ¡podeis creerlo! — dadme á Vicente, — y ale-

gres, risueños, — vendremos juntitos — á veros de nuevo.

El mal de mis sienes — cesará entonces, — y mis ojos que ora — se inundan de llanto, — brillarán de gozo.

Mi padre se opone — á nuestra union : — tocarle en el pecho, — os es fácil cosa, — bellas Santas de oro.

Por fuerte que esté — la aceituna, el viento — que sopla en Adviento — tambien la madura — luego que conviene.

La serba y el níspero — se cogen tan acres — que dan estremezo, — y les basta paja — para que sazonen.

¡ Oh Santas Marías, — que podeis en flores — trocar nuestro llanto, — inclinad el oido — hácia mi dolor!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Mas ¿ tengo deslumbres? — ¿ qué es esto?... ¿ el Paraiso? — La Iglesia se agranda : — un monton de estrellas — se entreabre allá arriba.

¡ Oh cuál soy dichosa! — Las Santas ¡ Dios mio! — del cielo, sin nube, — bajan radiantes, — bajan hácia mí.

¡ Oh bellas Patronas! — ¿ Sois vosotras, cierto? — Ocultad los rayos — de vuestras coronas — ó yo moriré.

Vuestra voz me llama. — ¿ Por qué no os velais — detras de una nube? — que mis pobres ojos — se ha-

llan ya cansados...—¿ Dònde está la capilla ?... Santas, ¿ me hablais ? . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En el èxtasis que la desvanece, jadeante, medio muerta, estaba allí Mireya de rodillas sobre las baldosas, los brazos levantados, la cabeza hácia atras... y dentro de las puertas de San Pedro sus ojos inmòviles parecian ver el otro mundo á traves del velo de la carne. Tiene los labios mudos. Su hermoso rostro se transfigura, y su alma y su cuerpo nadan en la contemplacion con embeleso celestial. En la Aurora que corona de oro la frente de los álamos blancos, la lámpara que velaba á un hombre en perdicion así palidece y se extingue.

Tres mujeres de divina hermosura por un sendero de lucientes estrellas bajaban del cielo, y como un rebaño que se dispersa al despuntar el dia, los altos pilares de la capilla con el arco que sostiene la bòveda, para abrirles camino se apartaban delante de ellas. Y blancas en el aire límpido las tres Marías radiantes de gloria bajaban de la celeste altura. La una contra su seno tenia apretado un vaso de alabastro : en las noches serenas el astro que dulcemente alumbra á los pastores, nos puede sólo recordar su frente de paraiso. A los juegos del aura la segunda suelta sus trenzas y camina modesta con una palma en la mano. La tercera, jovencita todavía, con el blanco y transparente manto oculta un poco su moreno rostro, y las negras niñas de sus ojos lucian más que diamantes.

Hácia la doliente marchaban, y cuando estuvieron cerca de ella se pararon y empezaron á hablarle. Tan dulce y claro era su decir, y su sonrisa tan afable, que las espinas del martirio florecian para Mireya con abundosos encantos.

†

Consuélate, pobre Mireya, nosotras somos las Marías de Judea. Consuélate, decian, nosotras somos las Santas de Baus. Consuélate, nosotras somos las patronas de la barquilla que se lanza á los peligros de la mar furiosa, y la mar al vernos se pone en calma.

Mas fija allá arriba la vista. ¿Ves el camino de Santiago? Hace poco estábamos juntas en él, allá abajo al otro extremo, y mirábamos desde las estrellas las procesiones de fieles que van en romería á Compostela á orar sobre la tumba de nuestro hijo y sobrino. Y desde allí escuchábamos las letanías. Y el murmullo de las fuentes, y el movimiento de las campanas echadas al vuelo, y el caer del dia, y los peregrinos que andaban por los campos, todo rendia gloria de consuno al Apóstol de las Españas, nuestro hijo y sobrino, Santiago el Mayor. Y gozosas por el tributo de adoracion que alcanzaba su memoria, sobre la frente de los romeros derramábamos el rocío del sereno, y en su espíritu vertíamos gozo y calma. Punzantes como centellas, entonces hasta nosotras han subido tus quejas. ¡Oh, niña! tu fe es muy grande, mas ¡cuánta pesa-

dumbre nos dan tus ruegos! Tú quieres beber, insensata, en las fuentes del amor puro; antes de la muerte, insensata, quieres probar la fuerte vida que á Dios mismo nos transporta.

¿Desde cuándo acá abajo has encontrado la felicidad? ¿La has visto en el rico? Hinchado, acostado con dejo en su triunfo, niega á Dios en su corazon y ocupa todo el camino; mas la sanguijuela cuando está llena se cae. ¿Y qué va á hacer él con su orgullo cuando se verá delante del Juez que entró en Jerusalen sobre un asno? ¿La has visto en la frente de la madre cuando por primera vez toda conmovida da su leche á su hijo recien nacido? Basta una mamada nociva, y héla ya inclinada sobre la cuna descubierta, cubriendo de besos al pobre pequeñito muerto. ¿La has visto en la frente de la desposada, cuando á lentos pasos camina hácia la iglesia con su novio? ¡Ay! Para la pareja que lo recorre, este sendero tiene más espinas que el endrino de los campos.

Porque todo lo de aquí abajo no es más que pruebas y trabajos prolongados. Y aquí abajo, la onda más clara cuando has empezado á beberla se vuelve amarga: aquí abajo con el fruto nuevo nace el gusano, y todo se gasta y todo se corrompe. En vano escogerás en la cesta: la naranja tan dulce al gustarla, con el tiempo llegará á ser amarga como la hiel. Y tal te parecerá que respira en vuestro mundo, ¡y suspira! Mas quièn tendrá deseos de beber de un manantial que no se agota ni se aceda, comprarlo puede con sufrimientos. La piedra debe ser rota en pedazos si quie-

re extraerse de ella la lentejuela de plata. ¡ Dichoso, pues, quien toma resignado las penas, y llega á la muerte haciendo bien, y llora cuando ve llorar á sus hermanos, y echa la capa de sus hombros sobre la pobreza desnuda y macilenta, y con el humilde se humilla, y para el que tiene frio hace brillar su hogar! Y la grande palabra que el hombre olvida, héla aquí: la muerte es la vida. Y los mansos, y los buenos, y los misericordiosos, ¡ bienaventurados! Al soplo de un viento sutil al cielo remontarán el vuelo tranquilos, y blancos como un lirio dejarán ese mundo, donde los santos son de continuo apedreados.

¡ Si pudieses ver, oh Mireya, desde lo más alto del empíreo, cuán pobre nos parece vuestro universo, y cuán locos y miserables vuestros ardores por la materia y vuestro temor del cementerio; si pudieses verlo, infortunada, clamarias por la muerte y el perdon! Mas antes que el trigo suba en espigas, preciso es que fermente dentro de la tierra. Es la ley. Y nosotras tambien, antes de tener rayos de gloria hemos bebido el brebaje amargo. Y á fin de que tu valor reciba nuevas fuerzas, queremos contarte las tribulaciones y las angustias de nuestro viaje.

Callaron las tres Santas dicho esto. Y las ondas que acarician la playa, para escuchar lo que iban á decir corrian en tropel á lo largo de la ribera. Los bosques de pinos hicieron signo á los alisales, y las gaviotas y las sarcetas vieron el inmenso Vacarés aplacar sus oleadas. Y el sol y la luna, desde lo más lejano de los

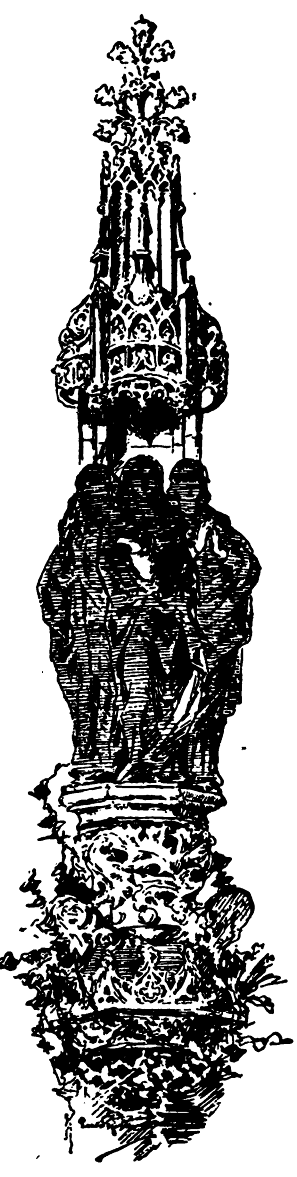
marjales, dieron muestra de adoracion inclinando sus anchas frentes carmesinas, y la Camarga impregnada de sal se estremeció... Las bienaventuradas, para dar fuerza á la enamorada niña, al cabo de un rato empezaron así:



# CANTO UNDÉCIMO.

## LAS SANTAS.

Las tres Marías refieren que despues de la muerte de Cristo fueron abandonadas con otros discípulos á merced de las olas, y que desembarcaron en Provenza y convirtieron á los pueblos de la comarca. — La navegacion. — La tempestad. — Llegada de los santos proscritos á Arles. — Arles romana. — La fiesta de Vénus. — Sermon de San Trofimo. — Conversion de los Arlesianos. — Los habitantes de Tarascon imploran el socorro de Santa Marta. — La Tarasca. — San Saturnino en Tolosa. — San Eutropo en Orange. — Santa Marta sujeta la Tarasca y en seguida convierte á la ciudad de Aviñon. — Los Papas en Aviñon. — San Lázaro en Marsella. — Santa Magdalena en la cueva. — San Maximino en Ex. — Las tres Marías en Baus. — El rey Renato. — La Provenza unida á la Francia. — Mireya vírgen y mártir.





EL árbol de la cruz ¡oh Mireya! allá en el monte de Judea estaba plantado todavía. De pié sobre Jerusalen y húmedo aún con la sangre de Dios, daba voces á la ciudad del crímen adormecida en el fondo del abismo: ¿ Qué has hecho, qué has hecho del Rey de Belen? Y de las calles silenciosas no subian ya

los grandes clamores. El Cedron sólo se lamentaba á lo lejos, y el Jordan melancólico iba á esconderse en las soledades para desahogar sus lamentos á la sombra de los lentiscos y de los verdes terebintos. Y el pobre pueblo estaba triste, porque bien conocia que era su Cristo aquel que alzando el cobertizo de la tumba, habia vuelto á mostrarse á sus compañeros y discípulos, y despues, dejando las llaves á San Pedro, se habia como el águila remontado al cielo. ¡ Ah ! Se le echaba á menos en la tierra judaica al hermoso carpintero de Galilea, al carpintero de los cabellos de oro, que amansaba los corazones con la miel de las parábolas, y con largueza en los collados alimentaba á la muchedumbre con pan ácimo, y curaba los leprosos y resucitaba los muertos. Mas los doctores, los reyes, los presbíteros, la horda entera de los vendedores á quienes de su templo santo el Maestro habia echado; ¿ quién contendrá á la multitud, murmuraban entre sí en voz baja, si en Sion y en Samaria el resplandor de la Cruz prontamente no se extingue ? Entonces las iras tomaron creces y los mártires dieron testimonio de su fe. Entonces unos, como Estéban, eran apedreados vivos; Santiago moria bajo el filo de la espada; otros eran aplastados bajo una peña. Mas en la hoguera ó bajo el cuchillo todos clamaban muriendo: Sí, Jesus es Hijo de Dios.

Nosotras las hermanas y los hermanos que le seguíamos por todas partes, en una mala embarcacion sin velas y sin remos al furor de la mar fuimos echados. Las mujeres vertíamos un torrente de lágrimas; los

hombres hácia el cielo elevaban la mirada. Ya, ya veíamos alejarse olivares, palacios y torres; ya veíamos las crestas desiguales del alto Carmelo diseñarse á lo lejos en el horizonte. De pronto llega hasta nosotros un grito. Nos volvemos, y vemos en la playa á una mujer jóven. Aquella mujer levantaba los brazos clamándonos con voz ahogada: ¡Oh, llevadme en vuestra barcada, amas mias, llevadme! Por Jesus, yo tambien quiero morir de amarga muerte. Era nuestra sirvienta Sara la que daba estas voces. ¡Mira hoy aca en el cielo cuál reluce su frente como un alba de abril! Lejos de allí el Aquilon nos arrastra. Mas Salomé á quien Dios inspira, echa su velo sobre las aguas del mar. ¡Oh poderosa fe! Sobre la onda que se encrespa, clara y azulada, la jóven desde la ribera llegó sin hundirse á nuestra frágil navecilla. Y el Aquilon la empujaba, y el velo la conducia... Cuando empero vimos en las lejanas nieblas desaparecer una tras otra las cumbres de nuestro querido país y crecer la mar, preciso es haberla sentido para comprender la nostalgia profunda que se apoderó de nosotros. ¡Adios, adios, tierra sagrada! ¡Adios, Judea desdichada que persigues á tus justos y crucificas á tu Dios! Ahora los racimos de tus viñedos y los dátiles de tus palmeras serán pasto de los fieros leones, y tus murallas serán guarida de ponzoñosas serpientes. ¡Adios, patria, adios, adios!

Una ráfaga de viento tempestuoso sobre la mar espantosa inclinaba el bajel. Marcial y Saturnino se ponen de rodillas en la proa. Pensativo se envuelve en su manto el viejo Trofimo. Cerca de él estaba sentado

el obispo Maximino. De pié sobre el entrepuente, Lázaro, que de la tumba y del sudario guardaba todavía la mortal palidez, parecia hacer frente al huracan mugidor. Con él la nave perdida lleva á Marta su hermana, y á Magdalena, que está tendida á un lado y llora su quebranto. La nave á quien empujan las fuerzas del infierno, conduce á Eutropo, conduce á Sidonio, á José de Arimatea, y á Marcelo y á Cleon, y apoyados en los escalamos, al silencio del reino azul hacian oir el canto de los Salmos, y nosotros repetíamos juntos: ¡Te alabamos, oh Dios! ¡Oh! ¡Cómo corria la navecilla sobre las aguas centelleantes! Parécenos ver todavía aquellas ráfagas furibundas que arremolinaban el polvo líquido del abismo, y despues convertidas en ligeras columnas se desvanecian á lo lejos como espíritus.

El sol subia de la mar y se ponia en la mar, y siempre errantes sobre la vasta llanura salada, íbamos á merced del viento. Mas de los escollos Dios nos preserva, porque en sus miras nos tiene reservados para reducir á su ley á los pueblos provenzales. Una mañana más que las otras el tiempo estaba calmoso. Delante de nosotros vemos huir la noche con su lámpara en la mano, como una viuda madrugadora que va al horno á cocer sus panes. Las olas allanadas como una era, batian apenas los tablones de la nave. En lo más lejano del horizonte nace y se aumenta por instantes mugiendo y llevando el horror al alma, un ruido espantoso, un rumor desconocido que aulla y gime, y nos penetra hasta los huesos, y nos deja mudos

de estupor. Por todas partes hasta donde alcanzaba la vista no se distinguia más que agua. Y sobre el mar que se encogia de espanto, la ráfaga se acercaba rápida, formidable, y en derredor de nosotros las olas estaban muertas, y ¡ negro presagio ! inmóvil como por encanto tenian á la barca. De repente se alza á lo lejos una montaña de agua de espantosa altura. Coronada de nubarrones llegábase á nosotros la mar entera arremolinada, mugiendo y rebramando. Súbito un golpe de mar nos precipita al fondo del sumidero, y luego nos levanta á la cima de las olas, aterrados, moribundos. ¡ Qué trance ! ¡ qué trastorno ! Prolongados relámpagos alumbran la oscuridad hendiendo el espacio, y uno tras otro retumban espantosos truenos; y todo el infierno se desencadena para tragar nuestra quilla. El terrible Labeche silba, muge y sobre el combés abate nuestras frentes. Ora nos iza la mar sobre el lomo de sus olas; ora en lo profundo de los negros abismos donde vagan los pavos marinos, las focas y los grandes tiburones, vamos á oir el triste lamentar de los anegados á quienes la onda barre. ¡ Ay, Dios ! Nos vimos perdidos. Sobre nuestras cabezas se estrella una grande oleada, cuando Lázaro exclama: ¡ Dios mio ! ¡ Sírvenos de timon ! Tú me has librado una vez de la tumba. ¡ Ayúdanos ! ¡ La barca se vuelca ! Como el vuelo de la paloma torcaz, su palabra hiende la tempestad y vuela al cielo. Desde el alto palacio donde se sienta triunfante, Jesus le ha visto. Sobre el líquido mar ve Jesus á su amigo, á su amigo, que dentro un instante va á ser sepultado bajo las aguas. Sus ojos

con piedad profunda nos contemplan. Súbito aparece en medio de la tempestad un prolongado rayo de sol. ¡Aleluya! Sobre el agua amarga subimos y bajamos todavía, y mojados y fatigados vomitamos el amargor. Mas los espantos á un tiempo huyen, las olas fieras se dispersan, los nubarrones á lo lejos se disipan. La tierra verdeante aparece en la claridad como un capullo que se abre. Por largo tiempo con choques espantosos nos balancean todavía las ondas. Empero se aplacan por fin ante la delgada nave bajo un soplo que las calma. La delgada nave como una colimba hiende las rompientes, y corta su quilla los anchos copos de espuma. En una costa sin rocas ¡aleluya! la nave aborda. Sobre la húmeda arena nos prosternamos, y exclamamos todos: ¡Has salvado á nuestras cabezas de la tempestad! ¡hélas aquí prontas, aunque sea bajo el cuchillo, á proclamar tu ley, ¡oh Cristo! Lo juramos.

A este nombre de inefable alegría, la noble tierra de Provenza parece estremecerse; á esta voz nueva el bosque y la llanura se han conmovido de gozo, como el perro que oye venir á su dueño y corre á él y le hace fiestas. El mar habia arrojado mariscos: ¡Padre nuestro que estás en los cielos! á nuestra prolongada hambre tú enviaste un festin: para nuestra sed en medio de los almajos salados, tú hiciste brotar una fuente milagrosa que límpida y sana mana todavía en la iglesia donde están nuestros huesos.

Llenos de la fe que nos abrasa tomamos la orilla del Ródano, y de pantano en pantano marchamos á la ventura. Pronto reconocemos gozosos en la tierra la señal

del arado, y luego vemos á lo lejos las torres de Arles que enarbolan el estandarte de los emperadores. Hoy dia eres segadora, ciudad de Arles, y reclinada sobre tu era sueñas con honor de tus antiguas glorias, mas entonces eras reina, y madre de un pueblo de remeros tan numeroso que de tu puerto el viento no podia atravesar la inmensa flota. Roma te habia vestido de nuevo con piedras blancas bien labradas, y á tu frente habia ceñido las ciento veinte puertas de tus grandes Arenas. Entonces eras princesa del imperio, y para explayar tus caprichos tenias el circo y los suntuosos acueductos, y el teatro y el hipodromo.

Entramos en la ciudad. La multitud subia en tropel al teatro. Nosotros subimos con ella. En medio de los palacios, á la sombra de los templos de mármol se precipita el pueblo impetuoso como un aguacero que en los barrancos ruge sobre los arces. ¡Oh maldicion! ¡Oh vergüenza! Al son muelle de la sambuca, en el podio del teatro, una cuadrilla de muchachas volteaban y repetian á coro un estribillo con voz estridente, y doblando el cuerpo ejecutaban ardorosas danzas en derredor de un pedazo de mármol á que llamaban Vénus. La popular embriaguez les incitaba con sus clamores. Muchachas y mancebos repetian: ¡Cantemos, cantemos á Vénus, la grande diosa de quien viene toda alegría! ¡cantemos á Vénus, la soberana, la madre de la tierra y del pueblo Arlesiano! Alta la frente, abierta la nariz, el ídolo coronado de mirto entre las nubes de incienso parecia henchirse de orgullo, cuando indignado de tanta audacia, interrumpiendo gritos

y danzas, el anciano Trofimo se abalanza extendiendo sus brazos sobre la muchedumbre admirada, y con voz fuerte exclama: Pueblo de Arles, escucha, escucha mis palabras, escucha en nombre de Cristo... No dijo más. Al fruncir de sus cejas, hé aquí que el ídolo vacila, gime y cae de su pedestal. Con la diosa las bailarinas caen aterrorizadas. No hay más que un grito; no se oyen más que aullidos. La muchedumbre atropelladamente se precipita á los portales y derrama el espanto por la ciudad. Los patricios arrancan sus coronas, los jóvenes furiosos nos rodean y vociferan contra nosotros. Mil puñales de repente relucen en el aire... Empero la sal cuajada de nuestras vestiduras, la frente serena de Trofimo como rodeada de santas claridades, y la Magdalena más bella que su Vénus aterida, velada con una nube de lágrimas, todo esto por un instante les hizo retroceder. Mas entonces Trofimo: Arlesianos, oid mis palabras, les dijo de nuevo; oid mis palabras y despues me cortareis la cabeza. Pueblo de Arles, acabas de ver derribado tu ídolo, frágil como el vidrio, al nombre de mi Dios. No atribuyas á mi voz este poder. Nosotros no somos nada. El Dios que ha derribado á tu ídolo no tiene templo sobre la colina; mas el dia y la noche no ven más que á él allá arriba. Su mano, severa para el crímen, es generosa para la plegaria. Él solo ha hecho la tierra, él solo ha hecho el cielo, y el mar, y las montañas. Un dia, desde su alta mansion, ha visto su bien comido por las orugas; ha visto al esclavo beber sus lágrimas y su odio sin que nadie le consolase; ha visto el Mal,

en hábito de sacerdote, tener escuela en los altares: á tus hijas las ha visto correr á los brazos de los libertinos á buscar su afrenta. Y para lavar tales inmundicias, para poner fin al prolongado suplicio de la raza humana atada al pilar, ha enviado á su Hijo. Sin un rayo de sol que le dorase, su Hijo ha bajado á encerrarse en el seno de una Vírgen, y ha nacido sobre pajas en un pesebre. ¡ Oh pueblo de Arles, penitencia! Compañeros de su vida somos y podemos afirmarte sus milagros. En las lejanas comarcas donde corre el claro Jordan, en medio de una multitud haraposa y hambrienta, nosotros hemos visto la blancura de su ropaje de lino. Y él nos decia que debíamos amarnos unos á otros, y nos hablaba de Dios, infinitamente bueno y todopoderoso, y del reino de su Padre, que no será para los mentirosos, para los altivos ni para los usurpadores, sino para los pequeños, para los sencillos, para los que lloran. Y su doctrina la atestiguaba caminando sobre el mar; los enfermos con una mirada, con una palabra suya, quedaban curados; los muertos á pesar de la oscura muralla, volvian á la vida; veis allá á Lázaro que se corrompia en la mortaja... Mas por estos solos motivos, henchidos de celos los reyes de la nacion judaica, le han preso, le han conducido á una colina, le han clavado en un madero, le han dado á beber hiel amarga, han cubierto su rostro santo de salivazos, y despues le han levantado en el espacio mofándose de él... ¡ Gracia, gracia! interrumpió el pueblo ahogado por los sollozos: ¡ gracia para nosotros! ¿ Qué hemos de hacer para desarmar el

brazo del Padre? Habla, hombre divino, habla; si es sangre lo que quiere, nosotros le ofreceremos cien sacrificios. Inmoladle vuestros placeres, inmoladle vuestra hambre de vicio, respondió el Santo postrándose en el suelo. No, lo que te place, Señor, no es el olor de una víctima sacrificada, ni los templos de piedra: tú prefieres el pedazo de pan que se presenta al hambriento, ó la jóven vírgen que dulce y temerosa se llega á Dios á ofrecer su castidad como una flor de mayo.

De los labios del grande apóstol así fluia á raudales como un santo óleo la palabra de Dios. Y cuantos le oian derramaban llantos en abundancia. Y enfermos y pobres trabajadores besaban sus vestidos. ¡Y hé aquí que por todas partes cayeron entonces los ídolos sobre las gradas del templo! Al mismo tiempo en testimonio de la verdad, el ciego de nacimiento, que era Sidonio, mostraba á los Arlesianos las niñas de sus ojos clarificadas por el Cristo; y Maximino les contaba la resurreccion del Crucificado, y les explicaba cómo es necesario el arrepentimiento para obtener la gracia. Arles en aquel mismo dia se hizo bautizar.

Mas como un viento que barre delante de sí la maleza, sentimos el espíritu de Dios que nos empuja. Y hé aquí que cuando partíamos llega presurosa una embajada y se proterna á nuestros piés. ¡Un instante! nos dice; ¡extranjeros del Dios bueno, quered escucharnos! Al rumor de los grandes milagros y de los nuevos oráculos, á vuestros piés nos envia nuestra ciudad desgraciada. Estamos helados de terror. Avido de sangre humana y de cadáveres, en nuestros bos-

ques y barrancos anda errante un monstruo, un azote de Dios. ¡ Tened piedad de nosotros! El animal tiene cola de dragon, y sus pupilas son más rojas que cinabrio. En la espalda tiene escamas y dardos que dan miedo. Tiene el hocico como de un grande leon : tiene seis piés humanos para mejor correr: á su covacha, bajo una roca que domina el Ródano, se lleva cuanto puede. Cada dia nuestros pescadores se hacen más raros. ¡ Ay de nosotros! Y los tarasconeses, dicho esto, se echan á llorar. Mas sin retardo ni vacilacion Marta exclama: ¡ Yo iré con Marcelo! ¡El corazon me dice que corra á este pueblo y que le liberte! Por última vez en la tierra nos abrazamos con la esperanza de volver á vernos en el cielo, y nos separamos. Limoges tuvo á Marcial: Tolosa fué la esposa de Saturnino; y en Orange la fastuosa, Eutropo fué el primero que sembró el buen grano.

Mas tú, ¿ á dónde vas, oh dulce vírgen? Con una cruz y un hisopo, Marta, con sereno semblante, marchaba al encuentro de la Tarasca. Los bárbaros, no pudiendo creer que se libertase del monstruo, para mirar el insigne combate habian subido en tropel á los pinos del lugar. Despertado de improviso, provocado en su mismo echadero, ¡ hubieses visto saltar el monstruo! Mas en vano se retuerce y gruñe; en vano silba y resuella, porque le domina el agua bendita. Marta, con un delgado cordel, le ata y se lo lleva á pesar de sus resoplidos. El pueblo entero corre á adorarla. ¿ Quién eres? decian á la doncella cristiana. ¿ Eres Diana la cazadora, ó Minerva la casta y la fuerte? No,

no, respondia la doncella; yo no soy más que la sierva de mi Dios. Y entonces les instruyó, y con ella ante Dios doblaron la rodilla. Con su palabra virginal hirió la roca de Aviñon: y la fe de tal modo brotó á grandes oleadas, que los Clementes y los Gregorios más tarde fueron á beber allí. Por su gloria Roma allá abajo setenta años tembló.

En tanto de la Provenza se elevaba ya un canto de regeneracion que alegraba á Dios. ¿No has observado cuando han llovido algunas gotas de agua, como todo árbol y toda vegetacion levanta presto su follaje sonriente? Asimismo todos los corazones ardorosos corrian á refrescarse. Tú misma, altiva Marsella, que sobre la mar abres tus pestañas, y que por nada quitas el ojo de tu mar, y que á despecho de contrarios vientos no sueñas más que oro, á la voz de Lázaro dentro de tus murallas abriste los ojos, y contemplaste la noche en que estabas sepultada. Y en la Huveauna que se alimenta con las lágrimas de Magdalena lavaste ante Dios tu fea inmundicia... Hoy dia levantas la cabeza de nuevo: antes que sople la tempestad ¡recuerda en medio de tus fiestas que los llantos de Magdalena bañan tus olivos!

Colinas de Ex, crestas desiguales de Sambuca, viejos enebros, grandes pinos que cubris los barrancos del Esterel, y vosotros enebros de Fenicia que poblais la Trevaresa, ¡volved á decirnos de cuánta alegría fueron transportados vuestros valles cuando pasó Maximino llevando la Santa Cruz!

¿Mas no ves allá abajo aquella que con los blancos

brazos cruzados sobre el pecho está orando al fondo de una cueva? ¡ Ah, pobre infortunada! Sus rodillas se magullan en la roca dura, y por todo vestido tiene su blonda cabellera, y la luna la vela con su pálida antorcha. Y para verla en la cueva el bosque se inclina y acalla sus rumores. Y los ángeles conteniendo el latido de su corazon la contemplan por una grieta, y cuando sobre la piedra como una perla cae alguna de sus lágrimas, con grande anhelo van á recogerla y la guardan en un cáliz de oro. ¡ Basta, basta, oh Magdalena! El viento que alienta en el bosque te lleva hace ya treinta años el perdon del Señor. Con tu llanto la roca misma llorará eternamente, y tus lágrimas, eternamente, como un viento de nieve, sobre todo amor de mujer derramarán la blancura... Mas del pesar que la consume, nada consuela á la desgraciada, ni los pajaritos que para ser bendecidos anidaban á bandadas en el Santo Pilon, ni los ángeles que la elevaban en sus brazos siete veces cada dia y la mecian en el aire sobre los vallecicos.

¡ A tí, Señor, á tí sea dada toda alabanza! ¡ Y permite que podamos contemplarte para siempre en tu completo esplendor y en tu realidad! Pobres mujeres desterradas pero ébrias de tu amor, nosotras tambien hemos derramado algunos rayos de tu eterna gloria. Colinas de Baus, Alpinas azules, vuestros silenciosos barrancos, vuestras agujas, de nuestra predicacion hasta el fin de los siglos guardarán el recuerdo grabado en la piedra. En las soledades pantanosas al fondo de la isla de Camarga, la muerte nos alejó de nues-

tros dias de trabajo. Como sucede á todas las cosas caidas, el olvido ocultó bien pronto nuestras tumbas. La Provenza cantaba y el tiempo transcurria, y como en el Ródano la Duranza pierde al fin su corriente, el hermoso reino de Provenza en el seno de Francia por fin se reclinó. ¡ Francia, lleva contigo á tu hermana ! dijo su último rey, ¡ yo muero ! ¡ Dirigíos las dos juntas hácia el porvenir á cumplir la grande tarea que os llama ! Tú eres la fuerte, ella es la hermosa : vereis la noche rebelde huir ante el resplandor de vuestras frentes unidas... Renato cumplió este hermoso hecho. Una tarde que dormitaba en su lecho de plumas, nosotras le mostramos el lugar donde estaban nuestros huesos. Con doce obispos, con sus pajes, con su brillante corte y sus ricas vestiduras, el rey vino á la playa y bajo los almajos encontró nuestras fosas.

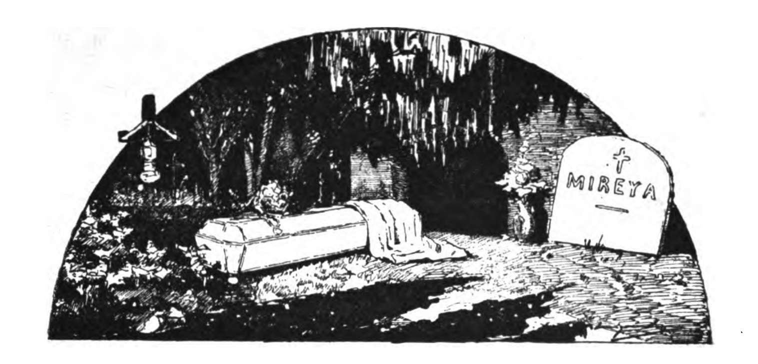
Adios, Mireya, el tiempo vuela. Nosotras vemos la vida que tiembla en tu cuerpo como una luz que se apaga... Antes que el alma la deje, partamos, hermanas, partamos presto. A las hermosas alturas preciso es que lleguemos antes que ella... preciso y necesario. Vírgen y mártir de amor, Mireya va á morir. ¡ Floreced, celestes avenidas ! ¡ Santas claridades del empíreo, desplegaos ante Mireya ! ¡ Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo !



# CANTO DUODÉCIMO.

## LA MUERTE.

El país de las naranjas. — Las Santas se remontan al cielo.— Llegada del padre y de la madre. — Los habitantes de la villa de Santas Marías suben á Mireya á la capilla más alta donde están las reliquias. — La iglesia de las Santas. — Las preces. — La playa de Camarga.— Llegada de Vicente y explosion de su dolor. — Cántico de los habitantes de Santas Marías. — Postrera vision de Mireya. — Las Santas se le aparecen en alta mar. — Últimas palabras y gloriosa muerte de la doncella. — Duelos y llanto.




EN el país de las naranjas, á la hora en que el dia de Dios se evapora, cuando los pescadores despues de haber tendido sus nasas conducen las barcas al abrigo de las rocas y las muchachas soltando las ramas se ayudan entre sí para cargar sobre la cabeza las cestas llenas ó para ponerlas debajo del brazo: de las riberas donde el Argens serpentea, de las llanuras, de los cerros, de las veredas, se eleva á lo lejos un prolongado coro de canciones. Mas balidos de cabras, cantos de amor, sones de churumbela, poco á poco en las parduscas montañas se pierden y llegan la sombra y la melancolía.

Asimismo de las Marias que remontaban su vuelo las palabras se extinguian... se extinguian poco á poco, de nube de oro en nube de oro, semejantes al eco de un cántico, semejantes á una música lejana que por encima de la antigua iglesia se apartase con el aura.

Ella al parecer duerme y sueña de rodillas, y un extraño resplandor del sol corona su frente de nuevas hermosuras. Más en los páramos y en los juncales sus ancianos padres la han buscado tanto, que al fin la han descubierto, y de pié en el pórtico de la capilla la miran asombrados. Toman agua bendita, llevan á la frente su mano humedecida, y sobre las sonoras losas la mujer y el anciano avanzan. Despavorida, como un pajarito que de improviso divisa á los cazadores. — ¡ Dios mio ! exclamó ella, ¡ padre ! ¡ madre ! ¿ á dónde vais ? Y viendo lo que veia Mireya se cayó al suelo. Su madre, lleno el rostro de lágrimas, acorre y la coje en sus brazos. —¿ Qué tienes ? le dice ¿ por qué abrasa tu frente ?... No, no es un sueño que me engaña ; es ella que yace á mis piés ; es ella, es mi niña... Y la pobre madre lloraba y reia á la vez. — ¡ Mireya ! ¡ Hermosa hija mia ! ¡ Soy yo que estrecho tu mano, yo tu padre !... Y el anciano á quien sofocaba el dolor calentaba entre las suyas las manos inanimadas de la niña.

Ya en tanto el viento ha llevado la grande nueva. Llenando la puerta los habitantes de Santas Marías se reunen en la iglesia. — ¡ Subid á la enferma á la capilla más alta, dicen, subidla sin perder un momento ; que toque las santas reliquias ; en las urnas milagrosas que bese á nuestras buenas santas con sus agonizantes la-

bios!... Dos mujeres al instante la toman en brazos...

En el testero de la hermosa iglesia hay tres altares, hay tres capillitas labradas una sobre otra en la roca viva. En la capilla subterránea está Santa Sara, venerada por los morenos gitanos. — La segunda es más elevada, y en ella está el altar de Dios. Sobre los pilares del santuario la estrecha capilla mortuoria de las Marías eleva su bóveda hasta el cielo, y guarda las reliquias, sacro legado del cual fluye la gracia á raudales. Cuatro llaves cierran las urnas. Las urnas y sus tapas son de ciprés. Una vez cada cien años se las abre. ¡Dichoso, sí, dichoso cuando se descubren las reliquias el que puede verlas y tocarlas! Buen tiempo tendrá su barca y buena estrella, y los renuevos de sus árboles darán fruto á cestadas, y su alma creyente gozará los bienes eternos. Protege á aquella sagrada herencia una puerta de madera ricamente esculpida, regalo de los habitantes de Bellcaire. Más sobre todo, lo que la defiende, no es la puerta que la encierra, ni el muro que la ciñe, sino el favor que le llega de los espacios azulados.

A la capillita por la escalera de caracol suben á la enferma. El sacerdote, con blanca sobrepelliz, empuja la puerta. Como un campo de cebada, cuyas espigas se abaten súbitamente bajo un torbellino, asimismo todo el pueblo se prosterna sobre las baldosas exclamando: — ¡Oh bellas Santas, benéficas Santas de Dios, Santas protectoras de la comarca, tened piedad de esa pobre niña! — Tened piedad de ella! exclamó la madre, y os traeré cuando esté curada, mi sortija

de oro, mi cruz florida, y por las ciudades y por los campos iré á pregonar vuestro milagro! — ¡Oh Santas, es mi chorlito real, oh Santas, es mi tesoro! decia maese Ramon gimiendo y balanceando la cabeza en la oscuridad. ¡Oh Santas, á ella que es hermosa, inocente y jóven, la vida le conviene, yo no soy mas que vieja osamenta, enviadme á mí á estercolar las malvas!

Cerrados los ojos y sin voz, Mireya estaba tendida. Era al caer de la tarde. Para que la brisa de los tamariscos reanimase á la jóven campesina, se la habia colocado sobre el techo á la vista del mar. Porque la puerta (párpado de la bendita capilla) mira sobre la nave de la iglesia, y desde allí en la lejana extremidad del horizonte, se divisa el blanco límite que á la vez une y separa el cóncavo cielo y la onda amarga, y se vé del grande mar el movimiento eterno. Se ven las olas atrevidas que suben incesantemente unas sobre otras, jamás cansadas de estrellarse, mugiendo entre las dunas, y por el lado de tierra una llanura sin límites, sin un solo altillo que ciña su horizonte, y un cielo inmenso y claro sobre páramos asombrosos, claros tamariscos que se mueven al menor soplo del viento, extensas planadas de almajos, y de vez en cuando una bandada de cisnes que se purifica cerniéndose sobre las ondas, ó bien en la estéril marisma una manada de bueyes que pace ó que atraviesa nadando el agua del Vacarés.

Mireya en fin, con voz apagada suelta algunas palabras vagas. — Del lado de tierra, dice, y del lado de

mar, siento venir dos hálitos distintos : el uno es fresco como el soplo de la madrugada, el otro empero es fatigoso, ardiente, impregnado de amargor. Callóse dicho esto Mireya, y los habitantes de Santas Marías hácia la llanura y hácia las ondas saladas volvieron la cabeza, y vieron llegar un jóven que levantaba á su paso torbellinos de tierra movediza. Delante de él los tamariscos parecian huir y empequeñecerse. Era Vicente el cestero. ¡ Pobre muchacho ! ¡ Cuán digno era de compasion ! No bien su padre maese Ambrosio le hubo dicho : hijo mio, no será para tus labios el hermoso retoño de las Almezas, cuando para verla una vez todavía, partió al instante de Valabrega como un rayo. En Crau le dijeron : ha ido á las Santas. Ródano, marjales, Crau fatigosa, nada habia podido detener su carrera hácia los arenosos islotes de la playa.

Mas apenas llega á la iglesia, apenas ve tanta gente reunida, pálido el rostro, se levanta sobre la punta de los piés exclamando : — ¿ Dónde está ? ¡ Decidme donde está ! — Está allá arriba en la capilla, le contestan : está temblorosa y agonizante. Al instante, fuera de sí, sube arriba el desgraciado, y al divisar á Mireya levanta al cielo las manos y la cabeza. — Para recibir sobre mi frente tales infortunios, clamaba el desdichado, ¿ qué le hice yo á Dios ? ¿ He cortado acaso la cabeza á la que me dió su leche ? ¿ Se me ha visto encender la pipa en la lámpara de una iglesia, ó bien arrastrar el crucifijo por los cardos como un judío ? ¿ En qué he faltado, mal año de Dios, para sufrir tantos males ? ¡ No bastaba que me negasen su mano, y ellos

me la han martirizado!... Vicente abrazó á su amiga, y las gentes que le rodeaban, viéndole que se lamentaba tan amargamente, sentian palpitarles el corazon, y participaban de su pena y lloraban con él.

Y como el ruido de un torrente que se despeña de las hondonadas de un valle formando catarata, y va á conmover al pastor en las elevadas cumbres, subia del fondo de la iglesia la voz del pueblo que cantaba, y todo el templo resonaba con el hermoso cántico que suelen entonar los habitantes de Santas Marías.

«¡Oh Santas, bellas marineras, que habeis escogido nuestros marjales para elevar hácia el cielo la torre y las almenas de vuestra rubia iglesia! ¿Qué hará en su barca el marino cuando el mar se desencadena si prontamente no le enviais vuestra apacible brisa?»

«¿Qué hará sin vuestro amparo la pobre ciega? ¡Ah! No hay salvia ni búgula que pueda curar su lamentable desgracia, y sin decir palabra pasa el dia pensando en su triste vida. ¡Oh, Santas! volvedle la vista, que la sombra y siempre la sombra es peor que la muerte!»

«¡Reinas del paraiso, Señoras de la amarga llanura, vosotras llenais cuando os place de pescados nuestras redes; mas á la multitud pecadora que á vuestras puertas se lamenta, blancas flores de los areniscos salados, si es paz lo que le falta, colmadla de santa paz!»

Así oraban los buenos habitantes de Santas Marías, y sus clamores enternecian. Y hé aquí que las Santas á la pobre enferma infundieron un poco de vigor, y en su cara sonriente apareció una dulce alegría, porque el ver á Vicente fué para ella un placer indecible.

—Hermoso amigo mio, ¿de dónde vienes? le dijo. Di, ¿te acuerdas de aquella vez en que hablábamos allá abajo en la granja, los dos juntos, sentaditos bajo el parral? Si algun mal te aflige, me dijiste entonces, corre luego á las Santas Marías y tendrás pronto consuelo y alivio. ¡Oh, querido Vicente! ¡Que no puedas ver en mi corazon como dentro de un vaso! De consuelo, de santo consuelo rebosa mi corazon... Es un arroyo que no cabe en su cauce. De delicias de toda clase, de gracias y dichas está colmado... De los ángeles del buen Dios entreveo los coros.

Aquí Mireya cesó de hablar y tendió su mirada por los espacios. Parecia como que viese á lo lejos en los confines del aire azul, cosas maravillosas. A poco rato se oyó de nuevo su temblorosa voz: —¡Dichosas, decia, dichosas las almas á quienes la carne no retiene ya sobre la tierra! Vicente: ¿has visto cuando se elevaban en el aire los rayos de luz que derramaban?.. ¡Ah! ¡Qué libro tan bello se escribiria, si se escribiesen una por una las palabras que ellas me han dicho! Vicente, á quien el llanto oprimia, rompió en sollozos hasta entonces contenidos. —¡Pluguiese á Dios que yo las hubiese visto, exclamó, pluguiese á Dios!.. Yo me hubiera asido á sus ropas suspirando, y les hubiera dicho: ¡Oh, Reinas del cielo, único refugio que nos queda, tomad los ojos de mi cabeza y los dientes de mi boca y los dedos de mi mano! ¡mas á ella, á mi hada hermosa!... ¡oh! ¡volvédmela sana y salva! —¡Hélas aquí, hélas aquí que vuelven con sus vestiduras de lino! exclama ella súbitamente; y al mismo

tiempo se esforzaba por apartarse del regazo de su madre, y con la mano señalaba á lo lejos hácia el mar.

Todos al momento se levantaron: todos hácia el mar fijaron sus miradas con la mano en la frente.— A lo lejos, decian, no descubrimos nada por ahora, si no es el blanco límite que junta el cielo con el agua amarga... no se ve venir cosa alguna.—Sí, sí, miradlo bien, ¡van en una barca sin vela! exclamó Mireya, ¿No veis cómo las olas delante de ellas aplacan sus remolinos?... ¡Oh, sí, son ellas!... El aire está claro, y el vientecillo que las trae sopla tan blandamente como puede... Las aves marinas las saludan á bandadas...—La pobre niña delira, dijeron. En la mar rojiza no vemos más que el sol que se va á poner.—Sí, sí, son ellas, repuso la enferma, creedlo: mi vista no me engaña, y ora elevada, ora hundida, ¡oh milagro de Dios! su barca viene hácia aquí...

La niña iba poniéndose descolorida como una blanca margarita á quien queman los rayos del sol apenas abierta. Vicente, con el temor en el alma, de rodillas cerca de su amada, la encomienda á Nuestra Señora, la encomienda á las Santas y los Santos del Paraíso. Se habian encendido los cirios. Con la estola morada llegóse el sacerdote llevando el pan evangélico á la enferma para refrescar el ardor de su boca. Inmediatamente le administra la Extrema-Uncion y la unge con el Santo Crisma en siete partes del cuerpo segun el rito católico.

En aquel instante todo era calma. No se oia en la iglesia más que el rezo del sacerdote. En el ángulo de

la pared el moribundo dia, que iba á sepultarse en las ondas, proyectaba su débil y dorada claridad, y el mar iba estrellando sus olas en la playa una tras otra con pausado rumor. De rodillas el tierno amante con el padre y con la madre, exhalan de tiempo en tiempo algun sordo y ronco sollozo.

—¡Vamos! dijo todavía Mireya. La separacion se acerca. ¡Vamos! Démonos las manos, que de la frente de las Marías aumenta el resplandor. Delante de ellas los flamencos de color rosado acorren ya desde las orillas del Ródano. Los tamariscos en flor empiezan á adorarlas... ¡Oh buenas Santas! Me hacen señas, me llaman para que vaya con ellas: me dicen que no tema nada, que como entienden las constelaciones su barca en derechura nos llevará al Paraíso.

Maese Ramon le dice:—Amada mia, el haber desmontado tantos jarales, ¿de qué me servirá si te vas de la granja? Porque el ánimo que me alentaba de tí provenia: el calor sofocaba; el fuego de los terrones me ponia sediento; mas al verte, el calor y la sed desaparecian por milagro.—Cuando veais, padre mio, alguna mariposa nocturna que va á quemar sus alas en vuestra lámpara, seré yo, buen padre... Las Santas están de pié en la proa donde me aguardan... sí... Esperadme un momento... Voy poco á poco porque estoy enfermita...

La madre en esto prorumpe:—¡Oh, no, no!... Basta ya... No quiero, no; no quiero que te mueras; quiero que te quedes conmigo... Y despues, oh Mireya, cuando te pongas buena, iremos á casa de tu tia

Aurana á llevar una cesta de granadas. De Baus no está muy lejos Mellana, y en un dia se puede ir y venir...—No está lejos, no, madre mia; ¡mas ved!... vos hareis solita el camino... Madre mia, dadme el vestido blanco... ¿No veis los hermosos y blancos mantos que llevan sobre los hombros las Marías? Cuando ha nevado en los collados, menos deslumbrante es el ampo de la nieve...

El moreno cestero exclama entonces:—Vida mia, hermosa mia, tú, que habias abierto para mí tu fresco palacio de amor, tu amor, limosna florida; tú, por quien mi cieno como un espejo se habia aclarado, sin temor jamas de los malos rumores; tú, la perla de Provenza; tú, el sol de mi juventud, ¿será verdad que he de verte sudar tan pronto el hielo de la muerte? ¿Será verdad ¡oh Santas poderosas! que vosotras la habreis visto agonizar y abrazar en vano vuestros sagrados umbrales? A esto la niña respondió con voz débil:—¡Oh pobre Vicente mio! ¿Qué es lo que tienes delante de los ojos?... La muerte, esa palabra que te engaña, ¿qué es?... Una bruma que se disipa con el clamoreo de las campanas: un sueño del cual se despierta al fin de la noche... No, yo no muero... Con pié ligero entro ya en la navecilla... ¡Adios, adios! Ya cogemos el viento del mar... La mar, hermosa llanura agitada, es la avenida del Paraíso, porque el azul del espacio toca en derredor por todos lados el agua amarga... ¡Ay! ¡Cómo nos balancea el agua!... Entre tantos astros suspendidos allá arriba, yo encontraré uno donde dos corazones amantes puedan quererse libre-

mente... ¡ Santas !... ¿ qué escucho ?... ¿ es la voz de un órgano que canta á lo lejos ?...

Dijo la agonizante, y suspiró, é inclinó su frente hácia atras como para dormirse. Por su carita sonriente se hubiera dicho que hablaba todavía. Mas ya los habitantes de Santas Marías se adelantan uno tras otro, y con un cirio que pasan de mano en mano, hacen sobre ella la señal de la cruz. Consternados los padres la contemplan. En lugar de verla lívida la ven luminosa. En vano la sienten fria : en el golpe inconsolable no quieren ni pueden creer. Vicente, empero, luego que la ve con la cabeza caida, los brazos tiesos, los ojos vidriados : — ¡ Está muerta !... exclama. ¿ No veis que está muerta ?... Y como se tuercen los mimbres, desesperado, retuerce sus puños. Y empiézase entonces el fúnebre duelo.

— ¡ No serán los llantos para tí sola ! exclama Vicente. Dejándome tú, se ha arrancado el árbol de mi vida... ¡Está muerta!... ¡muerta!... No, no es posible... Será algun espíritu infernal que me lo dice al oido... Hablad en nombre de Dios, buenas gentes que aquí estais : vosotros habeis visto muertos : decidme ; al pasar los umbrales de la vida ¿sonreian de este modo? En verdad ¿ no tiene el semblante casi festivo ?... Mas ¿ qué hacen ?... Todos vuelven la cabeza , todos sollozan... ¡ Ah ! Basta, basta... ¡ Tu voz, tu dulce hablar no lo oiré ya más !...

Aquí el corazon de todos parece arrancárseles del pecho. Derrámase un torrente de lágrimas, y el dolor

une de repente al triste lamentar de las ondas un desbordamiento de sollozos. Asimismo en un rebaño numeroso, cuando una becerra ha sucumbido, al rededor del cadáver nueve tardes consecutivas toros y vacas llegan entristecidos á llorar á la desgraciada, y los marjales, y las olas y el viento retiemblan nueve dias consecutivos con sordo mugido de dolor.

—Anciano maese Ambrosio, llora á tu hija, ¡ay de mí! decia Vicente. Yo quiero que con ella me lleyeis á la fosa... Allí, hermosa mia, me hablarás de las Marías al oido tanto y más que ahora... y allí ¡oh tempestades del mar! nos cubrireis de mariscos. Buenos habitantes de las Santas, yo confio en vosotros: haced por mí lo que os digo: para un dolor semejante no basta con los llantos. Cavad en la arena mojada un solo lecho de muerte para entrambos. Poned encima un monton de piedras á fin de que jamas las olas puedan separarnos. Y mientras en los lugares donde ella vivió ellos abajarán su frente hasta el suelo agobiados por el remordimiento, ella y yo, envueltos en el sereno azul bajo las aguas movedizas... sí... tú y yo, hermosa mia... para siempre y sin fin mezclaremos nuestros besos.

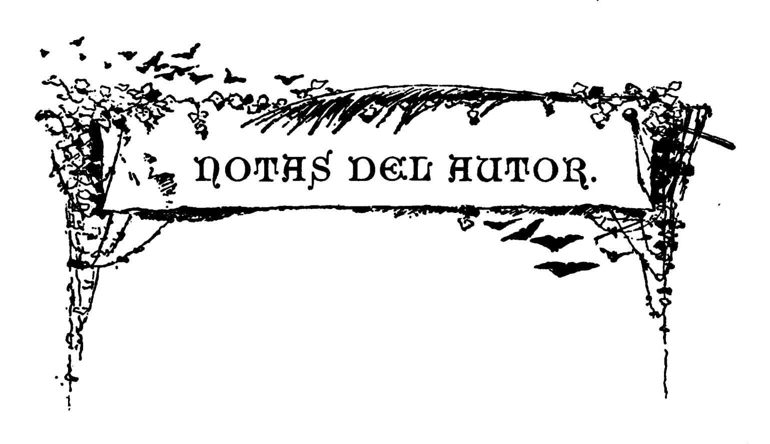
Y fuera de sí el cestero échase delirante sobre el cuerpo de Mireya... y el desdichado con abrazos frenéticos estrecha á la difunta. El cántico abajo en la iglesia óyese de nuevo resonar:

«¡Bellas Santas, soberanas de este llano de amargor, vosotras llenais cuando os place de pescados

nuestras redes ; mas á la multitud pecadora que á vuestras puertas se lamenta, blancas flores del arenisco, si es paz lo que le falta, colmadla de santa paz ! »

Mellana (Bocas del Ródano).
Dia de la Candelaria del año 1859.






## CANTO PRIMERO.

LA GRANJA DE LAS ALMEZAS.— (*Lou Mas di Falabrego.*) Las alquerías de Provenza se designan con los tres nombres de *Granjo, Bastido* y *Mas*. En la Provenza oriental se emplea con preferencia el de *Bastido,* en el condado el de *Granjo,* en el distrito de Arles y en el Languedoc el de *Mas*. Cada una de las alquerías lleva un nombre característico y distintivo: *Mas de la Font, Mas de l' Oste,* etc. La *falabrego* es el fruto del *falabreguié (celtis australis)*. Tanto la palabra *falabrego* como la palabra *Mas* tienen orígen céltico. La etimología de Marsella (Massalia) suele derivarse de *Mas Salyum,* habitacion de los Salyos.

LA CRAU.— Deriva el nombre de esta comarca de una palabra griega que significa *árido*. Se halla situada entre la cordillera de las Alpinas, los estanques de Martega, el mar y el Ródano. Puede considerarse como la Arabia Pétrea de Francia. Este territorio es poco fértil, pero el canal de Crapona le atraviesa y forma en él varios descansos placenteros.

MAGALONA.— De esta ciudad, que fué colonia griega y estaba situada en el litoral del departamento del *Herault,* queda hoy tan sólo una vieja iglesia arruinada. El señor *Moquin-Tandon,* poeta y socio del Instituto, ha compuesto con el nombre de *Carya Magalonensis* una ingeniosa crónica en lengua romana sobre los

principales sucesos que acaecieron en ella á principios del siglo XIV.

EL RAU.— Viento de Poniente que suele traer la lluvia.

BAUS.— La ciudad de Baus fué antiguamente capital donde habitaron los príncipes de su nombre. «A tres leguas de Arles y en una vertiente de las Alpinas, dice Julio Canonge en su historia de Baus, se hallan esparcidos los restos de una poblacion que por lo grandioso del sitio que ocupa, por lo antiguo de su fundacion y por la importancia que siempre ha tenido en los anales del país, atrae los pasos del viajero, exalta la imaginacion del artista y ofrece abundante incentivo á la curiosidad de los arqueólogos, aunque irrita y confunde á menudo su docta sagacidad.» — Hé aquí el modo como el mismo Julio Canonge describe la ciudad y la primera impresion que recibió de ella: — «Siguiendo por el estrecho valle, dice, incliéme ante una cruz de piedra cuyas ruinas santifican el camino, y al levantar de nuevo la cabeza quedé asombrado viendo ante mí un conjunto de torres y murallas posadas sobre una roca, de un modo que yo no habia visto jamas en parte alguna, como no fuese en obras de pintura inspiradas por las fabulosas narraciones del Ariosto. Pero si grande fué mi asombro en aquel momento, lo fué mucho más cuando hube subido á un altillo desde donde se veia toda la poblacion. Era aquello un cuadro de grandeza y desolacion como los que nos hace entrever la lectura de los Profetas. Era una cosa cuya existencia no habia yo imaginado siquiera. Era una villa casi monolita. Los primeros que tuvieron el pensamiento de habitar aquellos peñascos labraron su mansion cortando la roca viva. Este nuevo sistema de arquitectura fué del gusto de sus sucesores, porque la masa era extensa y compacta; y bien pronto se vió convertido en ciudad lo que antes era peña. De la misma manera que el artista labra una estatua desbastando la corteza del mármol que la encierra, asimismo fué labrada aquella ciudad que no tardó en ser una poblacion imponente, con fortificaciones, iglesias y hospitales. Brillantes hechos de armas le conquistaron un lugar honroso en la historia, mas á pesar del sistema de construccion que parecia asegurarle vida eterna, no resistió más que las otras á los embates del tiempo.»

El nombre de Baus, en provenzal, significa escarpamiento, precipicio, derrumbadero, y se aplica á la cadena de rocas donde se halla esta ciudad. La accion del poema comienza al pié de las ruinas de Baus.

VALABREGA.— Aldea situada en la ribera izquierda del Ródano, entre Aviñon y Tarascon.

FUENTE VIEJA.—Aldea situada en un valle de los Alpes no lejos de Arles.

LOS TIMBALILLOS SE HAN ROTO.—*(Li mirau soun crebá.)* Las membranas sonoras y lucientes que las cigarras tienen bajo el abdómen, se denominan en provenzal *mirau,* espejos. Es frase proverbial el decir *tiene los espejos rotos,* por *tiene la voz gastada.*

MARTEGAL.— Hijo de Martega. Martega es una villa de Provenza, poblada casi enteramente de pescadores, edificada sobre islotes, en medio del mar y de muchos estanques, lo que le ha valido el sobrenombre de *Venecia Provenzal.* Es patria de Gerardo Tenque, fundador de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalen.

LAS CANCIONES QUE SE CANTABAN CUANDO HILABA MARTA.— Frase proverbial en Provenza que significa: *en tiempos más dichosos; en el tiempo viejo.* Tal vez aluda esta expresion á Marta, la huéspeda de Cristo, la que despues de haber librado á Tarascon del monstruo que asolaba su territorio, segun dice la leyenda, acabó sus dias en una casita en las orillas del Ródano, donde hilaba modestamente el copo rodeada de sus neófitos.

LAS SANTAS.— Santas Marías de la Mar, es una pequeña poblacion de quinientas almas situada en la isla de Camarga, á la orilla del mar entre las bocas del Ródano. Una venerable y poética tradicion hace que acudan á ella el 25 de mayo de cada año multitud de gentes de todos los puntos de Provenza.

La tradicion refiere que despues de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo los judíos forzaron á algunos discípulos predilectos á que entrasen en una nave desmantelada, y les abandonaron á merced de las olas. Hay una cancion francesa que refiere dicho suceso en estos términos: — «Entrad, Sara, en la navecilla, — Lázaro, Marta y Maximino, — Cleon, Trofimo, Saturnino, — las tres Marías y Marcelo, — Eutropo y Marcial, — Sidonio y José de Arimatea, — vosotros perecereis en esta nave. — Id sin velas y sin jarcias, — sin mástil, sin áncora ni timon, — sin alimentos y sin remos.—Id á naufragar tristemente.—Idos de aquí, dejadnos en reposo.— Id á morir en medio de las olas.» — Conducida por la Providencia, la barquilla llegó á las costas de Provenza y abordó al extremo de la isla de Camarga. Los pobres desterrados, salvados milagrosamente de los peligros de la mar, se dispersaron por la Galia meridional y fueron los primeros que allí propagaron la fe. María Magdalena se retiró al desierto de la Santa Cueva para llorar sus pecados. Las otras dos Marías, María Jacobé, madre de Santiago el Menor, y María Salomé, madre de Santiago el Mayor y de san Juan Evangelista, acompañadas de Sara, su criada, despues de haber convertido á la nueva fe

algunas poblaciones vecinas, fueron á morir en el mismo lugar donde habian desembarcado. El señor *Laurens* que ha narrado y dibujado en el periódico *La Ilustracion* (tomo xx, pág. 7) la peregrinacion de las tres Marías, dice:—«Es opinion comun la de que un príncipe cuyo nombre no se designa, sabiendo que los cuerpos de las Santas yacian en aquel lugar, mandó edificar allí una iglesia en forma de ciudadela para que estuviesen á cubierto de las invasiones de los piratas. Hizo construir ademas en derredor de la iglesia varias casas y muros para su defensa. Las construcciones que se ven en el dia coinciden perfectamente con esta tradicion.—En 1448, despues de haber oido un sermon sobre la dicha que tenia la Provenza en poseer las reliquias de las tres Marías, el rey Renato fué á visitar la iglesia construida en honor de las Santas y mandó que se hiciesen excavaciones para encontrar los santos huesos. El buen éxito de la empresa fué señalado por un olor maravilloso que despidieron las reliquias bienaventuradas en el momento de ser descubiertas. Inútil es decir los muchos honores que se tributaron á tales reliquias y el cuidado que se tomó por su conservacion.»

Del mismo señor *Laurens*, es la siguiente descripcion del estado actual de la capilla y de la ceremonia que tiene lugar el dia de la fiesta.—«El coro de la iglesia presenta la particularidad de estar formado de tres pisos; una cripta que se cree ocupa el mismo lugar del antiguo oratorio de las Santas, un santuario más alto de lo acostumbrado y una capilla superior donde se hallan expuestas las urnas de las reliquias. Se encienden los cirios que tienen en la mano todos los concurrentes, y por medio de un cabrestante empieza á aflojarse un cable que sostiene la urna, la cual va descendiendo de la capilla superior. Este es el momento favorable para los milagros. En aquel instante se oyen las preces de los fieles que asisten á la ceremonia: ¡Santas Marías, curad á mi hijo! Tal es el clamor penetrante de muchas madres, que arranca lágrimas al hombre más empedernido. Cuantos están en la capilla entonan cánticos devotos y aguardan el momento de poder sentar sobre la urna á un pobre ciego, ó á un epiléptico, para que las Santas curen su enfermedad.»

El Senescal Juan de Cosa.—Era un señor napolitano que habia seguido al rey Renato. Fué gran Senescal de Provenza y murió en 1476. Su nombre es muy popular en Tarascon, donde el pueblo le atribuye la construccion del campanario de Santa Marta. Está enterrado en la cripta de dicha iglesia y tiene sobre la tumba su estatua yacente.

Los caballitos que danzan en Ex.—*(Chivau frus.)* Una de las costumbres tradicionales que se conservan en Provenza y par-

ticularmente en Ex para cooperar al regocijo público en el dia de Corpus, son los caballitos de carton pintado, cada uno de los cuales tiene un agujero en el centro donde se introduce un hombre que sujetándolo á la cintura va luego danzando con el caballito por las calles al son del tamboril.

Muriés.— Aldea situada al sud de las Alpinas.

## CANTO SEGUNDO.

Duermen su tercera dormida.— Los gusanos de seda se hallan en estado de larva sobre treinta y cuatro dias y luego cambian cuatro veces la piel. A cada muda se entorpecen y cesan de comer, y á esto se llama la primera, segunda, tercera ó cuarta *dormida.*

Vino cocido. — Es el mosto que saliendo del lagar se hace hervir en un caldero, y que despues de un año compite en gusto y color con los mejores vinos españoles. Los provenzales lo beben en sus festines y principalmente el dia de Navidad.

Gregal.— Viento Nordeste.

La cabra de oro.— Tesoro ó talisman que segun el pueblo fué escondido por los sarracenos en uno de los monumentos antiguos de Provenza. Unos creen que está en el mausoleo de San Remigio; otros en la gruta de Corda; otros debajo de las rocas de Baus. «Esta tradicion, dice Jorge Sand en sus *Visiones nocturnas en el campo*, es universal. Pocas ruinas hay, pocos castillos ó monasterios, pocos monumentos célticos donde no se suponga escondido un tesoro, y siempre el tal tesoro está guardado por un animal diabólico. M. Jules Canonge, en una preciosa coleccion de cuentos meridionales, ha presentado como graciosa y benéfica la aparicion de la cabra de oro, guardadora de riquezas ocultas en las entrañas de la tierra.» La tradicion de un tesoro que toma diversas formas, todas significativas, está verdaderamente muy extendida. Se la encuentra en todos los pueblos y va unida á los recuerdos más antiguos sin dejar de ser siempre viviente. M. D'Anselmo, en su obra titulada *Mundo Pagano,* tomos cuarto y quinto, explica el orígen de esta tradicion con todas sus transformaciones.

## CANTO TERCERO.

El moscatel de Bauma y el vino de tomillo.—Bauma es una aldea del departamento de Valclusa que produce moscatel muy rico. El vino de tomillo se cosecha en las colinas de Graveson (Bocas

del Ródano), y lleva este nombre por su fragancia, semejante á la del tomillo.

Has nacido vestida. — (Literalmente: has nacido con gorra.) El nacer con una especie de membrana que envuelve la cabeza, es á los ojos del pueblo señal de buena suerte.

Pamparigusta. — Pais imaginario.

El Vantur. — Alta montaña á 48 kilómetros nordeste de Aviñon, aislada y escarpada, que se levanta hasta 1,911 metros sobre el nivel del mar. La mitad del año está coronada de nieve y se la ve á distancia de 40 leguas. Uno de sus apéndices se llama el *Ventouret*, y el viento que viene de aquel lado la *Ventouresо* ó sea la brisa del Vantur.

Estefanía de Gantelmo.—Estefanía, de la noble familia de Gantelmo, presidia hácia el año 1340 la corte de amor de Romanin. Sabido es que las cortes de amor eran tribunales poéticos donde las damas nobles y hermosas, instruidas en el *Gay saber*, juzgaban las cuestiones de galantería y los litigios de amor y adjudicaban los premios á la poesía provenzal. La bella y célebre Laura, cantada por el Petrarca, era sobrina de Estefanía de Gantelmo, y formaba parte del gracioso areopago. No lejos de San Remigio, al pié de la vertiente septentrional de las Alpinas, se ven todavía las ruinas del castillo de Romanin, á las cuales ha dado la tradicion el nombre de *Castillo de amor*.

La condesa de Die.—Célebre trobadora de mediados del siglo xii. Los cantos que de ella nos quedan contienen versos más apasionados á veces y más voluptuosos que los de la misma Safo.

La Rumeca. — Especie de vampiro meridional, negro, y que tiene 20 patas de araña, segun el marques de Lafaire-Alais en sus *Castagnados*.

Luberon.—Cadena de montañas del departamento de Valclusa.

Valmasca. — Valle de Luberon. (*Vau masco:* valle de los brujos.)

## CANTO CUARTO.

Entresen. — Uno de los lagos de Crau.

Las Antiguallas.— A media hora de San Remigio, al pié de las Alpinas se elevan, uno al lado de otro, dos hermosos monumentos romanos. El uno es un arco de triunfo; el otro un magnífico mausoleo que consta de tres gradas, y sobre ellas diez columnas corintias que sostienen una cúpula. Entre las columnas se ven dos estatuas de pié. Son estos los postreros vestigios de *Glanum*, colonia marsellesa destruida por los bárbaros.

La Camarga. — Vasto delta formado por el Ródano. Esta isla,

que se extiende desde Arles hasta el mar, contiene 74,727 hectáreas de superficie. La inmensidad de sus horizontes, el imponente silencio de sus llanuras, su extraña vegetacion, su espejismo, sus lagunas, sus enjambres de mosquitos, sus numerosos rebaños de bueyes y de caballos salvajes, admiran al viajero, y le recuerdan las pampas de la América meridional.

El Vacarés. — Es un grande conjunto de marjales, de estanques salados y de lagunas, situado en Camarga. Vacarés significa en provenzal *lugar de muchas vacas*.

A la luz de nuestra lámpara. — *(A la clartá de nostro moco.)* La *moco* es un tarazon de caña que se suspende en las granjas de las vigas del comedor. En su extremo inferior sostiene la lámpara romana llamada *caléu*.

La Camarga salvaje. — (En provenzal simplemente *el salvaje*, ó *el lugar salvaje.)* Vasta comarca desierta llamada tambien Camarga menor. Linda al Este con el Ródano que la separa de la Camarga, al Sud con el Mediterráneo, al Oeste y Norte con el Ródano Muerto y con el canal de Aguas Muertas. Es el principal lugar donde viven los toros negros salvajes.

Faraman, Albaron y Aguas Muertas. — Aldeas de Camarga. En la última de ellas se embarcó dos veces San Luis para Tierra Santa, y en 1539 tuvieron allí una entrevista Carlos V. y Francisco I.

Selva Real.—Bosque de pinos parasoles en la Camarga menor. Un fuerte que domina la isla se llama tambien fuerte de Selva Real.

## CANTO QUINTO.

Olimpo. — Alta montaña en los confines de Var y de las Bocas del Ródano.

Queiras. — Valle de los altos Alpes.

La yerbecilla rizada. — *(L' erbeto di frisoun.)* Es la *valisneria spiralis* de Linneo, que se encuentra en el Ródano y en los estanques vecinos.

Sembraban ambos su trigo, su hermoso trigo de luna.—*Hacer trigo de luna* significa en provenzal robar trigo á la luz de la luna. *Trigo de luna* en sentido figurado designa las citas amorosas.

Juan del Oso. — Héroe de los cuentos de vieja, especie de Hércules provenzal, al cual se atribuyen multitud de hazañas. Era hijo de una pastora y de un oso que la habia robado, y tenia por compañeros de sus glorias dos aventureros de prodigiosa fuerza, llamado el uno *Arranca-montaña* y el otro *Piedra de molino*. M. Hi-

pólito Babou ha narrado la historia de Juan del Oso en sus *Paganos inocentes.*

La Santa Cueva. — Célebre gruta situada en medio de un bosque vírgen, cerca de San Maximino (Var), donde se retiró Santa Magdalena para hacer penitencia.

Sobre el puente de Trinquetalla los duendes danzaban. — Los duendes de que aquí se habla son los llamados en provenzal *Trevo*, que danzan sobre las olas cuando el sol ó la luna rielan en las aguas. Trinquetalla es un arrabal de Arles situado en la Camarga y unido á la ciudad por un puente de barcas.

## CANTO SEXTO.

San Martin, Malsana. — Aldeas de la Crau.

La Tolobra.— Riachuelo que desagua en el estanque de Berre, despues de atravesar el territorio de Salon, patria del poeta Crusillat.

Nostradamus. — Miguel de Nuestra Señora *(de Nôtre Dame)* ó Nostradamus, nació en San Remigio en 1503, y murió en Salon en 1565. Practicó la medicina con grande éxito en tiempo de los últimos *Valois*. Dedicóse ademas á las matemáticas y á la astrología, y publicó en 1557 con el nombre de *Centurias* las famosas profecías que han popularizado su nombre. Carlos IX le tomó por médico y le colmó de honores.

El Antro de las Hadas. — M. Jules Canonge le describe de este modo: — «Al fondo de una garganta á que se da muy bien el nombre de *Infierno*, he bajado á la gruta de las Hadas; mas en lugar de los graciosos fantasmas con que mi imaginacion la habia poblado, no he encontrado allí más que bóvedas bajo las cuales hay que arrastrarse; peñas amontonadas, murciélagos y profundidades tenebrosas. He dicho ya que era propio el nombre de Infierno con que se ha designado á este lugar, y en efecto, en ninguna parte he podido ver un conjunto de rocas más extrañamente dispuestas. Estas rocas se levantan, se ahondan, se prolongan sobre el vacío, formando gigantescos entablamientos, jardines aéreos que sostienen vegetaciones desmelenadas; se abren por el mismo estilo que la peña de los Pirineos, hendida por el puñal de Orlando.» *(Historia de la villa de Baus.)*

Comparando la descripcion del infierno del Dante con aquel paisaje trastornado, ciclópeo y fantástico, uno se convence de que el poeta florentino que viajó por aquellas comarcas y pasó por Arles, visitó tambien la villa de Baus, 'sentóse en los derrumbaderos del valle del Infierno, y admirado de aquella grandiosa desolacion debió concebir en medio de aquel cataclismo

de piedras la configuracion y el carácter sombrío de su Infierno. Todo, en efecto, contribuye á corroborar esta idea, pues el nombre que lleva la garganta, la forma de anfiteatro que presenta, y las grandes rocas que forman las gradas, todo recuerda las descripciones del poeta italiano, y ademas el nombre de *balzo* con que éste designa los escarpamientos de su lúgubre embudo, es el mismo nombre de *baus* italianizado.

San Trofimo. — Catedral de Arles levantada en el siglo vii por el arzobispo san Virgilio. Federico Barbaroja fué consagrado emperador en ella en 1178.

Hácia el tiempo en que la vieja irritada lanza á Febrero su coz.— Los aldeanos del Mediodía han observado que los tres últimos dias de febrero y los tres primeros de marzo llevan casi siempre consigo un aumento de frio, y hé aquí el modo como su poética imaginacion explica este hecho: — Una vieja guardaba una vez sus ovejas. Era á fines de febrero, el cual no habia sido riguroso aquel año. La vieja creyéndose librada ya del invierno se permitió mofarse del febrero diciéndole: — « Adios, febrero; con tus heladas no me has levantado la piel.» La chanza de la vieja enoja al febrero, el cual va á encontrar al marzo: « Marzo, hazme un favor. » « Dos si quieres ,» contesta el oficioso vecino. « Préstame tres dias, y con los tres que me quedan y los tres tuyos, yo levantaré su piel. » Al momento se puso malo el tiempo, la escarcha mató la yerba de los campos, las ovejas de la vieja murieron sin faltar una, y la vieja, dicen los aldeanos, *reguignavo*, echaba coces.

Varigula. — Profunda caverna del Luberon.

Fanfarigula. — Valle de la Crau.

El paso de la Sambuca. — Desfiladero temido por los viajeros. Está situado en las montañas de la Sambuca al oriente de Ex.

Corda. — « Al oriente de Arles se levantan dos colinas que primitivamente debieron formar una sola, pero que hoy están separadas por una laguna. En la cima pelada y chata de la más baja, los celtas practicaron una excavacion cubierta de peñas gigantescas. Los sarracenos acamparon segun se dice sobre esta colina, y en memoria de Córdoba le dieron el nombre de Corda que ha conservado. Hay tradiciones maravillosas que animan y poetizan este collado como la de la *Culebra-Hada,* Melusina provenzal, y más principalmente la de la Cabra de oro que muestra los tesoros ocultos, pero vuelve tristes para siempre en medio de sus riquezas á los que no las merecen. La otra colina que es más grande lleva el nombre de Montemayor.» (Julio Canonge: *Ilustracion* de 29 mayo de 1852.)

Sobre esta colina se hallan las ruinas gigantescas de la célebre

abadía de Montemayor. En cuanto á la gruta de Corda lleva tambien el nombre de Antro de las Hadas como la cueva de Baus, y segun la creencia popular, estas dos grutas comunican entre sí.

## CANTO SÉPTIMO.

Pedir el huevo de la gallina blanca.—(Frase proverbial en Provenza, que equivale á pedir peras al olmo ó buscar tres piés al gato.) Los brujos iban á las encrucijadas con una gallina blanca, por la noche y á la luz de la luna evocaban al diablo, repitiendo tres veces esta expresion: «Por la virtud de la gallina blanca.» Juvenal hablando de un hombre feliz le llama «hijo de gallina blanca.»

Los dias infaustos de la vaca. — *(Li vaqueirieu).* Son los tres últimos dias de marzo y los cuatro primeros de abril, período temido por los aldeanos. Hé aquí la continuacion de la fábula de la Vieja que da la razon de este temor: — Cuando la vieja hubo perdido las ovejas compró una manada de vacas, y habiendo llegado sin tropiezo á fines de marzo dijo imprudentemente: «Escapándome del marzo he salvado mis vacas y mis añojos.» Marzo picado de la broma va en busca del abril: «Abril, le dice, no tengo más que tres dias; préstame cuatro de los tuyos y arreglaremos cuentas con la vieja y sus vacas.» Abril consintió en el préstamo. Una helada tardía destruyó toda vegetacion, y la pobre vieja perdió su vacada.

La mesa de Navidad. — El dia de Navidad es la principal fiesta de los provenzales. Hé aquí una descripcion de esta fiesta que primitivamente formaba parte del poema, y que el autor suprimió para evitar prolijidades.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Ah, Navidad, Navidad! ¿qué se ha hecho tu dulce paz? ¿Dónde están los rostros sonrientes de los muchachos y de las niñas? ¿Dónde está la mano callosa y trémula del anciano que bendice la mesa del convite?

En aquel tiempo el mozo arador deja temprano el surco, y criadas y pastores se marchan diligentes. Descansando el cuerpo de los duros trabajos, se dirigen á su casita de tapia á comer con sus padres un grano de ajo, y á poner alegremente con ellos el nochebueno en el fuego.

Sobre la mesa de álamo ya llega del horno el pan de Navidad adornado con ramos de acebo. Ya se encienden las tres candelitas nuevas, sagradas y claras, y en tres blancas escudillitas germina el trigo nuevo, primicias de la siega.

Un negro y grande guadapero vacilaba de vejez. El hijo mayo-

de la casa llega, le corta por el pié, le quita las ramas á grandes hachazos, y cargándoselo al hombro viene á depositarlo con respeto á los piés de su abuelo cerca de la mesa de Navidad.

El venerable abuelo no quiere renunciar en modo alguno á sus viejas costumbres. Levanta por delante el ala de su ancho sombrero, y vase apresurado á buscar la botella. Pónese su larga almilla con mangas hechas de jerguilla, y su cinturon y sus calzas nupciales y sus polainas de cuero.

En tanto la familia á su alrededer se remueve gozosamente.— Conque, ¿echamos el tizon, chicos?—Sí, responden todos con presteza.—¡Alegría! exclama el anciano; ¡alegría! ¡alegría! ¿Que Nuestro Señor nos colme de alegría! ¡Y si otro año no somos más, buen Dios, haced que no seamos menos!

Y llenando el vaso de clarete ante la cuadrilla placentera, lo derrama tres veces sobre el frutal. El más jóven coge el árbol por un extremo, el anciano por otro y los hermanos y hermanas se colocan en medio, y por tres veces le hacen dar vuelta al fuego y por tres veces le hacen dar vuelta á la casa.

Y lleno de alegría el buen abuelo levanta el vaso de vidrio.— ¡Oh fuego! dice él, ¡fuego sagrado, haz que tengamos bienestar! ¡Haz que mi oveja dé á luz felizmente sus pequeños, y que mi lechona sea fecunda, y que mi vaca nos dé muchos terneros, y que mis hijas y mis nueras alumbren felizmente!

¡Tizon bendito, enciende el fuego! Al momento, cogiendo el tronco con sus manos morenas, lo echan entero en el grande hogar. Entonces veriais tortillas con aceite, y caracoles con ajiaceite, que inundan aquel bello festin, y vino cocido, y nuégados de almendra, y frutos de la viña.

Con una virtud fatídica veriais lucir las tres candelitas; veriais salir espíritus de las grandes llamas; veriais el pábilo inclinarse hácia el que el año siguiente ha de faltar al banquete; veriais los manteles quedarse blancos bajo un carbon encendido y los gatos quedar mudos...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Monte de Verga.— Colina al levante de Aviñon.

El Santo Pilon.— Nombre del picacho donde está la cueva de Santa Magdalena.

Habré trabajado como un sátiro.— Expresion de Provenza. Los antiguos tomaron quizas á los negros salvajes por divinidades de los bosques, á quienes llamaron sátiros. Por esto en la imaginacion del pueblo, *trabajar como un sátiro* y *trabajar como un negro,* habrán acabado por ser frases sinónimas.

## CANTO OCTAVO.

Magalona.— Segun un romance antiguo de caballería tan popular como el de los cuatro hijos Aymon, el conde Pedro de Provenza despues de robar á Magalona hija del rey de Nápoles, huyó con ella por montes y valles. Un dia que Magalona se habia dormido á la orilla del mar, un ave de rapiña robó un dije de sándalo que brillaba en el cuello de la princesa. Su amante se embarcó en una barquilla para seguir al ave robadora, mas de repente se desató una tempestad y llevóse á Pedro hasta Egipto, donde el Soldan le acogió y le colmó de honores. La hermosa Magalona dispertó, y llorando se puso á buscar á su amante. Despues de muchas aventuras romancescas se encontraron los dos en Provenza, donde Magalona convertida en abadesa habia fundado un hospital, á cuyo alrededor segun la fabulosa crónica se levantó más tarde la ciudad de Magalona.

El pico de Santa Victoria. — Está situado al oriente de Ex. Su nombre deriva de la victoria que por allí cerca ganó Mario sobre los Teutones.

San Gent.— Jóven labrador de *Monteux* que á principios del siglo xi se retiró á la garganta de Bauset (cerca de *Vaucluse)* para vivir allí como ermitaño. Su ermita y la fuente milagrosa que hizo brotar el santo tocando una roca con los dedos, son objeto de continuas romerías.

## CANTO NOVENO.

Altén.— Juan Altén fué un aventurero Armenio que en 1774 introdujo el cultivo de la rubia. En 1850 se le ha elevado una estatua sobre la roca de Aviñon.

Gult.—Aldea del distrito de *Vaucluse* que ha dado su nombre á una de las casas más ilustres de Provenza.

La Tarasca.— Monstruo que segun la tradicion asolaba las cercanías del Ródano y que fué domado por santa Marta. Cada año los habitantes de Tarascon celebran la sujecion de la Tarasca sacando por las calles un simulacro de este monstruo. A veces se anima esta fiesta con varios juegos. El del Venablo y el de la Bandera que se mencionan en el poema consisten en hacerlos voltear con gracia ó lanzarlos á gran distancia y alcanzarlos con destreza.

A las voces de ¡ la Tarasca ! ¡ la Tarasca ! —*( ¡ Lagadigadeu* , la Tarasca ! ) *Lagadigadeu* es el célebre estribillo de una cancion

popular que se atribuye al rey Renato y que se canta en Tarascon en las fiestas de la Tarasca.

La Condamina.—(*Campus domini.*) Es un barrio de Tarascon. El nombre de Condamina se encuentra en muchas poblaciones del mediodía de Francia.

Tramontana.— Nordeste. Viento Nordeste.

## CANTO DÉCIMO.

Venza.— Pequeña poblacion de Var, antiguo obispado.

Duranzolas.— Canales derivados de la Duranza.

Valenzola.— Pequeña poblacion de los bajos Alpes.

De Oriente á Poniente y de Septentrion á Mediodía.—Literalmente: de sol á sol y de viento á viento, locucion usual de Provenza.

## CANTO UNDÉCIMO.

La Huveauna.—Riachuelo que nace en la Santa Cueva (Var), pasa por Aubagna y desagua en Marsella, al extremo del paseo del Prado. Una piadosa y poética leyenda atribuye su orígen á las lágrimas de Santa Magdalena.

Guardará el recuerdo grabado en la piedra.— Se ha visto en la nota del canto primero sobre las Santas Marías que la barca de los santos proscritos abordó á la extremidad de la Camarga. Estos primeros apóstoles de las Galias siguieron el Ródano hasta llegar á Arles, y desde allí se dispersaron por el Mediodía. De José de Arimatea se dice que fué hasta Inglaterra. Esta es la tradicion de los arlesianos. La tradicion de los habitantes de Baus toma en este punto la Odysea de las santas mujeres y la continúa. Segun esta tradicion, las santas predicaron la fe en las Alpinas, y para eternizar el recuerdo de ello, grabaron milagrosamente sus imágenes en una roca. Al oriente de la peña de Baus se ve todavía el misterioso y antiguo monumento que acredita esta tradicion. Es un enorme pedazo de roca que resalta en la pendiente de un precipicio; está tallado en forma de aguja, y en su lado oriental tiene esculpidas tres figuras grandiosas, objeto de veneracion por parte de las poblaciones vecinas.

## CANTO DUODÉCIMO.

Argens.— Riachuelo del departamento de Var.

Mellana.— (En provenzal *Maiano;* en frances *Maillane.*) Lugar del distrito de Arles, patria del autor.

Limosna florida.—Limosna dada por un pobre que la recibió á otro pobre: poética frase, que significa por extension *beneficio raro*.

# Notas del traductor.

## CANTO PRIMERO.

La Granja de las Almezas.—En el original lleva el nombre genérico de *Mas*. Esta palabra es corriente en Cataluña, pero no en Castilla, si bien la Academia de la lengua la admite como provincial, sin duda por el uso de los aragoneses quienes conservan mayor analogía con la nomenclatura catalana.

Su frescura incita mis deseos.—Literalmente: Su frescura me hace *lingueto*. Palabra intraducible que se repite riendo y enseñando algo de lejos para incitar á alguno. Puede corresponder á *dentera*.

Buen Dios, Dios protector.—Literalmente: Dios bello, Dios amigo.

El viento de mar agita las hojas.—Textualmente: el *ventlarg*. Llámase así el viento de alta mar en términos de náutica.

¡Cuántas arriscadoras serán necesarias!—En este pasaje contiene el texto en boca de Vicente la exclamacion característica: *¡Caspitello!* Su correspondiente en castellano: *¡caspitina!* cambiaria la entonacion y afearia el estilo, no siendo fácil sustituirla con otra alguna.

¡Brindemos, abuelo!—Literalmente: brindemos, padre. Este es el título que suele darse á los ancianos en Provenza, como en Aragon el de tio.

El baile Sufren.—Pedro Andres Sufren, que nació cerca de Ex, fué *baile* y gran cruz de la órden de Malta. Hizo en 1747 sus primeras armas contra los ingleses, y en 1778 era comandante de bajel en la escuadra del almirante Estaing destinada á las Indias. En 1781 dirigió una expedicion para llevar refuerzos al Cabo de Buena Esperanza, y en 1782 fué nombrado comandante

de la escuadra francesa en las costas de la India. La paz con los ingleses se concluyó en 1783, y en 1788 acaeció la muerte de Sufren.

ANTIBES.— *(Antibo.)* Es la Antípolis de la época grego-romana.

DESPUES LES DAREMOS MANJAR DE OTRO CESTO. — La expresion *dar higos de otro cesto*, proverbial en Provenza y en Cataluña, equivale á dar lo malo despues de lo bueno ó lo peor despues de lo malo. *Esto son higos de otro cesto* corresponde á la frase española: *esto es harina de otro costal.* El texto dice literalmente: *que prueben ahora los higos de Antibes, que ya se los daremos de otro cesto.*

LLEVÁNDOTE EN PALMAS TE ALZARÁN POR REY. — Literalmente: te llevaríamos como rey en la punta del dedo.

CUANDO HILABA MARTA. — Segun puede verse en Lentheric que cita un pasaje de Plutarco, llamábase Marta una Syria que acompañaba á Mario en su expedicion contra los Cimbrios. Esta Marta pasaba por profetisa y parece que dejó fama en la comarca. No es imposible que su recuerdo aparezca hoy amalgamado con los recuerdos de la historia evangélica.

¡OH SANTAS, VOLVEDME LA VISTA Y OS TRAERÉ MI CORDERILLO! — Literalmente: mi corderillo cornudo.

NIMES. — Creen algunos que la ciudad de Nimes debió parte de su esplendor á los Focios. Cuando los Romanos la conquistaron llevaba el nombre de *Nemausus* y era la capital de los Volscos Arkómicos (raza céltica). En el dia es despues de Roma la ciudad que conserva mayor número de monumentos romanos, entre los cuales es notable el Anfiteatro ó *las Arenas* que se menciona en el poema. El estudio de los monumentos induce á creer que el arte griego habia penetrado poco en ella formando sobre este punto contraste con Arles.

DESCALZOS LOS PIÉS Y SIN CAPAS. — Úsanse en Provenza dos clases de capas ó capotillos. La una llamada *vesto* forma parte principal del traje de los aldeanos; no es muy larga y suele llevarse echada simplemente sobre el hombro. La otra se llama *reboundo;* es de la misma forma que la *vesto*, pero es más larga y la usan los ricos cortijeros y los guardianes de bueyes y caballos. En los pasajes del poema se distingue una y otra clase de capote.

EX (AIX). — Atribúyese la fundacion de esta ciudad al cónsul romano Cayo Sextio Calvino, quien encontró en su territorio las aguas termales y quiso que llevasen su nombre. *(Aquæ Sextïæ).* La palabra Aix debe interpretarse sencillamente en el sentido de aguas (*Aigs, Aigos*). La costumbre de salir los caballitos de carton no es privativa de Ex ni áun de Provenza, pues ha existido en Barcelona hasta una época muy reciente.

¡ HUBIESEIS VISTO BRINCAR EL CRI! — ¡*Miradle!* añade el texto. Esta vivacidad nos ha parecido harto atrevida en lengua de Castilla.

NO HAY CIERVO NI LIEBRE QUE CORRA CON TANTA LIGEREZA.— Literalmente: con tanto nervio.

LOS TEJOS SUENAN. — Los discos que sirven de tejo en las fiestas provenzales son de acero y se llaman *palet* ó *cimbaleto.*

EL DISTINTIVO DEL MÁS FUERTE. — Literalmente: las bragas del más fuerte.

## CANTO SEGUNDO.

MEJOR QUE ELLA TENEIS LA CINTA. — Literalmente: teneis el hilo.

DE LA CABEZA Á LOS PIÉS NADA TE FALTA. — Literalmente: de los hombros á la cadera.

QUÉ TIENE DE MÁS EL JILGUERO QUE EL REYEZUELO.— El pájaro de que aquí se habla no es propiamente el reyezuelo sino el *motacilla troglodytes* (en provenzal *mistoulino).* Empero á este no le conocemos nombre vulgar en español y por su semejanza con el reyezuelo se le suele llamar así.

HABRIAS DE VIVIR DEL AIRE. — Literalmente: podrias comer *regardello.* Comer miradas, comer con los ojos.

LE DICE CON UN GESTO DE CARIÑO. — Literalmente: le dice con su boca amiga.

CAEN AMBOS ABRAZADOS SOBRE EL BLANDO COMINILLO. — *Toumbon embesouna:* caen engemelados, abrazados como dos gemelos.

QUE BAJO LOS PEÑASCOS DE BAUS LAME EL MUSGO DE LAS ROCAS. — El texto concreta *Baus-maniero*, para distinguir el sitio aludido de *Baus-besso*, *Baus-mirano* y otras localidades del mismo territorio.

INMÓVIL Y COMO ALELADO. — Literalmente: inmóvil como un *sueña fiestas.* Expresion provenzal que se aplica á los que se quedan absortos y embobados cuando les domina un pensamiento.

## CANTO TERCERO.

HACEN CASTILLOS EN EL AIRE.—Literalmente: castillos en Provenza. Corresponde á la frase francesa: *chateaux en Espagne.*

EL CARRO LLENO DE GARBAS. — Literalmente: el grande carro del garbeador errante.

FARANDOLA. — Danza provenzal.

AGONIZAR DE AMOR. — Literalmente: alamparse.

EL CASTILLO DE IF. — La islita de If se encuentra enfrente de Marsella junto á las islas fortificadas de Ratonneau y de Pomegue. La isla de If es una roca erizada de baterías en donde hay torres y edificios que han servido de prision de estado. El nombre de If corresponde á tejo *(taxus)*, árbol semejante al abeto que lleva una frutilla venenosa.

EL VANTUR. — Es bastante comun entre algunos geógrafos el designar á esta montaña con el nombre de *Ventoux* ó monte Ventoso; pero la pronunciacion local es Vantur, y el autor del poema insiste sobre este punto haciendo notar que los derivados, como se ha visto, conservan la *r*.

ADELAIDA. — La forma provenzal de este nombre es Azaláis.

## CANTO CUARTO.

MARTEGA. — En francés *Martigues*. La situacion exacta de esta villa se encuentra sobre la laguna de Caronte entre el estanque de Berre y el golfo de Fos.

ELZEAR. — La forma provenzal de este nombre en el poema es *Urriás*.

DE QUE ACEPTASES MI REGALO. — Literalmente : de que aceptases *mi librea*.

EL HERRADERO. — En *Theágenes y Chariclea* cuenta Heliodoro que Theágenes corre sobre un caballo blanco detrás del toro que se habia escapado del sacrificio, le alcanza, le coge por el cuello, se deja arrastrar por el bruto y luego haciéndole la zancadilla le obliga á bajar la cabeza hasta el suelo. Las corridas populares de Provenza reproducen este episodio. Los guardianes y los luchadores de Camarga renuevan la *Keratisis* griega tal como se halla representada en las medallas de Lerissa, de Phere, de Tricca y demás villas Thesalienses y que se encuentra tambien en los bronces de *Massalia*.

FARAMAN, ALBARON Y AGUAS MUERTAS.— Es conocida la situacion de la última de estas poblaciones en el golfo de su nombre, en medio de las charcas y junto al canal navegable que la une con Bellcaire. Faraman se halla al occidente de la boca mayor del Ródano, casi en el meridiano de Arles. Albaron está situada junto al Ródano menor y en el sitio donde éste, retrocediendo algo en su camino, forma una curva hácia el Norte.

EL TORO Y EL DOMADOR RUEDAN POR EL SUELO. — Literalmente: el cristiano y la bestia.

## CANTO QUINTO.

ANTES DE VOLVERSE CONTRA LOS PERROS. — Literalmente: contra *las perras.*

LE CANTABA: ¡ VUELVE POR OTRA! — Literalmente: le cantaba: *lingueto! lingueto!* Una poesía de Roumanille dedicada á las bodas de Teodoro Aubanel tiene el siguiente estribillo: *Nouvieto! Nouvieto! — Urouso emé toun novi au bras — Fas gau, e nous fas — lingueto.*

SU HERMOSO TRIGO DE LUNA, REGALO FLORIDO. — Literalmente: cestada florida.

SIÉNTASE EL MALVADO EN LA POPA. — Textualmente: *lou fenà*, que significa *mala pieza, hombre desalmado*, etc. Mistral ha hecho notar que Horacio hablando de un hombre malo dice *fenum habet in cornu*, y que este dicho proverbial de los Romanos tenia su orígen en la costumbre de poner heno entre los cuernos de los toros bravos para advertir el peligro.

## CANTO SEXTO.

SE HUBIESE BATIDO COMO UN LEON. — Literalmente: como una granizada.

COMO EL TIGRE DE LOS BOSQUES. — Literalmente: como la tigra, la hembra del tigre.

MONTEMAYOR. — «En los restos de la antigua abadía cuya fundacion remonta al siglo x, se encuentran todos los estilos: las plenas cintras severas del arte románico, las delicadas ojivas de la edad media y la ornamentacion graciosa del renacimiento. Todo ello no es más que una ruina, conservándose solamente en pié una capillita que lleva el nombre de Santa Cruz. Los monjes de San Benito, que obedeciendo á las inspiraciones de su fe y guiados por una elevacion natural de carácter supieron siempre escoger los lugares de residencia con exquisito gusto y nobleza de imaginacion, encontraron á propósito para sus tareas la colina de Montemayor y fueron allí depositarios de las ciencias.» (LENTHERIC: *Grèce et Orient en Provence.)*

## CANTO SÉPTIMO.

MAESTRAL. — Viento intermedio entre el Poniente y la Tramontana, segun la denominacion que se usa en el Mediterráneo.

UN CUALQUIERA, UN TUNANTE HA BASTADO PARA ENGAÑARTE. — En provenzal *s' enconcourdà*, que traducimos por *engañarte,* sig-

nifica propiamente *comprar calabaza por melon* y se aplica al que se engaña, al que se malcasa. Corresponde á la frase castellana *tomar gato por liebre.*

TRES VECES AL REDEDOR DE LA HOGUERA DAN VUELTA.— Literalmente: tres veces hacen en las llamas la *Bravado.* «*Bravado* significa las descargas de mosquetería que se hacian antiguamente en el momento de encender el fuego de San Juan; y por extension ceremonias preliminares y salto de este fuego.» De este modo explica el autor el sentido de la palabra.

## CANTO OCTAVO.

LA CRAU INMENSA Y PEDREGOSA. — Segun los geólogos, en época posterior á las últimas dislocaciones del suelo, se produjeron dos formidables diluvios sobre las cuencas de la Duranza y del Ródano, y cantidad innumerable de rocas desprendidas de los Alpes fueron arrastradas y trituradas por las aguas hasta lo que entonces era golfo donde formaron los cantos rodados un amasijo de veinte metros de altura en una extension de bastantes kilómetros. La que actualmente se llama *Crau de Arles* mide unas 35,000 hectáreas, pero la Crau primitiva mucho más extensa puede observarse en San Remigio, en Languedoc, etc. Plinio designa á esta region con el nombre de *campos pedregosos* y dice que conservan el recuerdo de los combates de Hércules.

LOS SALTONES. — *(Mantis religiosa.)* Se llaman en provenzal *prego Dieu.*

EL VALLELARGO.—*(Vaulongo.)* Valle de las Alpinas.

QUE SE DESPACHE EN PREPARAR LA CENA. — *(Póu alesti lou bouiabaisso.) Lou bouiabaisso* es un manjar que usan los pescadores provenzales. Consiste en una especie de guisado que se hace con pescado cocido, condimentado con ajo y luego se vierte sobre un pedazo de pan y se come de este modo.

## CANTO NOVENO.

CUANDO SIMON Y LA CRUZADA FRANCESA VINIERON IMPETUOSOS. — Se refiere á la lucha de los Albigenses. «Habiendo sido asesinado Pedro de Castelnau, uno de los legados del Papa que predicaban contra la herejía, se atribuyó este asesinato al conde Raimundo de Tolosa, y el Papa resolvió *unir la espada de san Pablo con las llaves de san Pedro*, y envió como legado á Milon. encargándole que predicase una cruzada contra los herejes. Este Milon reunió muchas tropas, las cuales bajo el mando del

feroz Simon de Montfort ocasionaron grandes desastres. El conde Raimundo, para impedir los males de la guerra, se humilló en extremo y pidió que se le absolviese de la excomunion; empero sus enemigos le obligaron á hacer armas contra su misma tierra, y el conde lleno de despecho abrazó de nuevo el partido de los Albigenses y sostuvo la guerra con ellos. Terminó esta guerra con la batalla de Muret en la cual fueron derrotados los Albigenses.» (Leon Morel: *Historia de Provenza.)*

Caballero de la Tarasca. — Llevan este título los jóvenes principales de la comarca encargados de la direccion de las fiestas. La *órden provenzal de los caballeros de la Tarasca* fué fundada por el rey Renato en 14 de abril de 1474.

## CANTO DÉCIMO.

La Camarga. — La grande isla de Camarga, escribe Lentheric, tiene actualmente una extension de 75,000 hectáreas de las cuales corresponden 52.000 al municipio de Arles y 23,000 al de Santas Marías. Divídese en tres zonas distintas: las tierras cultivadas, las tierras de pasto, y la region de las dunas y pantanos. En las tierras cultivadas se hallan más de doscientas casas de labranza, con bosquecillos, olivares y jardines, y se cosechan cereales de superior calidad. El resto es un pais de caza y de pesca, y en el litoral es muy extensa la zona de las dunas movibles y de las charcas. El hombre se halla raramente en aquellas soledades donde la fiebre palúdea es un peligro ordinario, y sólo aprovechan tales terrenos para el ganado. Durante seis meses del año más de 200,000 cabezas de ganado lanar, vigiladas por algunos pastores, pacen allí la yerba salada. Los toros negros y los caballos blancos vagan con toda libertad en aquellas estepas cuyo silencio solemne produce una impresion indefinible de tristeza. La sal aparece en todas partes, y sus eflorescencias blanquizcas relucen con el sol como carillas microscópicas de cristal pulverizado. La flora de las dunas y marjales es deslucida y pobre. Algunos arbustos desmedrados aparecen sobre el terreno fangoso de los estanques. Plantas leñosas de sabor amargo, sosas, juncos y algunas gramíneas raquíticas forman todo el tapiz vegetal. Únicamente las aves indígenas y las del África y del Oriente se encuentran á su gusto en aquellas tierras abandonadas, en medio de un absoluto reposo. Largas bandadas de rosados flamencos, blancas gaviotas de vuelo circular, perdices y avutardas animan con su presencia la inmensa superficie de los dormidos estanques y dejan percibir sus notas roncas ó agudas entre el ruido quejumbroso de las olas. La sal que disuelta en

los aluviones marinos se concentra lentamente, sube á la superficie por los intersticios capilares del suelo y cristaliza formando chapas que llevan el nombre de *sansouiro*. Pocos climas son tan rigorosos en la Europa moderna como los de esta region: el invierno es crudísimo en ella y las temperaturas estivales son muy altas: la lluvia, mal repartida, cae pocos dias y forma verdaderos diluvios; y durante la mayor parte del año los vientos secos del norte y del noroeste barren desapiadadamente la llanura que no tiene defensa ni abrigo.

ASPERILLAS. — Es el *equisetum* que lleva el nombre vulgar de *cola de caballo*. (V. el canto IV.) Denomínase en frances *prèle (l' aprele)* y tiene este vocablo su orígen en el italiano *asperella*. Puede designarse con el nombre griego *ephedra*, y en provenzal se llama *consoudo*. No debe confundirse con la *asperula adorata*.

## CANTO UNDÉCIMO.

SE HABIA, COMO EL ÁGUILA, REMONTADO AL CIELO. — Literalmente: como el aguilucho.

¡TE ALABAMOS, OH DIOS! ¡PADRE NUESTRO QDE ESTÁS EN LOS CIELOS! — En el poema original están en latin estas frases.

UNA VIUDA QUE VA AL HORNO Á COCER SUS PANES. — Literalmente: á cocer su ringlera.

CANTEMOS Á VENUS LA MADRE DEL PUEBLO ARLESIANO.—La célebre Venus de Arles, admirable modelo de escultura griega, fué encontrada en 1651 entre las ruinas del teatro. Regalada á Luis XIV por la villa de Arles, se halla actualmente en el museo del Louvre. Desnuda de medio cuerpo arriba como la de Milo, tiene el busto ligeramente inclinado y todas sus líneas son de exquisita pureza. El mármol no es enteramente blanco, sino impregnado de un tinte oscuro y casi dorado que no puede atribuirse exclusivamente al sol y á la accion del tiempo. Créese que fué colorida y preservada por medio de encáusticos contra los efectos de la humedad y del aire.

## CANTO DUODÉCIMO.

BLANCAS FLORES DE LOS ARENISCOS SALADOS. — Literalmente: blancas flores de la *sansouiro*. (V. la nota del Canto X.)

## FLORA DEL POEMA DE MIREYA.

*Acebo.* — *Aceituna almendrada.* — *Aceituna bermeja.* — *Ajedrea.* *Ajo.* — *Alamo.* — *Alamo blanco.* — *Albaricoque.* — *Alcanforada.* — *Alcaparra.* — *Alcornoque.* — *Alga.* — *Aliaga.* — *Aliso.* — *Almajo.* — *Almendro.* — *Almez.* — *Anserina.* — *Asfodelo.* — *Asperilla* (cola de caballo). — *Avellana.* — *Avena.*

*Barba cabruna.* — *Berengena.* — *Berros.*

*Caña.* — *Cardo corredor.* — *Carrasca.* — *Cebolla.* — *Centaura.* — *Cepa.* — *Cereza.* — *Césped.* — *Cola de caballo* (asperilla). — *Cominillo.* — *Coscoja.*

*Dátiles.*

*Encina.* — *Endrino.* — *Enebro.* — *Enebro de Fenicia.* — *Espadaña.* — *Espino blanco.* — *Espino serbal.* — *Estepa.*

*Fresno.*

*Grama.* — *Granada.* — *Granza.* — *Grosella.* — *Guinda silvestre.*

*Habas.* — *Helecho.* — *Heno.* — *Higuera.* — *Hipérico.*

*Jaras.* — *Jazmin.* — *Juncia.* — *Junco.*

*Labrusca* (parra silvestre). — *Ladilla.* — *Lechetrezna.*

*Lentisco.* — *Lino.* — *Lirio.*

*Mandrágora.* — *Manzanillo.* — *Manzano.* — *Margaritilla.* — *Marrubio.* — *Membrillero.* — *Mielga.* — *Mimbre.* — *Mirto.* — *Mora* (de márgen). — *Morera* (de seda). — *Moscatel.*

*Naranja.* — *Narciso.* — *Nardo marítimo.* — *Nenúfar.* — *Nevadilla.* — *Níspero.* — *Nuez.*

*Olivos.* — *Ortiga.* — *Oxicedros.*

*Parra silvestre* (labrusca). — *Peral salvaje.* — *Pimiento.* — *Pino.* *Plátano.* — *Puerro.*

*Quermes.*

*Retamales.* — *Roble.* — *Romero.* — *Rosa.* — *Rubia.*

*Salgada.* — *Salvia.* — *Sargas.* — *Sauce.* — *Serba.* — *Sosa.*

*Tamarisco.* — *Tejo* (If.) — *Terebinto.* — *Titimalos.* — *Tomillo.* — *Trébol.* — *Trigo.* — *Trigo chamorro.*

*Uvas columbinas.*

*Verbena.* — *Violeta.*

*Yedra.* — *Yerbecilla rizada.*

*Zarzales.* — *Zulla.*

## FAUNA DEL POEMA DE MIREYA.

*Abejaruco.* — *Abejas.* — *Agachadiza.* — *Aguila.* — *Aguzanieve* (nevatilla). — *Alcion.* — *Anguila.* — *Asnos.* — *Avutarda.*

*Balderaya.* — *Borregos.* — *Borricas.* — *Buey.*

*Caballero de piernas bermejas.* — *Cabra.* — *Cabra montés.* — *Calandria.* — *Cangrejero.* — *Caracol carnicero.* — *Caracol monjita.* — *Caracol rastrojero.* — *Carnero.* — *Carpas.* — *Cerceta.* — *Cernicalo.* — *Chorlito.* — *Chorlito real.* — *Ciervo.* — *Cigarra.* — *Cisne.* — *Cogujada.* — *Colimba.* — *Cordero.* — *Corneja.* — *Cuervo marino.* — *Culebra.* — *Curruca.*

*Escarabajo.*

*Flamenco.* — *Foca.* — *Francolin.*

*Gallina blanca.* — *Gamuza.* — *Garza real.* — *Garzota.* — *Gato.* — *Gato montés.* — *Gaviota.* — *Gorgojo.* — *Gorrion.* — *Grillo.* — *Gusano de seda.*

*Hormigas.* — *Hormigas rojas.*

*Jabalí.* — *Jilguero.*

*Lagarto.* — *Lamprea.* — *Langosta.* — *Lechuza.* — *Lenguado.* — *Leon.* — *Liebre.* — *Liron.* — *Lobo.*

*Machos cabrios.* — *Mariposa.* — *Mariscos.* — *Marta.* — *Mastines.* — *Mirlo.* — *Mochuelo.* — *Moruecos.* — *Mosca de carnero.* — *Mosquitos.* — *Mula.*

*Nevatilla* (aguzanieve). — *Nutria.*

*Oca.* — *Onotauro.* — *Oso.*

*Pájaro de noche.* — *Paloma.* — *Paloma torcaz.* — *Pavo marino.* — *Pendolina. Perca.* — *Perdigon.* — *Perdiz.* — *Perro.* — *Picofino.*

*Reyezuelo.* — *Ruiseñor.*

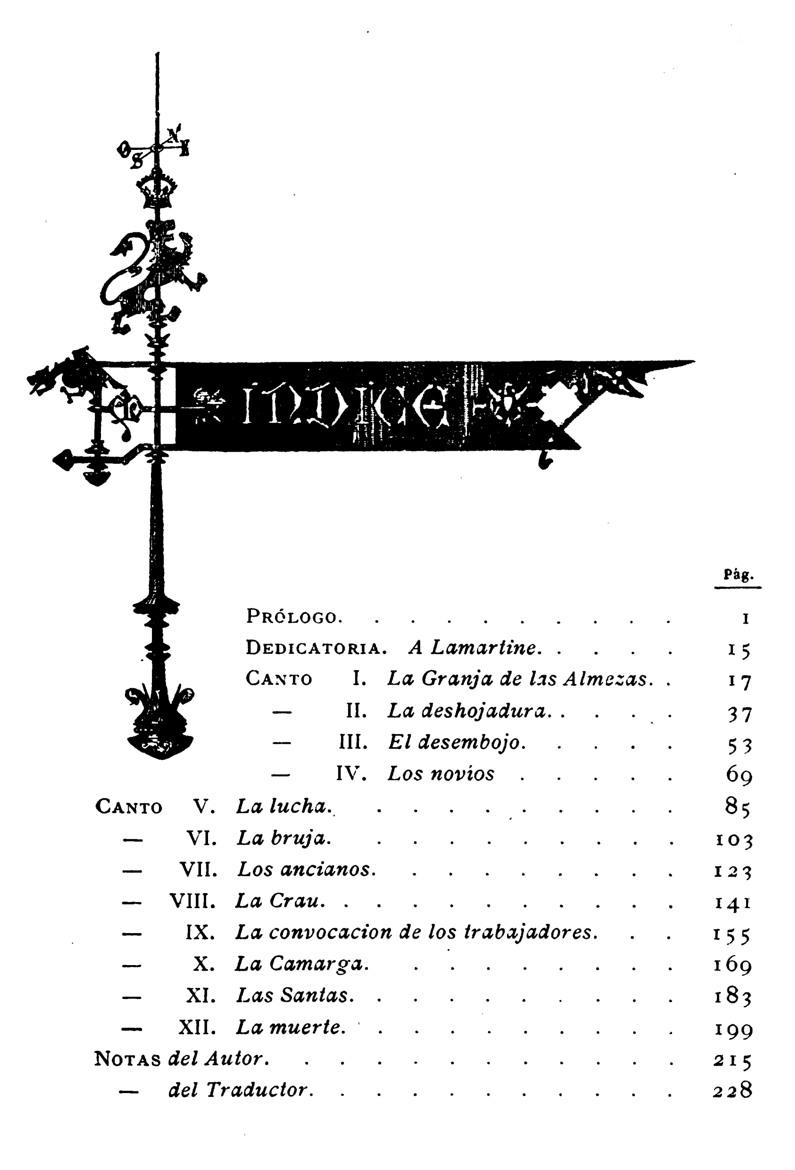
*Sacre.* — *Salamandra.* — *Saltones.* — *Sanguijuela.* — *Sarcetas.* — *Señorita de arroyo* (libellula). — *Serpiente.*

*Tencas.* — *Tiburones.* — *Tigre.* — *Toro.*

*Vacas.* — *Vencejo.* — *Verderon.* — *Verraco.*

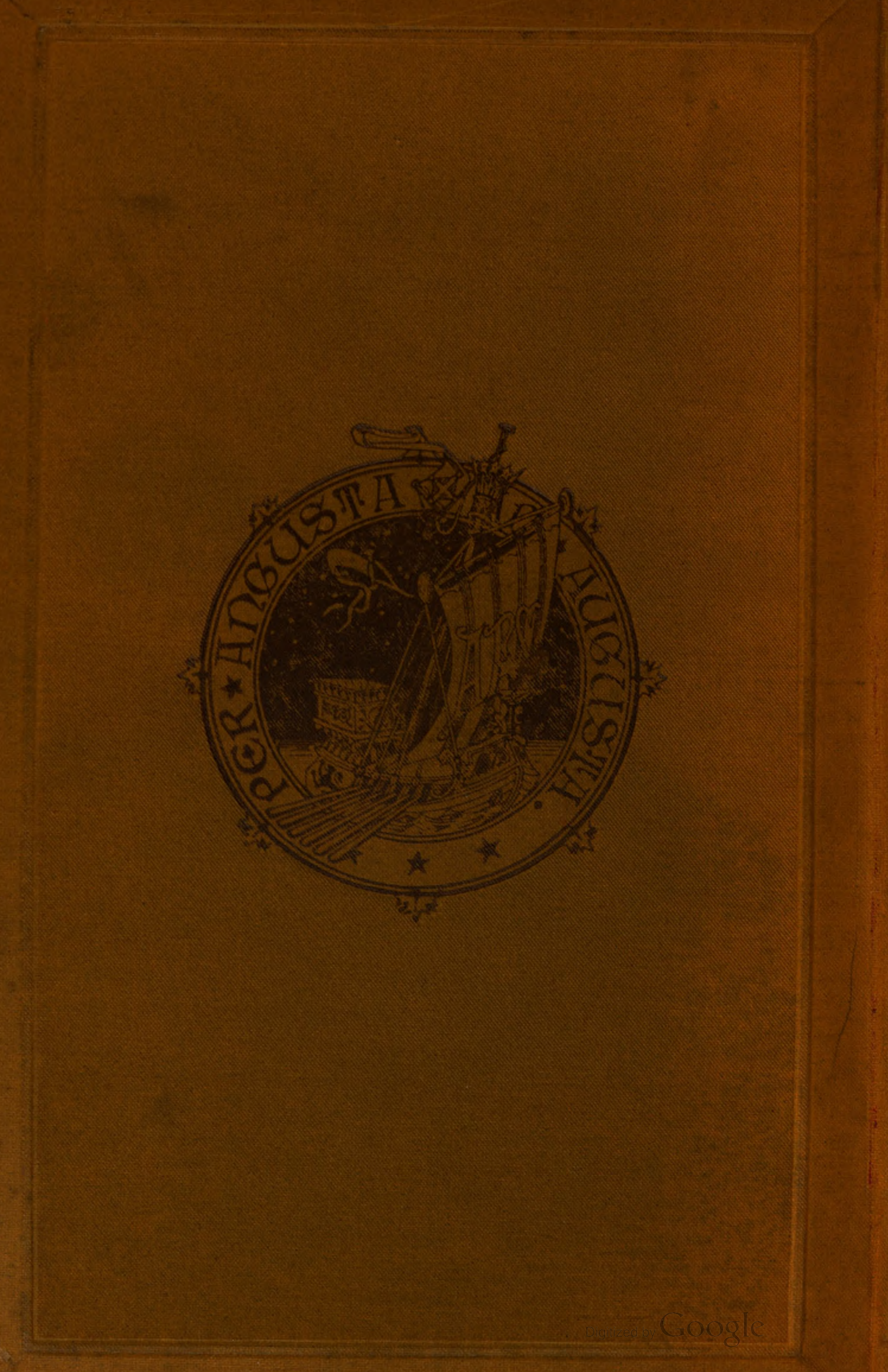
*Yegua.*

---






*Febr.º 1882*


PER • ANGUSTA
AUGUSTA •